

Argumentos. Revista de crítica social (no. 6 dic 2005)	Título
Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA - Autor;	Autor(es)
Buenos Aires	Lugar
Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA	Editorial/Editor
2005	Fecha
	Colección
Universidades públicas; UBA - Universidad de Buenos Aires; Historia de la educación; Educación superior; Desarrollo de la educación; Fines de la educación; Financiamiento de la educación; Argentina;	Temas
Revista	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Argentina/iigg-uba/20120619051455/Argumentos6.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences



Argumentos. Revista de crítica social.

No 6

Desafíos y retos de la Universidad Pública

Diciembre de 2005.

Tabla de contenidos

Editorial [PDF](#)

Conversaciones

Identidad de la UBA y marcas de la historia en el presente (Mesa 1) [PDF](#)

Pablo Buchbinder, Mederico Faivre, Patricio P. Garrahan, Lucas Rubinich

Identidad de la UBA y marcas de la historia en el presente (Mesa 2) [PDF](#)

Patricia Funes, Ariel Gordon, Alberto Kornblihtt

Desafíos y retos de la Universidad Pública [PDF](#)

Victoria Kandel, Francisco Naishtat, Augusto Pérez Lindo, Emilio Tenti, Ernesto Villanueva

Editorial

El presente número de la Revista Electrónica Argumentos del Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales ha quebrado por esta vez el formato tradicional de la revista. Hemos pensado, con los también coordinadores de esta actividad, profesores Sandra Carli y Jorge Cernadas, que este número podía, dada la coyuntura electoral, dedicarse a la problemática de la UBA. Pensamos también que podíamos incidir de manera indirecta y creativa en este acontecimiento de movilización intelectual que supone todo proceso electoral en una institución. Propusimos, como estrategia fundamental para esta intervención, la problematización de la vida institucional de nuestra megauniversidad en los aspectos menos recorridos por la discusión universitaria predominante en nuestro medio. Consideramos que se hacía necesaria una conversión de las miradas hacia nudos problemáticos más profundos como la identidad y la historia de la institución.

Nos preocupó incorporar problemáticas, perspectivas, puntos de vista, reflexiones con las cuales los actores universitarios pudieran enriquecer sus posicionamientos en el debate universitario actual y por venir. Invitamos así a diferentes académicos vinculados a distintas disciplinas de manera de fecundar las miradas y construir así un tejido interpretativo interdisciplinario. Las conversaciones, realizadas de manera franca y amena en un ámbito relativamente cerrado, permitieron desarrollar un diálogo directo y abierto, lleno de matices interpretativos en relación a temas poco asumidos en la discusión pública de la universidad.

Como señalamos, las problemáticas que pusimos como ejes del debate y organización de las mesas fueron las de la historia y la memoria institucional, que pretendimos vincular a la cuestión más compleja de la identidad de la Universidad de Buenos Aires, y la del papel de ésta en el nuevo contexto institucional del área metropolitana en el que hoy existen más de treinta universidades, entre públicas y privadas. En este marco se pretendió discurrir asimismo acerca del rol y función de la UBA teniendo en cuenta el contexto ahora complejo y competitivo que atañe tanto a la

competencia implícita por la jerarquía institucional como la competencia por alumnos y docentes que han incrementado la movilidad interuniversitaria en la región.

Producto de este diálogo se abrieron muchas ventanas a problemas generalmente no tratados, que el lector podrá recuperar, enriqueciéndolos desde su propia mirada e interpretación. De los distintos posicionamientos podremos extraer, sin ninguna duda, muchas cuestiones que evidentemente requieren una profundización particular, pero que en sí mismas, a pesar de contener muchos senderos sin salida, construyen un entramado en busca de unidad. Hubiésemos querido tener representantes de todas las disciplinas para así capturar las visiones que acerca de la Universidad se producen en el contexto de las distintas culturas disciplinarias que habitan la institución y entrelazan al conjunto de las universidades atravesando sus particularidades institucionales. Será una tarea que realizaremos en el futuro.

Las perspectivas disciplinarias de una aparente unidad que identifican "la universidad" constituyen posiblemente el centro y eje de muchas disputas no siempre evidenciadas que ya Kant denominaba "El conflicto de las Facultades". No cabe duda que la historia de la Universidad, en su devenir, tiene mucho que ver con estos posicionamientos generalmente poco reconocidos en nuestro medio. Por otro lado, una cuestión que motivó la construcción de este espacio de reflexión fue la ya conocida falta de simetría evidenciada en las universidades tradicionales de todo el mundo entre las representaciones que tenemos acerca de ellas y el devenir estructural de las mismas, cuestión que en gran medida tiene que ver con el estilo de capas acumulativas con el que se construyen estas instituciones y el carácter incremental por el que se procesan los cambios, sobre todo en las megauniversidades como la Universidad de Buenos Aires.

Como señalamos, los ejes mencionados abrieron un sinnúmero de problemas, cuestiones y preguntas, muchas de las cuales quedaron meramente esbozadas, pero que sin duda darán pistas al lector

interesado para una profundización de las mismas en el futuro. Este es el sentido profundo de estos diálogos. En alguna medida este pequeño evento es también un estado de situación en el que nos encontramos.

Agradecemos a todos los participantes, también a algunos invitados que hicieron conocer su opinión desde fuera de la mesa del diálogo. También a aquellos que por distintas razones no pudieron concurrir.

Por último es necesario reconocer el difícil trabajo de producción y edición, tan complejo en estos casos, que hicieron Rosana Abrutzky y Cristina Bramuglia. Sabemos las dificultades que supone armar la agenda de reuniones y lo que significa el volver a los textos y autores para su edición. También el reconocimiento al Comité Académico del Instituto, que compartió la iniciativa, así como el apoyo entusiasta de la Directora del Instituto Gino Germani, Dra. Carolina Mera.

Pedro Krotsch

Identidad de la UBA y marcas de la historia en el presente

Mesa de discusión

21 de octubre, 2005

Pablo Buchbinder, Mederico Faivre, Patricio P. Garrahan, Lucas Rubinich

Coordinadores: Pedro Krotsch y Sandra Carli

Pablo Buchbinder: Voy a proponer un recorrido bastante arbitrario de la historia de la UBA, centrándome en el período que va desde finales del siglo XIX hasta el año 1966. Quiero establecer simplemente algunos criterios de periodización, y definir las características centrales de algunas etapas.

Remontándome a los orígenes señalaría que la Universidad de Buenos Aires nació en un momento en el cual en todo el mundo estaba en crisis el modelo de la Universidad escolástica. Sobre este modelo universitario había nacido la otra gran Universidad Nacional, la de Córdoba. Se trataba de la clásica universidad medieval, en este último caso de una institución que nació para formar sacerdotes. Esa tradición escolástica rechaza y descarta una concepción utilitaria del conocimiento en un sentido vulgar. Se trata de un modelo que privilegia un método de enseñanza que reposa en el principio de autoridad, no deja prácticamente espacio para las expresiones en lengua vulgar, margina el estudio de las ciencias naturales y cuestiona el método experimental. Este es el modelo, entonces, sobre el que se conformó en el siglo XVII la Universidad de Córdoba, y ese modelo, en el marco de los procesos de revolución científica, un siglo después está fuertemente cuestionado. En Europa y el mundo hispanoamericano se intenta transformarlo, incluso desde el propio Estado.

Cuando nace la UBA, en 1821, ese modelo de Universidad escolástica está en un proceso de desintegración, que de todas maneras va a ser un proceso muy lento.

Y acá yo creo que hay una cuestión importante. La UBA nace incorporando toda una serie de instituciones, que nosotros muy arbitrariamente podríamos llamar instituciones de enseñanza superior, que

existían en Buenos Aires a fines del siglo XVIII, y principios del XIX. Estas instituciones surgen para satisfacer necesidades muy concretas de la sociedad porteña. Necesidades vinculadas con la vida cotidiana de la ciudad, con esta comunidad de comerciantes y navegantes, y que incluso después deberá satisfacer las necesidades de instrucción de los propios dirigentes militares. Lo que podemos advertir ya en el inicio del proceso de fundación de la Universidad de Buenos Aires es ese sello claramente utilitarista - utilitarista en el sentido vulgar – y después profesionalista, que va a caracterizar al sistema universitario porteño. Ese sello profesionalista la va a diferenciar desde el origen de la Universidad de Córdoba.

Hasta la década de 1870 uno puede advertir esa tensión permanente, entre el intento de sobrevivir de los viejos modelos escolásticos y los esfuerzos por construir una Universidad moderna, atenta a las evoluciones de la ciencia y a los cambios en los perfiles profesionales. En las décadas de 1860 y 70, sobre todo en la etapa en que Juan María Gutiérrez era Rector de la UBA, esa tensión se resolvió a favor de aquellos que propugnaban la construcción de una Universidad moderna. En definitiva, la tensión entre las dos opciones – la Universidad científica o la Universidad profesional – se resolvió a favor del modelo profesionalista.

Poco tiempo después se sancionó la Ley de Avellaneda, que es el primer instrumento legal para regular el funcionamiento de las universidades nacionales. La Ley estableció una serie de parámetros vinculados al funcionamiento y a la organización de la Universidad, pero lo que la Ley de Avellaneda no definió fue el papel que le cabía a la Universidad argentina en esa sociedad que estaba viviendo ese proceso tan intenso de transformación vinculado con el impacto de la inmigración y con la transformación del sistema capitalista internacional.

De todas maneras, en aquella época las dos universidades, la de Córdoba también, iban adquiriendo un perfil similar. ¿Qué eran tanto Córdoba como Buenos Aires? Eran centros de formación profesional. Eran centros dedicados a la instrucción de médicos, de abogados, de ingenieros, y eso definía muy claramente cuál era el perfil de las actividades que se llevaban a cabo en las casas de estudio. En primer lugar, la enseñanza estaba organizada exclusivamente por las Facultades, no había asignaturas comunes a ninguna Facultad, los planes de estudio excluían la enseñanza

de todo aquello que no estuviera vinculado directamente a la formación profesional.

Y aquí hay una cuestión que creo importante tener en cuenta, porque hay toda una serie de disposiciones que son sancionadas a nivel provincial – la Universidad de Buenos Aires fue nacionalizada recién en la década de 1880, hasta entonces estuvo bajo jurisdicción provincial – que otorgan a las instituciones universitarias el derecho exclusivo de expedir los diplomas de aquellas profesiones que requerían una formación académica y científica. En definitiva, la Universidad de Buenos Aires se convierte, junto a la de Córdoba, en una suerte de escuela superior profesional, cuyo objetivo principal consiste en expedir certificados que habilitan para el ejercicio de una determinada profesión. Son oficinas gubernamentales, en realidad, que fijan las condiciones de idoneidad para el ejercicio de una determinada profesión. El Estado, a través de la Universidad, lo que legaliza es el monopolio sobre la formación de un conjunto de profesionales.

Esto va a provocar, desde principios del siglo XX, una relación muy directa entre la institución universitaria y las corporaciones profesionales. Las corporaciones de médicos, de abogados, de ingenieros. Los integrantes de estas corporaciones van a tratar de establecer una serie de vínculos, cada vez más estrechos, con aquellos sectores que gobiernan o controlan las universidades. Porque a través del control de esos mecanismos de gobierno es posible actuar sobre las competencias, sobre las atribuciones, sobre las conductas, sobre la moral, diría, de quienes ejercen aquellas profesiones.

¿Cuál es la contracara de esta orientación profesionalista? La contracara de esta orientación es la escasa gravitación que tiene la Universidad en la vida cultural de la Argentina. La práctica y el ejercicio de las disciplinas humanísticas quedan fuera de los ámbitos académicos formales, en manos de un grupo de autodidactas. La práctica de la Historia o de la Literatura, por ejemplo, queda en manos de grupos de autodidactas.

Cuando a principios de siglo empieza a diseñarse un diagnóstico crítico de la situación universitaria, por parte de la elite que gobierna la Argentina, la crítica al profesionalismo constituye uno de los motivos centrales de la cuestión universitaria. Hay una crítica al profesionalismo, y ese profesionalismo es percibido como el impacto en la enseñanza

universitaria del espíritu excesivamente materialista – también en el sentido vulgar – que impregna a la sociedad argentina. Y ese excesivo materialismo, que se expresa en el profesionalismo, en la Universidad, incide además negativamente en otro tema importante, que es el de la formación de la clase dirigente. La clase dirigente se socializa en la Universidad. Y esta elite va a atribuir el carácter faccioso que tiene la política, la falta de proyectos de reforma institucional, los déficits generales de la política en la Argentina, al carácter excesivamente profesionalista de la Universidad. Si uno mira las tesis de la Facultad de Derecho, las tesis que se defienden son fundamentalmente vinculadas al derecho civil, al derecho comercial, problemas de herencia, etc. Sólo un pequeño número de esas tesis analizan los problemas del derecho administrativo, del derecho constitucional, de la organización federal de la República, o los problemas de la participación política.

Simultáneamente a esta crítica al modelo profesionalista, a finales del siglo XIX aparece una serie de proyectos para transformar el perfil de la Universidad de Buenos Aires. Quizás el episodio más significativo en este sentido es la fundación, en 1896, de la Facultad de Filosofía y Letras, entendida como un elemento de contrapeso del profesionalismo. Y puede advertirse también como algunas facultades empiezan a introducir algunas prácticas, por ejemplo los seminarios, que están vinculados al cultivo de la ciencia. Son vías a través de las cuales se considera posible transformar el perfil de la Universidad. En este mismo marco aparecen las primeras secciones de trabajos científicos.

Estos intentos de revertir el carácter profesionalista de la Universidad de Buenos Aires encuentran resistencias enormes. Nuevamente el caso más interesante acá es Filosofía y Letras, que estuvo a punto de ser cerrada, en más de una oportunidad. Cerrada porque no tenía alumnos. Básicamente el problema que tenía era que no había gente que quisiera estudiar para obtener un título de Doctor en Filosofía y Letras. ¿Qué es lo que le permitió a Filosofía y Letras sobrevivir? Agregar a su condición de lugar para el cultivo de la investigación desinteresada y de la ciencia, un matiz profesionalista, que fue la formación de profesores para la escuela secundaria. Esto fue en definitiva lo que le permitió sobrevivir.

Creo que hay un motivo central de la historia de toda la primera mitad del siglo XX de la UBA, que es la tensión entre los proyectos de transformación del perfil de la Universidad, y la resistencia de ese perfil profesionalista, que es en definitiva el resultado de la demanda de aquellos sectores medios, que concurren a la Universidad. Que buscan esencialmente un título profesional, y consecuentemente el prestigio social y los ingresos que proporciona ese título profesional. En definitiva, la orientación profesionalista es resultado de una demanda de la sociedad, y no de un proyecto deliberado de los cuerpos dirigentes universitarios de la época del centenario. Que sí son concientes de esos problemas, y tratan de revertirlos.

Esto me parece que es un sello característico de la Universidad, de toda la primera mitad del siglo XX.

Quisiera dejar de lado un momento estas cuestiones y pasar a analizar otros problemas, relacionados con la organización institucional. Señalaba antes que la ley de Avellaneda es el dispositivo legal, que establece una serie de criterios muy generales para la organización de la Universidad. Estos criterios se aplican a la conformación de los consejos académicos, que son los que gobiernan durante esta época las Facultades. El eje del sistema de gobierno está en esos consejos académicos. Yo entiendo que en este punto hay algunas cuestiones centrales, derivadas de esta ley y de los estatutos. En primer lugar, la dependencia del Poder Ejecutivo en lo que tiene que ver con la designación de los profesores titulares. Los profesores titulares son designados en la Universidad a partir de ternas que son aprobadas por los consejos académicos, y después por el Consejo Superior. Esas ternas son elevadas al Poder Ejecutivo, que es quien designa al profesor. Y la otra cuestión, que tal vez sea la más significativa: en este ordenamiento universitario, un tercio de los puestos en el Consejo Académico son ocupados por profesores de la Facultad. El resto pertenece a notables, a personas que no ejercen directamente la docencia en la Facultad. Hay que tener en cuenta que estos consejos académicos son vitalicios y se auto reclutan.

Esta idea de que el gobierno de la Universidad tiene que estar separado del cuerpo de profesores, que aparece con la ley Avellaneda, responde a una mentalidad fuertemente anti corporativa de los grupos

políticos dirigentes de la Argentina. El objetivo es que los intereses corporativos del cuerpo de profesores no predominen sobre los intereses más generales de la ciencia, de la educación y de la cultura. Entonces el otro gran movimiento que vive esta Universidad en los primeros años del siglo pasa por un sistema que procura progresivamente ceder a los protagonistas de la vida universitaria, profesores titulares, suplentes y estudiantes, el gobierno de las instituciones. Proceso que por otro lado me parece importante entenderlo en el marco más amplio de democratización que vive la Argentina durante la primera mitad del siglo XX. Se trata entonces de un movimiento que tiende a traspasar el control de las instituciones universitarias a quienes protagonizan esencialmente la vida académica. Se percibe entonces en Buenos Aires un proceso muy gradual, que culmina en la reforma universitaria, y que tiende a otorgar a los actores centrales de la vida académica el control de la Universidad.

Este es un proceso gradual, muy armónico, y muy distinto al de Córdoba, y que tiene etapas que habitualmente no se tienen en cuenta. Básicamente los movimientos universitarios de la primera década del siglo, 1905, 1906. Nosotros tenemos una visión de la reforma del 18 que está condicionada por la experiencia cordobesa, la experiencia de Buenos Aires es diferente, mucho más armónica, más gradual.

Si nos referimos entonces al impacto que tiene la Reforma en la UBA, es preciso destacar, esos procesos no se han estudiado en lo que tiene que ver con su impacto interno en la vida universitaria. La Reforma del 18 introduce dos o tres variables centrales en la vida universitaria, poco analizadas. En primer lugar lo que tiene que ver con la vida política en la Universidad, la introducción de una activa politización vinculada con el hecho de que ahora los representantes se van a poder elegir en asambleas de profesores titulares, suplentes y estudiantes, este es un primer aspecto. Crea una carrera académica en el ámbito de la Universidad, antes existían criterios muy estrictos de separación entre profesores titulares y profesores suplentes. La tercera cuestión radica en el peso institucional que procura darle a la investigación y a la práctica de la ciencia.

Algo que me parece muy claro también es que la Reforma introduce una coalición, en la cual los grupos profesionales, los representantes de las

corporaciones profesionales, van a tener un lugar central en el control de las instituciones académicas.

La otra cuestión importante acá es la compatibilidad que existe entre los procesos de transformación que introduce la Reforma en la Universidad y la situación política de la Argentina. La reforma Universitaria de la Argentina no requiere de una transformación del sistema político, es perfectamente compatible con el sistema político existente, lo que marca la diferencia con el impacto que tiene la reforma en otros países de América Latina, como el caso de Perú, donde el proceso de la reforma exige una transformación del sistema político. Uno de los problemas que tienen las lecturas contemporáneas de la Reforma es la proyección de la situación de los años 60 y 70 a 1918.

Este es un sistema en el cual la fuerza del consenso liberal, que es resultado de la falta de amenazas concretas a la hegemonía capitalista, en la Argentina, genera márgenes de pluralismo ideológico y de pluralismo político que son verdaderamente muy amplios.

¿Cuándo se modificó esa relación entre política y Universidad? Desde mi perspectiva, la transformación sustancial, radical, de esa relación entre política y Universidad, se da en 1945. Se da con el ascenso del peronismo al poder. Es cierto que el clima universitario de los años 30 es distinto, pero la Reforma instala una dirigencia, un sector dirigente, en la Universidad, que en verdad se va recién en 1945. Hasta esa fecha resiste, aunque evidentemente el clima ideológico y cultural se va modificando durante los treinta. El gran problema de 1945 en adelante es la imposibilidad de regular las relaciones entre política y Universidad. Y ese clima en realidad empieza a reconstruirse en forma un poco más armónica, recién a partir de 1983.

Patricio Garrahan: A mí me parece que el proceso que vos describís, se está desestructurando progresivamente en el área biomédica. Desde 1945 hasta ahora se ha vivido un progresivo abandono de la medicina de calidad y de la Facultad de Medicina. Esto corre paralelo a la progresiva decadencia de la salud pública argentina, y su creciente reemplazo por infinitas pequeñas instituciones de medicina que hay que pagar. En este contexto los médicos progresivamente se desplazan desde sus posiciones en los hospitales públicos, o concurren muy poco tiempo a ellos, y se trasladan a

los sectores privados tales como consultorios privados o instituciones de medicina prepaga. Dejan de convertirse en empleados del Estado, o en servidores de sus pacientes, y se convierten en empleados de instituciones cuya finalidad es hacer dinero con la medicina, entonces su la acción médica deja de ser lo que uno podría, románticamente, llamar hipocrática.

Como he dicho creo que esto corre en paralelo con la caída del sistema de salud pública, y con la desaparición de la inserción de la medicina real en la investigación biológica básica. La investigación biológica básica progresivamente deja de ser hecha por médicos y empieza a ser hecha por químicos y licenciados en Biología. Eso se puede ver mirando las estadísticas de los becarios del CONICET, la llamada Área Biomédica está manejada básicamente por químicos y biólogos. ¿Qué significa esto? Que hay un retiro, los médicos se alejan cada vez más de los fundamentos de su profesión. Y eso a su vez implica que le sector médico progresivamente depende, para su experticia, de lo que le cuentan las revistas. Y las revistas cuentan las enfermedades de los países ricos, y le dan escasa importancia a las enfermedades de los países pobres.

Y ahí para mí entra otra cuestión, que Pablo Buchbinder mencionó, que es la compartimentalización en Facultades con currícula rígidos, y la imposibilidad de establecer interacciones entre ellas. El argumento típico y sencillo que se da en Argentina, y por sencillo, falso, es que la enseñanza es mala, entonces los médicos son malos, y en consecuencia la medicina es mala, los médicos no saben curar. Cuando en realidad el 95% de la acción médica eficaz depende de un sistema de salud social que llegue a todos. Y eso no existe. Ese sistema debe tener un sustento que incluye desde la biología básica hasta los aspectos sociales de la medicina sanitaria que permita decidir cuáles son los problemas médicos de cada uno de los países. Y eso tampoco existe.

Entonces, ese pacto entre la corporación médica y la Facultad de Medicina, ahora Facultad de las Ciencias de la Salud, en general, se está rompiendo. Las corporaciones médicas se están yendo, y en este momento están surgiendo crecientemente pequeñas universidades privadas, caras, cuya finalidad es formar recursos humanos para las empresas de medicina prepaga.

Y mientras tanto, y este es el último punto que quería tocar, la sociedad sigue pensando que la finalidad de la Universidad es la formación profesional. Hay una encuesta del año 1990, creo que de Mora y Araujo, la hizo Jaim Etcheverry, en la que se le preguntó a la gente, entre una serie de opciones, cuáles son las funciones de la Universidad. Y sólo el 5% contesta que la función de la Universidad es crear conocimiento. Si el que contesta es un estudiante o graduado universitario, ese 5% sube al 7%. El resto contesta formar gente, formar caracteres, formar profesionales. Si uno ve el mensaje de los medios, éstos siempre consideraron a la Universidad como una formadora de profesionales. Es decir que la Universidad como espacio de libre debate de los problemas nacionales y su inserción en la realidad internacional, existe, pero en un nivel muchísimo menor del que debería existir.

Mederico Faivre: Es un placer muy grande escucharlos. Yo no sé en qué medida he podido reflexionar lo suficiente, a pesar de que es un tema que me apasiona. Algo que me parece que es un atraso evidente del conjunto de la Universidad de Buenos Aires, y que es muy claro en Arquitectura, es la incapacidad de cuantificar. Nosotros no podemos cuantificar. Esa imposibilidad de medir, de hablar de consecuencias – sólo podemos hablar de valores generales – creo que es un tema muy característico de la Universidad en su conjunto. Esto ha retrasado muchísimo a varias generaciones, ha retrasado la independencia intelectual que deberíamos haber tenido. Esta imposibilidad de medir creo que alcanza aún a las disciplinas de las ciencias duras. Cuando se las convoca y se les pide que cuantifiquen, proyecten, se introduzcan dentro del fenómeno social, es claro y evidente que no responden.

Primero digo que los arquitectos tenemos ese mismo problema, para que nadie interprete que uno se para desde una posición más favorable.

Lo que a mí me puede permitir hablar en esta mesa es distinguir la investigación de la docencia y de la extensión. Otra gran deuda que tiene la UBA, porque es claro que a través de su historia ha tenido una dificultad muy fuerte de comprender lo que es el proceso del peronismo – yo no quiero plantearlo como un enfrentamiento ideológico. Esto también demuestra la imposibilidad que tenía de poder pensar el país, la situación

que estaba viviendo. Porque cuando uno ve los nombres, las trayectorias personales, los tiempos que se perdieron con personas claves, que se fueron, que no pudieron volver, que no se pudieron insertar, no pudieron ser parte del país, ahí uno puede demostrar que toda la situación previa no había sido captada: no vieron hacia adónde iba el país. El peronismo los toma totalmente de sorpresa. ¿Cómo es que no comprendían qué era lo que pasaba en las clases populares, hacia adónde íbamos, cuáles eran las necesidades? Yo reflexioné bastante acerca de esto, con la moderación suficiente como para no dejarme llevar por ningún apresuramiento, pero me genera la duda de decir que hace mucho tiempo que la Universidad no piensa en el país dentro del que se desenvuelve, y yo no podría decir que hoy en día el futuro se está pensando dentro de la Universidad de Buenos Aires.

Podemos rastrear este tema históricamente, viendo como en determinado momento las mentes más interesantes se han sentido incluso agraviadas por cosas que podían estar ocurriendo en el panorama social y político, porque evidentemente no las habían estado percibiendo. Estaban en otra cosa. Y es clarísimo que estaban en una visión utilitarista de clase particular, y en todo caso, profesional, donde no se puede pensar que esa distracción provenga de otro ámbito. Lo que queda claro es que al período iluminista, la Universidad lo va reflejando, al liberalismo también la Universidad responde razonablemente bien, a esa etapa de la organización incluso nacional. El desarrollismo es el momento en que yo me sumo a la Universidad. Después me doy cuenta de que es el desarrollismo. Para mí era una maravilla poder visualizar la importancia que se le daba a las ciencias en un país como el nuestro. Yo también tenía un deslumbramiento por los científicos, hasta que después los fui conociendo en camiseta, y me di cuenta de que tienen fallas gravísimas de comprensión de la realidad y de desempeñarse como cualquier persona. Pero me llamaba muchísimo la atención la importancia que se le daba a la ciencia. De ahí surge Ciudad Universitaria, y demás, que para mí era un símbolo de lo que el país pensaba. Pero siempre me sorprendió, desde mi Facultad, la pobre investigación, la docencia relativamente adaptada al maquillaje de la época, y casi la nula extensión. Acusación que no se le podría hacer jamás a un médico. Porque mal o bien, desde cualquier período es evidente que si bien

ha tenido este desemboque trágico de que ahora las pequeñas universidades casi se hacen como clones de lo que se pretende que ocurra, los médicos en todo caso tuvieron un nivel de vinculación con la sociedad, y fueron testigos de períodos interesantísimos, actuaron como moderadores sociales. Tener alcance a la medicina era algo muy importante. Ahora que eso ha desaparecido, ahora que se retiró todo eso, uno se da cuenta del tremendo agujero. Y lo que Garrahan comentaba también se ve - de una forma menos dramática que en la medicina - en la Facultad de Arquitectura. Tiene muchísimo que ver con la destrucción, en este momento proliferan pequeñas universidades, o escuelas, o como se las quiera llamar. Lo grave del caso es que la acusación que hacen para poder fundar esas nuevas casas, es que creen que la Universidad de Buenos Aires no es suficientemente eficaz y que no se piensa el futuro. Lo increíble es que esa pregunta, en boca de cualquiera dispara de una forma distinta.

Los fenómenos sociales y ambientales, desde la Facultad de Arquitectura, casi no son percibidos en profundidad. No se medita verdaderamente sobre la gravedad de lo que significa la gran conurbación en que vivimos, teniendo la debilidad institucional que tenemos como país, la debilidad económica y social. ¿Cómo un país tan frágil puede colaborar a que sigamos generando una forma urbana que evidentemente colapsa todos los días? No es que va a colapsar. No la podemos organizar. Yo no noto un pensamiento sistemático desde la Universidad de Buenos Aires para reflexionar lo que es la conurbación en la que está inmersa. Porque es evidente que esta conurbación no tiene intencionalidad. Nosotros somos sorprendidos por los fenómenos. Y a mí me parece que si hay un rol de la Universidad es tener una mínima capacidad de anticipación. No le pido otra cosa. Lo que no puede ocurrir es que en determinado momento todo sea una sorpresa. Y que lo veamos tan claro con la clase dirigente, porque ahí es evidente que están en el ejercicio del poder, pero no podemos ver que eso pudo perfectamente haber sido un objeto de estudio, posiblemente desde una década antes de que los fenómenos se manifiesten.

Por el momento, es mi comentario. En el final, ¿Qué puedo yo decir? Que tengo un nivel de agradecimiento altísimo hacia la Universidad de Buenos Aires. Así como en determinado momento puedo hablar en un pequeño recorte de lo que me parece que les faltaría, en todo caso a

algunas Facultades, que es meditar sobre este fenómeno de la gran conurbación desde todas las ramas del conocimiento, también tengo un nivel de esperanza y de agradecimiento enorme, porque soy ese típico profesional que llegaron medianamente a poder percibir dónde vivían gracias a la Universidad de Buenos Aires. Yo salí de un colegio secundario que era casi un correccional de menores. Entonces se imaginarán lo que fue para mí llegar a la Universidad de Buenos Aires. Esto es algo que si uno no lo blanquea no se sabe de dónde viene. No sé cómo será la historia de ustedes. Para que no crean tampoco que era el correccional de menores, por ejemplo el Nacional Roca, de Belgrano. ¿Qué quiero decir? Esa institución, el colegio secundario, sigue en una crisis total, ahora vuelven todo atrás en Provincia de Buenos Aires. Pero la Universidad era una maravilla. Sobre todo cuando yo entré, en la década del 60. Y la verdad es que me gustaría muchísimo que vuelva a tener una presencia un poquito más importante. No sé si el que está arruinado soy yo, o en ese momento algunas cosas eran mejores.

Lucas Rubinich: Yo quiero hacer algunos comentarios en relación a las ciencias sociales dentro de la Universidad en los últimos años, sobre un fenómeno importante, que es el de la participación de las ciencias sociales en la construcción de una mirada sobre la Universidad. Básicamente hacia mediados de la década del 90, que tuvo un papel realmente significativo en la Argentina, en particular, y en América Latina en general.

Voy a decir una obviedad, pero hay un cambio de época. Y en un cambio de época siempre hay complicaciones para referirse a cuestiones relevantes culturalmente, se mezclan prácticas novedosas con ausencia de discursos que reflexionen sobre esas prácticas, viejos discursos que tratan de seguir diciendo algo sobre lo que está pasando y no pueden decirlo.

A nivel internacional las transformaciones del mundo universitario, aunque sean difíciles de comparar, también ocurren muchas veces producto de esta explosión en la década del 60 y 70 de la matrícula universitaria en todos lados, y de una necesidad de pensar qué se hace con estas universidades que son cosas muy grandes. Muchas veces uno se agarra de la soga que tiene más a mano, que es la del discurso de un pasado mejor, de un buen pasado. Quizás a veces ese discurso no nos permite ver bien

qué pasa. Para ponerlo en un ejemplo no nacional, a mí siempre me hizo mucha gracia una disputa que había habido sobre la Universidad de Londres, entre un viejo sociólogo llamado Ralph Dahrendorf, y su discípulo, el sociólogo Anthony Giddens, quien tuvo una presencia muy importante en la transformación del Partido Laborista. Giddens fue uno de los Directores de la London School of Economics. Y había producido una transformación, una oferta muy diversificada de espacios universitarios, que produjeron una reacción muy airada de este viejo hombre, que había llegado a ser un Lord inglés. Proveniendo- no sé si de un correccional de menores- pero sí de una familia obrera de Hamburgo, las idas y vueltas lo llevan a ser un caballero inglés. Y construyó entonces una mirada muy desconfiada frente a lo que hacían los jóvenes con la Universidad. El mismo dice, en esta polémica a la que me refiero, con Giddens, "Yo nunca pude entender qué hacían esos muchachos en mayo del 68, pintando la Universidad, destruyendo bancos y armando lío. Porque yo quiero tanto a esa institución, a mí me costó tanto llegar, porque vengo de familia obrera, que cualquiera de este tipo de cosas me parece que es la destrucción del espacio del saber". El decía que Anthony Giddens había construido, en la London School of Economics una especie de supermercado universitario, una boutique de venta de distintas ofertas.

Quería mencionar esto por los líos que nos arman los cambios de época. En realidad sus críticas tenían un componente es un sentido muy conservador, porque la situación de la matrícula universitaria explotaba. Su crítica tenía algo que a mí me caía muy simpático, que es una mirada descalificadora de la mimetización de la Universidad con el mercado, y la pérdida de la institución central de la Universidad, que es la Universidad como productora de conocimiento, la autonomía de los poderes políticos, religiosos y económicos. Relativa autonomía, digamos, o por lo menos un lugar donde esa autonomía debería existir. Estas dos cosas estaban presentes en ese discurso.

Y muchas veces uno se encuentra hoy en estos espacios con una situación de mucha complejidad. Los discursos sobre el mundo universitario, después de finalizada la dictadura, durante la apertura democrática, siguieron sosteniendo con mucha fuerza ciertos elementos que particularmente reivindicó, de la Universidad abierta que trataba de pensar

que no había incompatibilidad entre masividad y calidad académica. Pero efectivamente ese es un problema. Uno tiene que encontrar maneras de resolver esa situación. Esa situación, creo, en algún sentido se resuelve de una manera complicada, porque las miradas que habían sido dinámicas en los 60 y 70 sobre el mundo de políticas universitarias no sabían que hacer con este mundo de reconstrucción democrática, o intentaban hacerlo de la mejor manera. Si uno quiere venirse más cerca, hay una crisis profunda en los grandes partidos nacionales. A eso se suman las grandes transformaciones ocurridas a nivel internacional, donde las miradas alternativas que habían tenido alguna presencia muy significativa en el mundo universitario culto también habían tenido un vuelco y habían quedado cabeza abajo. La caída del muro de Berlín es como un símbolo, la situación de crisis de las izquierdas, la situación de crisis de los partidos nacionales, dejan en una situación de fuerte desamparo lo que a veces resulta productivo, que es una tensión entre la política y la vida universitaria. Tensión en el sentido de preocupación por la cosa pública, en ese sentido la palabra política. Y creo que las transformaciones globales que ocurrieron a partir de la década del 90, la manera en que esto se produjo en el contexto argentino, dio como resultado que las políticas reales existentes para el mundo universitario sean políticas de organismos financieros internacionales. No por una cuestión conspirativa, es así. Las políticas más fuertes y más reales son estas políticas de organismos financieros internacionales. Que tuvieron una muy buena recepción, entre otras cosas porque fueron construidas de la mejor manera, y con sinceridad- esto no es un *talk show* de denuncias. En sociología uno siempre dice, coloquialmente, que las personas hacemos mucho más lo que podemos que lo que queremos. Las determinaciones sociales pesan sobre nosotros. Para mí era mucho más interesante hacer un estudio sobre compañeros míos, que tomaban café conmigo, personas muy queridas, que estaban trabajando y produciendo esas transformaciones de política universitaria sostenida por los organismos financieros internacionales, porque realmente era un desafío para evitar simplificaciones. No era ni siquiera mi adversario político el que producía la transformación que venía de los organismos financieros, y que tenía una impronta muy marcada por

esto que se llama neo conservadurismo. Pero como es una palabra que quizás ya no dice demasiado, me gustaría precisar un solo aspecto de esto.

Para decirlo sociológicamente, alguna vez un italiano contemporáneo preocupado por la sociología política, dijo "si hay una manera de diferenciar entre izquierdas y derechas, es una manera de pensar en la naturalización o no naturalización de los hechos sociales". La teoría sociológica clásica, cualquiera de ellas, va a pensar que los hechos sociales son productos histórico-culturales. Durkheim diría " hasta el espacio y el tiempo son productos histórico culturales", y la idea de la determinación de la acción social es un elemento fundamental de la teoría social clásica. Si uno ve la Escuela de Chicago en economía, si uno lee a Von Hayek, si uno mira muchos de los discursos contemporáneos, básicamente hay una mirada de una acción social no condicionada. Hay un individuo, en un espacio problemático y debe luchar por superar los obstáculos. Está el individuo solo frente al mundo. No el individuo como un producto histórico condicionado y terminado. Yo creo que esta mirada impregnó de la manera más compleja a distintos espacios. Y no sólo ciudadanos que profesan esa mirada fueron quienes que la sustentaron más orgánicamente, sino que también se constituyó en hegemónico. Muchas veces en ciencias sociales hablamos de hegemonía, y lo pensamos en términos abstractos. Decimos "¿Qué es una hegemonía real?". Y bueno, en este caso, cuando diversas identidades políticas, ideológicas y culturales pudieron decir más o menos lo mismo con distintas retóricas. Yo creo que este es un proceso realmente significativo. Los consultores del Banco Mundial que construyeron una mirada (Quizás sinceramente crítica ¿) sobre las universidades públicas tuvieron una influencia fuerte de esta mirada un tanto reduccionista. No pensaron en términos de grandes políticas. Sí, implementaron grandes políticas, pero no pensaron en términos de hechos sociales complejos, sino que pensaron en términos individualistas la realidad social.

Y para decirlo muy rápidamente, yo creo que la agenda de discusión del mundo universitario fue de pequeños problemas. Discutimos ingreso irrestricto, ingreso no irrestricto, discutimos pequeñas cosas y no discutimos grandes cuestiones, que tienen que ver con lo que se hablaba recién. Nosotros podemos pensar, qué me importa a mí el ingreso restricto o irrestricto, si yo no puedo pensar en función de un proyecto, que sea

parte de un debate público, acerca de qué queremos con la Universidad, qué queremos con la medicina pública, qué queremos con las ciencias duras, con las disciplinas profesionales. Si no podemos discutir en un espacio público ese tipo de cuestiones, cualquier de estas otras tiene un papel absolutamente secundario, no tiene sentido. ¿Por qué yo voy a restringir o no restringir el ingreso, si no tengo ese espacio de discusión? Por supuesto que si tengo un espacio de discusión, no me parece un problema central. Creo que una política pública, en el marco de una discusión democrática, puede proponerse cerrar el ingreso por tres años, en alguna carrera, o puede proponer fomentar la investigación en tal área, y becar a todos los estudiantes que sean necesarios para eso, y no becar a otras disciplinas. Yo creo que es el gran problema, y esa herencia de discusión fragmentada, parcial, de pequeñas cosas, en algún sentido se la debemos a las ciencias sociales, que construyeron esas miradas excesivamente reduccionistas. No lo digo conspirativamente, fueron parte de un clima de época, fueron parte de las políticas de organismos financieros que se impusieron como en ninguna época, sin mediaciones, a las políticas públicas nacionales. Creo que una de las características fundamentales de esas políticas, en las que intervinieron nuestros compañeros de ciencias sociales, tiene que ver con la mirada de lo pequeño. No hay un debate público sobre qué universidad necesita la República, sino en muchos casos preocupaciones simples por el mercado de trabajo. No hay una relación mimética entre la universidad y el mercado de trabajo. La paradoja es que cuando uno forma buenos profesionales, el mercado de trabajo, si es que existe, va a tener una buena recepción de esos profesionales. Pero nosotros en sociología siempre insistimos, con todos los problemas que tenemos, todas las dificultades, todos los resultados no demasiado buenos, en formar investigadores científicos, básicamente. Porque esto no es la Academia Pitman. Esta es la Universidad de Buenos Aires, y nuestro objetivo central es la formación de productores de conocimiento y de un espacio de producción de conocimiento. Claro que decir esto por ahí es muy retórico, y decirlo en un espacio puntual, en una situación de extrema fragmentación, quizás no significa nada. Lo que es importante es que uno pueda establecer lazos entre una comunidad universitaria que se ve afectada por estas miradas de recorridos individuales. Se habían caído los paraguas trascendentes, y

cuando se caen los paraguas trascendentes los agentes sociales nos subimos a nuestro proyecto personal y hacemos lo que podemos, y sobrevivimos de la manera que podemos. Rearmar ciertas miradas trascendentes que no sean simples nostalgias de un pasado mejor es una responsabilidad política del mundo universitario. Yo coincido con esto que se dijo antes, respecto que la Universidad debería poder ser una voz pública, no simplemente una comentarista de cultura en el sentido más conservador y tradicional. No. Una voz pública polémica, que pueda decir qué pasa con el sistema de salud, qué pasa con las políticas sociales.

Como criaturas sociales que somos, estamos metidos en un lío muy grande. Como sociólogos podríamos mirar muchas de las cosas que se hacen en el Ministerio de Desarrollo Social, en el que muchos de nosotros trabajamos y podríamos decir que estamos teniendo una mirada también demasiado reduccionista. Una mirada de una impronta absolutamente tecnicista. Lo mejor de la teoría social es poder formular preguntas inteligentes sobre la sociedad. No dar respuesta a preguntas que formularon otros. Esa es la responsabilidad de la disciplina. A nosotros también nos pasa eso. Es un problema.

Patricio Garrahan: me gustaría hacer dos o tres comentarios a lo que decís, Lucas. Me parece que corremos el peligro de dar vueltas para mordernos la cola, cual perros que hacen eso. Porque sin duda, si no tenemos el más mínimo marco de contención interna es imposible pedirle a la Universidad que piense sobre los problemas generales. A mí me da la impresión de que la UBA, en particular, está muy en el límite entre estas dos cosas.

La segunda observación es no olvidar que en este momento nuestras ciencias biológicas han invadido de manera brutal las ciencias sociales. Las neurociencias, la biotecnología, los cultivos transgénicos. Por primera vez, en miles de miles de millones de años, algunos hombres y mujeres se han convertido en capaces de modificar algo que siempre hizo la selección natural, de modificar los genes. Y de imponerle a países como los nuestros esos genes modificados. Las neurociencias también, la capacidad que tienen las neurociencias de controlar personas... Por ejemplo, es muy grande la probabilidad muy inmediata de que uno pase cerca de un

bar y sienta el ruido de un chorro de agua, tintineando sobre unos cristales, en un día caluroso, y entre, sin darse cuenta de que todo eso se lo indujo alguna máquina que estaba puesta ahí. Por eso me parece que hay que aprender que para poder hacer en nuestras universidades lo que dice Lucas, tenemos que pensar en estructuras que lo permitan. Me pregunto, ¿es posible tener una Universidad representativa de sus miembros integrantes, de sus claustros, con una estructura tan extremadamente centralizada en el Consejo Superior? ¿No tendría que haber más capacidad de resolución a nivel de los Departamentos, por ejemplo, como sucede en casi todas las universidades?

Es posible pensar en esos problemas centrales, Argentina no tiene capacidad de hacer políticas públicas sobre asignación de recursos naturales, de sistemas biológicos, de biología marina, de contaminación, de calentamiento global, etc. Todas estas cosas requieren el pensamiento conjunto de muchas personas. Casi ninguna de las actividades científicas es la actividad solitaria de una persona, como lo fue durante siglos. Los Galileo no van a venir más. Tampoco los Leloir.

Y tercero, ¿es posible hacer eso, en un sistema como el nuestro, como la sociedad argentina, que continuamente pierde hacia el exterior un sector muy importante de sus jóvenes? Lucas dice, formamos buenos sociólogos. ¿Cuántos se van? ¿Por qué se van? Yo creo que en gran parte es por factores no manejables, porque tienen derecho a hacerlo, pero en gran parte también porque la estructura interna, que crea una gerontocracia donde no entra nadie, hace muy difícil que un joven con ideas de cambio pueda insertarse y sentirse cómodo en la Universidad.

Y finalmente, el asunto del ingreso irrestricto, hay una paradoja que me carcome y no sé cómo solucionarla. La educación universitaria gratuita en Argentina es una farsa. La educación gratuita significa que la persona que cursa una carrera está en condiciones de cubrir el lucro cesante, de no trabajar durante los 5, 6, 7, 8 años en que está cursando la carrera y de cubrir el costo del material didáctico, o de que su familia se lo cubra. En consecuencia la Universidad argentina tiene un poderoso incentivo a favor de la gente que está en condiciones de hacer eso. La educación gratuita es dar un sueldo al estudiante. Que todos los estudiantes reciban una cantidad de dinero que les permita vivir sin tener que trabajar. Hay algunas carreras

donde se puede trabajar, con grandes desventajas frente al que no lo tiene que hacer, pero hay otras carreras en que no. En Medicina, Física, en carreras muy difíciles, es imposible hacerlo. No se puede hacer, porque es demasiado complicada. No se puede trabajar en un banco y pensar en las ecuaciones de la mecánica cuántica. No se puede. Entonces hay que darle un sueldo. Al estilo de Austria, Dinamarca, países de ese tipo. Para mí, si uno va a dar un sueldo tiene que elegir, y eso te lleva al tema del ingreso. ¿Cómo hace? Entrás en el círculo vicioso. Y la imposibilidad de poner un sistema de ingreso acá es porque la educación secundaria no da una imagen que para nada refleja las capacidades de las personas de acceder a la Universidad. Capacidad es un término erróneo, porque implica una cosa innata, me refiero al grado de preparación de la persona.

Menciono todas estas cosas, porque coincidiendo con lo que se ha dicho acerca de los problemas generales. A mí me parece que para que esos problemas generales se puedan empezar a resolver son necesarios algunos instrumentos que nos están faltando.

Mederico Faivre: Yo intenté, a través de mi mención de lo que ocurre en el 45 y lo que está pasando ahora, decir que es un fenómeno que continúa idéntico, sin variación. Y el hecho de que seamos muchos no ha cambiado la capacidad de reflexión. Ha cambiado ciertos comportamientos de la Universidad, sin ninguna duda, creo que ha alimentado y ha mejorado algunos aspectos de nuestra sociedad, sin duda. Pero para mí no se han producido cambios esenciales. Lo que decía recién Garrahan, esos mismos argumentos son los que fundan pequeñas escuelas Pitman. Los que fundan pequeñas nuevas universidades se hacen las mismas preguntas que se hace Garrahan. Esto lo único que hace es sumarle todavía más complejidad, porque no es que viene desde una intención perversa, viene de cosas que todos sabemos, que la UBA se transformó en algo ingobernable. Creo que medir qué está pasando con las nuevas y pequeñas universidades del conurbano puede ayudar bastante. Todavía son difíciles de evaluar, porque son bastante recientes. Pero al haber cambiado de manera tan notable su composición, su localización, su organización, sería interesantísimo que se tuviera un método para poder evaluarlas, compararlas, medirlas. Quizás esto se pueda hacer después de unos años. Ayudaría a responder alguna de

las preguntas que se hacen. Yo, en particular, trabajo en la Universidad de Quilmes, como Arquitecto. Hace 14 años que trabajo en ese tema. Por un lado no siento ninguna responsabilidad desde lo académico, pero sí la fascinación de haber acompañado un organismo que nacía, tratando de ser lo más leal posible a que cada uno pueda desempeñar su actividad. Es bastante claro que en ese grupo humano, que no carece de ninguna manera de complejidad, que tiene sus buenos mambos, al cambiar de escala no sólo se facilitó el diálogo, se facilitó la distribución de los medios. Por ejemplo, la mayoría de las Facultades deben andar entre el 90 y el 95% de gastos comprometidos con sueldos. Eso no fue mencionado acá, pero para mí es el certificado de defunción de la UBA. Yo no le veo futuro. Porque resulta imposible mover partidas, o para mover partidas es imprescindible generar procesos de convulsión, que confunden toda la organización que puede llegar a tener una Facultad. Eso debería ser por una vía más natural. Porque la reorganización y la reordenación de partidas es lo que, pensado por un Consejo de una Facultad, pasado por un Departamento, alimentado por las necesidades reales, puede generar un cambio, desarrollar una línea de investigación, en vez de quedar en manos de los gerentes y todas esas cosas nefastas que todavía se pueden vivir en muchas Facultades. Ahí está la clave. Las personas que se desempeñan dentro de este monstruo que es la UBA - que tiene mucha jerarquía, porque sigue siendo la Universidad que más investiga, que más publica - cuando salen de la UBA y van hacia organismos más simples, se comportan de manera más elemental, pero pueden hacer sus vidas. Pueden ser parte incluso de fenómenos no individuales. Se juntan tres o cuatro de estas personas, arman algo un poco más orgánico y se escapan de esto.

Pablo Buchbinder: voy a hacer una serie muy breve de reflexiones. Salieron temas muy diversos en toda la discusión. Desde el punto de vista vinculado con mi formación, que me resulta imposible dejar de lado, son muchas las cosas que Faivre comentaba antes acerca de los problemas vinculados con el diseño de un proyecto para la Universidad, y qué tipo de cuestiones discutir, y yo pensaba en los debates sobre la Universidad en los años 60 y 70. Ahí estaba muy clara la relación que había entre un proyecto de Universidad, un proyecto de país y la necesidad de enmarcar la

transformación de la Universidad en un marco de transformación del país. Tenía un sentido muy distinto. El gran problema que tenemos en los 90 es la falta de rumbo en general, cuál va a ser el devenir o la posición de esta sociedad. Y me parece que la Universidad se enmarca en líneas generales en esa falta de proyecto más general. En la medida que no podamos discutir esas cuestiones más generales va a ser difícil plantear el problema de la Universidad.

Mederico Faivre: Muchas veces se idealiza lo que sucedió en esos años.

Pablo Buchbinder: A mí me parece que en el mundo había ciertas utopías que hoy ya no existen ¿En qué se transformaron esas utopías? ¿Cómo cambiamos el mundo? Uno se podía plantear y preguntarse por la Universidad desde un norte, un sentido. Uno podía enmarcar el problema de la Universidad en aspectos más generales de transformación del país. Hoy estos proyectos no existen. Me parece que hoy no existen. No es que tenga un juicio de valor.

Mederico Faivre: Yo comparto esto último, no quiero idealizar.

Pablo Buchbinder: Quería hacer otra reflexión sobre los problemas que aparecieron acá sobre la gerontocracia. Tenemos una agenda de discusión de problemas universitarios muy sesgadas por cuestiones economicistas. Muy vinculadas al tema del ingreso. Creo que hay otros temas que no discutimos, y que en algún momento habría que iniciar un debate con esto. Por ejemplo, respecto a los problemas de organización política de la Universidad. Respecto a cómo generamos mecanismos de participación más amplios. Si pensamos en el gobierno de la Universidad, en los sectores que tienen hoy el control de la Asamblea Universitaria, el Consejo Superior ¿cuán representativos son de los profesores, docentes, estudiantes?

Lucas Rubinich: Yo tengo un poco más de pesimismo que Faivre, respecto a la Universidad de Quilmes. Felizmente se crearon varias universidades del conurbano, muchas de ellas funcionan muy bien. Pero están inmersas en la época que estamos viviendo todos. También tienen sus problemas muy

importantes. Coincido con eso. No idealicemos el 60, no idealicemos a Quilmes, uno podría encontrar condensados mil problemas que hay en la UBA, que también aparecieron en ese espacio chiquitito, y explotaron de una manera muy significativa. Estamos en una época complicada, y el poder arribar por medio de un debate a la discusión sobre la estructura institucional a mí me parece fundamental. Cómo hacemos para pensar espacios que posibiliten mayor participación política, mayor desarrollo de la investigación. Eso es una discusión política. Por eso yo digo que ingreso irrestricto o restricto me parece secundario si no tengo un contexto más total para sostener esa discusión. Que entren todos, que no entre ninguno, que entren más o menos. No creo que ese sea el tema. Por eso, en función de las identidades, me refería a la anécdota de Dahrendorf. En una situación de cambio de época es muy difícil ver cómo se procesan estas identidades anteriores. El procesamiento de esta mirada sobre las políticas universitarias, en el sentido analítico de sociólogo, fue productiva. Fue un discurso que tuvo una impronta modernizadora, con una mirada fuertemente anclada en las miradas políticas internacionales del neoconservadurismo, y que se sostenía sobre una retórica de izquierda progresista con la cual era muy difícil disentir. Porque era un discurso complejo, un discurso de época productivo. Una cosa es el discurso conservador que dice solamente "Yo quiero la Universidad del 45", "Yo quiero la Universidad del 60", "Volvamos a". No se puede volver a. ¿Cómo se procesan esas identidades anteriores? ¿Cómo se procesa lo que fue un período de radicalización política de la década del 60? Una de las maneras de procesarlo fue ese espacio mínimo, acotado, en el que especialistas nacionales y latinoamericanos produjeron un discurso neoconservador realmente inteligente sobre la necesidad de transformación (de transformación regresiva diría yo) de la estructura universitaria. A mi modo de ver, los discursos "modernizadores" de los 90 pensaban de una forma retóricamente sofisticada una sociedad dual que no era la sociedad argentina. Porque hay historia que se debe considerar para el análisis social. Por más desestructurada que esté la sociedad argentina es posible explicarse por qué hay gente que proviniendo de secundarios tan desastrosos conserva expectativas culturales frente al mundo universitario, y cómo esas expectativas culturales lo plantan, de una u otra manera,

frente a la posibilidad de incorporar algún capital cultural mayor y relacionarse de una u otra manera con la Universidad. Esta discusión de los años 90 fue una discusión de científicos sociales con retórica progresista. Algo de lo que decía Patricio me parece destacable: ¿nosotros estamos engañando a los alumnos, los hacemos entrar a un espacio complejo, y en ese espacio complejo aquellos que tengan menos capital cultural serán los castigados.? No estoy de acuerdo. Es complicada esa discusión. El mundo urbano argentino de clase media que tiene relación con el mundo de la cultura es una franja muy amplia, que supera incluso las limitaciones de los colegios secundarios.

Buchbinder se retiró.

Pedro Krotsch: Reconozco en la explicación de Lucas sobre la Universidad latinoamericana lo que Bruner llamaría un tradicionalismo del tipo sociocultural. Este enfoque elabora explicaciones desde el mundo externo a la universidad, pero no advierte que las instituciones tienen también una historicidad, y una angustia, de alguna manera. Y da la impresión de que este discurso, desde afuera, todavía no recaptura en absoluto la historicidad de la UBA. La historia de la UBA tiene, marcas, espacios, donde esa memoria, ese proceso, y el discurso externo son procesados, de alguna manera. Es como una familia, uno puede tomar la familia y su contexto, el contexto del mundo. Pero ¿cómo da cuenta de la historicidad propia de una familia?. Yo me pregunto cómo incidieron el golpe del 76, la medicina, el Dr. Garrahan, los discursos de Shuberoff, la falta de una generación de actores dentro de la UBA. Acá hay una construcción histórica desde la institución, que me parece notablemente incapaz de dar cuenta de ello. Resolvemos el tema de los discursos externos, y queremos indagar en esas reglas, esas arterias ocultas de la UBA, para descubrir algo.

Mederico Faivre: para mí una de las esencias de la Universidad, una de sus mayores riquezas - casi es una irresponsabilidad de mi parte decirlo - es el nivel de caos existente. Es sorprendente cómo eso puede llegar a generar un fenómeno propio. Un fenómeno que también permite reflexionar sobre la ciudad, la conurbación. Eso existe también adentro de la UBA. Esa

situación complejamente indefinible, que hace que de pronto una conversación informal, eduque más que lo que un profesor puede decir. No es un fenómeno mecánico que si uno viene bien formado, supuestamente tiene ventajas adentro de la Universidad. Yo lo veo en mis alumnos. Nosotros operamos con materia y con conceptos, generando espacios, tenemos un mecanismo de aprender y enseñar que es colectivo en los talleres. Los alumnos vienen y opinan, y es muy común que un típico chico de clase media, muy viajado, un frecuentador de aeropuertos, satisfecho con todo tipo de tarjetas de crédito y demás, cuando tiene que dar su opinión personal tenga dificultades. En cambio tenemos alumnos que han visto el mundo solamente por televisión, y opinan y se expresan con riesgo y con nivel interesante. Entonces hay que tener cuidado en no interpretar mecánicamente. Estoy tratando de responder a la pregunta de Pedro, que me pareció muy buena, acerca de ese mundo interno de la Universidad.

La cuestión interesante que yo encontré y sigo encontrando en la Universidad, es la posibilidad de generar una mezcla riquísima de pensamientos contrapuestos, uno está inmerso en un organismo que no tiene ni forma ni final ni fondo. Eso a veces da vértigo, a veces da bronca, y uno vuelve. No existe otra institución que sea así. Con esta organización, que cada tanto proporciona gotitas de placer, y cada tanto uno dice “no puede ser que se repitan los mismos fenómenos de las instituciones de fútbol adentro de la Universidad”.

Sandra Carli: Hay una expresión que utiliza Francisco Naishtat, que es la de anarquía organizada. Esa mezcla de planos distintos y esta complejidad que al mismo tiempo genera algún tipo de organización.

Patricio Garrahan: Hay una frase de Gibbon, que dice que la buena educación sólo es útil para aquellos pocos privilegiados para los cuales es superflua. Es más o menos cierto. Pero la ventaja de la calidad de la educación es que reconoce a los buenos. Que reconoce el pibe que mencionaba Mederico y al pequeño burgués de la tarjeta de crédito, y selecciona al primero. Y esto es un factor de selección muy poderoso, que funciona específicamente dentro de la Universidad. Desde el punto de vista de la identidad no tenemos que ignorar que hay un posible escenario

terrible, que es que la universidad pública lentamente se transforme en lo que es la medicina pública y la educación primaria y secundaria pública. Instituciones a las cuales la gente, si tiene la posibilidad, intenta evitar. Eso es una realidad, en este momento la gente va al hospital porque no tiene más remedio. Y eso no es un fenómeno de organización política. Sacando el caso absolutamente anómalo de Estados Unidos (país que tiene pena de muerte, que mata gente, país que es una especie de Cuarto Reich, con Bush que a mí me llene de terror) el resto del mundo es así: en Inglaterra todo el mundo se atiende en el mismo lugar. Yo, a pesar de que vengo de una familia relativamente acomodada, profesionales, hice la escuela pública. Estuve en el Nacional Sarmiento. Y la pasé muy bien. No fue la San Andrés, o ese tipo de lugares. Esas escuelas hacen una selección sobre la base de criterios que nada tienen que ver con el intelectual. Tampoco hay que olvidar que hay problemas que son propios nuestros y de la región, que no nos lo va a solucionar nadie si no los solucionamos nosotros. Por ejemplo, América Latina es el principal reservorio de productos naturales del mundo. La mitad de los medicamentos del mundo todavía son productos naturales. Nosotros somos dueños de eso. Podemos hacer dos negocios, uno es vendérselos por cuatro mangos a unos empresarios que vengan a hacer la prospección o tratar de hacerlos nosotros. Y lo otro son las llamadas enfermedades tropicales, las enfermedades propias de la pobreza, como el paludismo, el Chagas, las enfermedades parasitarias. En el mundo no hay inversión, porque a la gente no le interesa. Yo estuve en un simposio en Brasil, sobre este tema. Fue un gerente de un laboratorio, que dijo "Si a nosotros no nos da limpios 50 millones de dólares por mes, no lo guardamos, aunque lo hayamos descubierto. Lo ponemos en el estante". Hablando de medicamentos para todas las enfermedades que matan a la gente en estos países. Más las enfermedades prevenibles. El otro día un señor escribió en La Nación una carta contra el Ministro de Salud, diciendo "¿Cómo el Ministro de Salud considera que la distribución gratuita de procedimientos anticonceptivos es un cuidado de la salud?", considerando eso una barbaridad. Obviamente es cuidar la salud, puesto que de esa manera se evita el embarazo adolescente, que es una de las causas de enfermedad más grande, más grave, que causa dolor, que arruina la vida de la gente. Este señor se sentó con una lapicera Parker a escribir, pero no

tiene la menor idea de en qué mundo vive. Ese es nuestro mundo. Hay una tendencia fuerte a decir que para qué lo vamos a hacer nosotros si lo pueden hacer mejor los de afuera. Pero no. Eso puede ser cierto respecto de algunas cosas, pero de otras cosas no, las tenemos que hacer nosotros. Los pequeños grupos que manda a sus chicos al colegio sacral, aprenden inglés, se van a hacer un MBA a Harvard, vuelven para acá, siguen así, y se convierten - discúlpenme el anacronismo - en lacayos del imperio, y así sigue la cosa.

Sandra Carli: Lucas, vos hiciste la relación entre la Universidad y algo así como la cultura pública en la Argentina.

Lucas Rubinich: Sí, usé ese término, que lo usan más los historiadores. Aún hoy, el problema para mí es importante. No digo que esto sea eterno. De la misma manera que hay tradiciones que hacen que un profesor emérito, muy prestigioso, siga dando clases en el grado, con nosotros, y esté contento, y todavía nos prestigia. En algún momento se va a cansar y se va a ir.

Patricio Garrahan: O la maestra que hace diez kilómetros a lomo de burro.

Lucas Rubinich: El ejemplo de Patricio es muy bueno. Algunos estudiantes de mi cátedra hicieron una investigación en la escuela primaria, y está la maestra con la idea de Educar al Soberano, y es un héroe. Pero en realidad las instituciones de la República no necesitan héroes, necesitan funcionarios. La señora esa es un héroe y entonces va contra todo y contra todos. Pero no son todos así. Cuatro de cada cinco dicen "¿Qué querés que haga con estos muchachos, que vienen con una navaja, con un 22 milímetros en la cintura? Yo los hago pasar de grado, porque tampoco voy a hacer que me cierren la escuela. Hacemos lo que podemos". Eso es una situación complicada. Pero aún en el marco de esa situación de extremo deterioro, a mí me llamó siempre la atención lo que sucede con los ingresantes. Creo que no es independiente de una historia de movilidad ascendente en la Argentina, donde todavía existen esas expectativas, de relación con lo cultural. Si se compara Argentina con Chile, la diferencia es flagrante. Un

compañero mío, un sociólogo chileno, estaba en la oficina de la Carrera de Sociología. Yo estaba firmándole cosas a una chica, que tiene la beca de estudios, esta que hay en la UBA. Y pensé: le voy a hacer una pregunta sociológica fundamental al colega chileno, para ver que piensa. Él estaba muy entusiasmado con la chica, porque resulta que la chica sabía jazz, y a él le gustaba el jazz, y entendía francés, entonces hablaban tres palabras en francés, la chica era linda, cosa que hacía más fuerte la preocupación de este compañero. Le pregunté "¿Cuál te parece que es la profesión de los padres de esta chica?". Y él, automáticamente asoció a lo que sería un sector alto o medio alto de su país. En este caso era exageradamente bajo, el hombre tenía una gomería en la Avenida Crovara, y vivía en los monoblock. Pero no es extraño, todavía - probablemente dentro de 5 años sí lo sea - que exista esa franja de sectores medios con expectativas culturales. Porque además, si medimos en términos de ingreso, una persona que vive en Barrio Norte, en un departamento de dos ambientes, y paga una hipoteca de 700 pesos, es un rico, y es el hijo del gallego almacenero que vivía en Mataderos y lo hizo estudiar la carrera de Química. Esa situación de la sociedad argentina es muy diferente a la chilena, por ejemplo. Uno debería considerarlo cuando piensa esto en términos de "No, no tiene capital cultural – sin averiguar qué es eso -, entonces no debería ingresar". Hay que hacer pruebas.

Patricio Garrahan: Eso pertenece a los secretos de la corporación, nosotros ganamos poco porque vivimos en un país más igualitario. Nosotros estamos en un país dividido, pero los brasileños y los chilenos hace tiempo que están así divididos, y los profesores universitarios se quedaron del mismo lado del abismo que los ricos.

Mederico Faivre: Tanto es así que en esas sociedades ya no se discuten esas cosas. Nosotros estamos discutiendo, acá, todavía, pero en esas sociedades ya no se discute.

Patricio Garrahan: Son profesores que se jubilan a los 24 años, con el sueldo entero, pueden volver a concursar y sumar la jubilación entera a un nuevo sueldo, son todos privilegios que inclusive son inaceptables desde el

punto de vista de un país avanzado. No se los aceptarían en un país avanzado. Lo que sucedió en Venezuela. En la Venezuela de 4 bolívares por dólar, de la segunda mitad de los 70, los profesores ganaban más que en cualquier lugar del mundo. Con un sueldo te comprabas un auto. Y estaba ese programa, el Gran Mariscal de Ayacucho, que dio 15.000 becas al exterior, de las cuales no salió nada. Habrán salido cuatro científicos reconocidos. Nosotros acá damos 225 becas de estudio.

Lucas Rubinich: eso no quiere decir que haya que tener una mirada tonta e ingenua y decir que la situación esté bien. Está muy mal.

Patricio Garrahan: Las pequeñas universidades son una solución. La UBA tiene un peso de tradiciones, usos y costumbres demasiado gigantesco. Yo dirijo el Instituto de Química y Fisicoquímica Biológicas. Es imposible conseguir que una persona se mude de un cuarto. Por las decenarias tradiciones de esa persona. Entonces sí uno piensa en las centenarias tradiciones de la UBA, cualquier cambio es imposible. Excepto en estos períodos que mencionaba Lucas, donde de golpe se produce una situación social que favorece el cambio. Estamos en un período de cambio, pero donde la Universidad es totalmente pasiva frente a ese cambio. No está haciendo nada. Está tratando de aguantar el chubasco.

Lucas Rubinich: A mí me interesó tu periodización, Patricio, porque en realidad no es la mítica periodización. Dijiste, hay un deterioro de la salud pública, que tiene que ver con el deterioro del mundo de la medicina pública, que empieza en el 55.

Patricio Garrahan: Yo no hago medicina, yo hago investigación básica. Transporte de sales a través de membranas biológicas. Tiene mucho que ver con la medicina, pero no veo pacientes. La señora que trabaja en casa me dice que la hija se tiene que operar de vesícula. Yo le dije “Ah, pero ahora es muy fácil, porque se opera con una fibra óptica” – “Ah, no, eso cuesta mil pesos. Para ser gratis es con cuchillo”. Eso me parece una anécdota pavorosa.

Sandra Carli: Retomando lo que Faivre planteaba, pensaba en esto de preguntarnos por la relación entre pasado, presente y futuro. Vos hablabas de la capacidad de la Universidad para anticipar, y al mismo tiempo para tener mirada en perspectiva del pasado, que a veces se idealiza. Sería interesante ver cómo uno podría pensar este momento presente, desde una lectura que sea histórica, también.

Mederico Faivre: Yo pienso en esto, a ver si hay algún rasgo de anticipación. En la Europa anterior a la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, las universidades, ¿qué rol tuvieron? Las grandes universidades europeas ¿generaron la capacidad de anticipación, cumplieron con algún rol, o simplemente también fueron sorprendidas por los fenómenos de la historia? Esto lo digo porque estoy convencido de que dentro de la Universidad no se está escribiendo el futuro porque hay dificultades para percibir el presente. Esto es clarísimo. Y es evidente que en esta situación forzada que estamos viviendo, el mercado está marcando el futuro. Es más, en este momento dice también cómo hay que preparar a los universitarios para que respondan al futuro de ellos, entre comillas. Y también es clarísimo que el mercado es capaz de matarse a sí mismo. Cosa que sabemos todos, porque vivimos en Argentina y sabemos que es una manera de organizar la sociedad que puede ser absolutamente antropófaga. Si uno no puede anticiparse a nada, ¿qué deberíamos hacer dentro de las universidades para periódicamente tener nuestra manera de colaborar? De poner nuestro granito de arena, de decir por ejemplo: "vamos en dirección de colisión". O no: "Vamos a atenuar la colisión?" Porque yo creo que esto es lo que se espera en estos tiempos. Por ejemplo, a mí me sorprendió muchísimo cuando se inundó Santa Fe. Es un caso extremo, pero las universidades, que sabían positivamente que hechos así habían ocurrido, ¿cómo no tuvieron la capacidad de poder señalarlo? Tenían ingenieros hidráulicos, que sabían que eso había ocurrido antes, cómo eran los ciclos históricos, cómo había que hacer mantenimiento, qué había ocurrido en otro lugar. Y todo esto no se manifiesta. Entonces si yo puedo tomar momentáneamente el rol de un ciudadano que mira estas organizaciones, me pregunto: "¿Qué me dan?". Para mí es evidente que me lo dan a través de un proceso completamente indirecto, mucho más largo, del cual no

solamente no descreo sino que dije que soy producto de él. Yo no deseo ninguna situación inmediata, pero deseo que la Universidad demuestre la capacidad que tiene de pensarse, la capacidad que tiene para pensar el futuro, la capacidad de poder medianamente mejorar un mundo, que - ahora es más claro que nunca - necesita de anticipación. Por la velocidad que han tomado los acontecimientos.

Patricio Garrahan: Son muy pocos los países estables. Si uno mira Europa occidental, los países estables - es decir, que no pasaron por cataclismos infernales - son Inglaterra, Francia (si nos olvidamos de Vichy, cosa que no es fácil), y los pequeños países escandinavos, y Holanda, a lo mejor, y nada más. Yo creo que en Inglaterra eso funciona de una manera algo implícita, en el sentido que toda la infraestructura del funcionariado alto, técnico, sale de las universidades imbuido de un cierto espíritu más o menos común, propio de estas universidades, y que exige un mecanismo de consulta. Quizás los funcionarios políticos más destacados no, pero el funcionariado alto lo hace. Acá no se consulta a las universidades. ¿Hubo alguna vez alguna consulta a las universidades, de la Secretaría de Recursos Naturales, acerca de cómo hacer los contratos pesqueros, o algo así? No hay. No hay consulta pública. En general se les pide a las universidad que generen innovaciones de valor económico, que sirvan al sector privado. Las universidades además tienen que servir crecientemente a la definición de políticas públicas, que requiere conocimientos especializados, y para aquellas políticas públicas que no sirvan a intereses sectoriales tienen que tener decisiones relativamente independientes. Las universidades deberían poder proveerlas. Lo que digo es que estoy de acuerdo con lo que dice Mederico, pero también tendríamos que conseguir del lado demandante que aparezca la demanda. El Plan Fénix es un ejemplo espectacular. Los funcionarios no lo consideran para sus decisiones. Yo no sé si el Plan Fénix es bueno, malo o regular. Pero un enorme grupo de economistas, universitarios, se reúne, hace una propuesta económica, y no le llevan el apunte, ni el más mínimo, como si no existiera. Yo jamás he oído a ningún funcionario de economía de ningún gobierno decir la palabra "Fénix", excepto cuando se refiere a la Phoenix Corporation que produce medicamentos. Hay una especie de desacople característico de la Argentina,

nosotros vamos por un lado, el gobierno va por otro, no interactuamos, entre el saber y el poder no hay relación.

Lucas Rubinich: Pero también es cierto que hay un problema de deterioro institucional, en la investigación por ejemplo, de cierta pérdida de autonomía. Es verdad que cuando uno tiene una comunidad académica de investigación fuerte, puede plantearse la discusión de la agenda académica internacional. No quiero ser chauvinista ni decir que la discusión se deba cerrar en lo local, pero sí plantear el debate sobre qué es prioritario o no es prioritario investigar. Cuando uno tiene instituciones tan débiles, se sube al colectivo que pasa. Y en realidad lo que ocurre con muchas de las situaciones objetivas de investigación - yo conozco más un espacio, pero creo que será en muchos lugares igual - es que la gente se sube al colectivo que pasa, y los colectivos que pasan vienen de cómo se armaron las agendas de investigación internacionales. Que no necesariamente responden a problemas que tenga esta sociedad. Esto no quiere decir que nosotros vamos a inventar la ciencia nacional y popular. No. Quiere decir que problematicemos la agenda, y que es necesaria una discusión política. A mí me parece que es una responsabilidad pública de los investigadores y de los políticos.

Yo creo que el problema del presupuesto universitario debería aparecer como secundario, porque la discusión sobre estos problemas es fundamental. Cómo canalizamos el presupuesto, hacia qué. Hay diferencias presupuestaria extraordinarias con universidades a nivel mundial. Por ejemplo, la UBA tiene 110 millones de dólares por año la UBA, la UNAM tiene 1.110 millones. Es demasiado grande la diferencia. Es cierto que quizás no han surgido planteos públicos que permitan evidenciar más crudamente la dimensión del problema. Porque este no es un problema sindical, de bolsillo del profesor. Es un problema de la República.

Patricio Garrahan: Es el mismo problema que destruyó la educación media y que destruyó la salud pública. Tenemos un cierto monopolio de captación de señales, que nos permite sobrevivir. Pero ya se va a acabar también.

Mederico Faivre: Para mí, la imposibilidad que tiene la Universidad, es que no nos podemos escuchar.

Patricio Garrahan: Eso es verdad, es complicado.

Mederico Faivre: La práctica habitual es no escuchar. No sólo es la oposición, sino la destrucción del discurso del oponente. Eso está en la estructura misma.

Lucas Rubinich: Nosotros en la Facultad de Ciencias Sociales hicimos un esfuerzo especial en este sentido. Este problema también tiene que ver con el deterioro y la crisis de identidades políticas, la crisis institucional. La gente se agarra del pequeño grupo y trata de sobrevivir en una guerra de todos contra todos. Esa es la situación más catastrófica. Yo creo que es una explicación con crisis de identidades, crisis institucionales, etc. Finalmente, uno se pone contento con muy poco. El otro día yo le decía al Decano, Federico Schuster: "La verdad es que estamos bien. Yo soy oposición tuya, yo vengo acá, me siento, y te digo que voy a ser oposición si no nos ponemos de acuerdo en proyectos. Si acordamos proyectos, coincidiremos, pero si no, voy a ser una oposición racional, pero estoy charlando con vos. A esta altura del partido, esto ya es un triunfo. Porque en algunos lugares se tirotean, no se saludan..."

Mederico Faivre: El tiro puede ser hasta anecdótico. Cuando el tiro se define a sí mismo, podés salir del tiro. Pero cuando vos no escuchás al otro, no se sabe que no lo estás escuchando. O sea, los procesos tienen un nivel de enfermedad mucho mayor que el de los tiros.

Sandra Carli: También se puede pensar que si no hay la construcción de una voz pública es porque previamente tendría que haber una voz institucional hacia adentro más construida.

Lucas Rubinich: Son paradojas. Yo puedo discutir con todos los militantes todos los días -aclaro, que discutir supone reivindicar como elemento fundamental de la institución universitaria pública, la participación política .

Pero todos somos también el resultado de la crisis de los partidos más generales. En momentos de mayor fragmentación de la comunidad universitaria se puede imaginar una situación exagerada en la que como sector más activo de la política universitaria estamos ahí solos, peleándonos con el Grupo A con el Grupo C con el Grupo E, los representados nos ignoran absolutamente, pero de vez en cuando van y nos votan. Gana alguno, los otros se pelean todos con todos, y se autonomiza la clase política de sus representados, tanto que pueden hacer cosas que nadie va a venir a reclamarles. Esa autonomización no es demasiado distinta a lo que ocurre en otros espacios de la sociedad.

Mederico Faivre: Otro ejemplo es el de los medios de comunicación. El fenómeno de internet, ¿lo tenemos comprendido nosotros? Yo creo que las nuevas generaciones tienen la esperanza de poder suprimir ciertos tipos de fenómenos a los que la universidad obliga. Hay una esperanza en todo eso que hace que se esté gastando como a cuenta de eso, anticipadamente. Yo no sé si eso se está discutiendo. Me gustaría saberlo.

Patricio Garrahan: Yo creo que no. Creo que el Consejo Superior de la UBA no entiende el significado del acceso a la información. No ve. El acceso que tiene un miembro de cualquier universidad comparado con el que tenemos nosotros, es muy pobre. Y eso no es caro, eso se puede. Eso está dentro del presupuesto. Es una decisión política. Entonces porque a alguien se le ocurre que esto es una pavada le pone un freno a todo.

Lucas Rubinich: Uno puede hacer cosas en función de eso, que dinamizan la tarea. Yo tengo una revista con dos muchachos que están en Nueva York, otro está en París, y armamos todo a través de internet.

Patricio Garrahan: Yo creo que ninguna Facultad, algunos Institutos – por cierto no el mío – tienen banda ancha.

Mederico Faivre: Nosotros, para generar belleza, mejorar los ámbitos, ayudar a la vida, que es nuestra tarea como arquitectos, en la Universidad de Quilmes diseñamos circulaciones que son inéditas, enormes, para que

los estudiantes puedan disponer de mesas. Esto genera un espacio universitario diferente. En honor a la verdad, no es que se nos haya ocurrido, surgió casi naturalmente y nosotros en seguida nos dimos cuenta y lo favorecimos. En la Universidad de Buenos Aires yo no he visto iniciativas tendientes a que el alumno permanezca más tiempo en un edificio universitario - considerando también la envergadura del deterioro de las casas en que habitan. Esto se favorecería diseñando lugares felices, atractivos, facilitando el acceso al equipamiento informático. No estoy poniendo ningún ejemplo, pero ahí se mezcla el nivel de observación, la tarea personal, el querer ayudar a que las situaciones mejoren.

Patricio Garrahan: Yo conozco gente que salió de la UBA, con cargos de muy bajo nivel, y en la Universidad de Quilmes está tres o cuatro veces mejor. Es una salida, lo que pasa es que es poco.

Mederico Faivre: Ahí hicieron la reforma educativa, por lo que yo conozco creo que tiene entre el 25 y el 30% de presupuesto libre para poder moverse y reorganizarse. Y eso es clave. En la Universidad de Quilmes nosotros tuvimos una gran ventaja: nos dieron tiempo. Nosotros como arquitectos no inventamos, nosotros observamos. Nos comportamos de otra forma. Y creo que llegamos a grados de dignidad muy altos. Tuvimos 10 a 12 años para realizar nuestra tarea, y pudimos ir ajustándola. Uno hace su propia autopsia, y va corrigiendo su tarea profesional.

Lucas Rubinich: Nosotros compramos un espacio para hacer un edificio nuevo para la Facultad de Ciencias Sociales. Y esto da una idea del grado de incomunicación de las Facultades de la UBA: nosotros tenemos los mejores arquitectos en la Facultad de Arquitectura, podríamos haber encontrado la manera de hacer un concurso público, con imaginación, construir un edificio que piense la complejidad contemporánea. Pero no. Lo va a construir la Arquitecta de Rectorado. Yo no la conozco, seguramente sea buena, pero no es la forma de hacer las cosas.

Sandra Carli: Les agradecemos la presencia y el intercambio.

Identidad de la UBA y marcas de la historia en el presente

Mesa de discusión

9 de noviembre de 2005

Patricia Funes, Ariel Gordon, Alberto Kornblihtt

Coordinador: Francisco Naishtat

Francisco Naishtat: Muchas gracias por estar aquí. Vamos a desarrollar la mesa en base a preguntas, para retomar luego el núcleo de cada uno de los temas. Pensando en este título, Identidad de la UBA y marcas de la historia en el presente, ahora se habla mucho del *shaping identity*, de moldear, de construir la identidad de las instituciones por las instituciones mismas. Hay quienes sostienen que estaríamos en una etapa de la historia universitaria en la cual las Universidades pueden, de alguna manera formar, moldear, su propia identidad, liberándose, hasta cierto punto, de la carga de las tradiciones, cuando estas últimas se vuelven demasiado limitadoras en relación a las posibilidades y necesidades que plantea el momento actual. Una primera pregunta es qué posición tienen ustedes en relación a esta operación de moldear la identidad de la Universidad, en su relación con las tradiciones. Cómo se establece la articulación entre tradiciones, por una parte – lo pongo en plural a propósito, porque creo que la UBA es partícipe de muchas tradiciones diferentes – y por otra parte esta suerte de creatividad institucional, requerida por los tiempos presentes en que las instituciones públicas se ven envueltas en dinámicas de cambio. La idea, inclusive, de dejar lugar a los propios actores, la posibilidad de definir nuevas identidades para la institución. Sería *shaping identities* y tradiciones.

Patricia Funes: Yo creo que el problema de las identidades es un tema un poco espinoso, porque uno puede caer en ciertos esencialismos inmanentes o en la idea de que todo se construye voluntariamente aunque ahistóricamente. Es evidente que hay un *boom* memorialista en la Argentina, y en realidad en todas partes, es mundial. Hay una idea de museificación casi exacerbada, de querer aprehender el tiempo pasado, de

reflexionar y en cierto sentido fijar pertenencias, lealtades, reconocimientos mutuos. Eso tiene que ver, a mi juicio, con la ruptura de las identidades más estables y territorializadas. ¿Qué pasa en la Universidad? A mí me llamó la atención una resolución del Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires, del 31 de agosto de este año. Hace dos meses. La Resolución dice: “La Universidad resuelve adoptar como sello mayor de la Universidad de Buenos Aires el que fuera diseñado en agosto de 1921, por pedido de las autoridades de entonces, al profesor Ernesto De La Cárcova, y con el correr del tiempo ha ido sufriendo diversas transformaciones, tanto por la alteración de sus formas como por la aplicación de los sombreados”. Y sigue la Resolución del Consejo Superior: “Es necesario promover y fortalecer el uso de símbolos uniformes que identifiquen adecuadamente a esta Universidad, otorgándole una imagen institucional y coherente”. Esto, hace dos meses. Qué raro, ¿no? Porque en realidad el sello de la Universidad es un sello que se usa desde hace muchos años. Y es cierto que ahora algunos tienen más sombreado, pero ahora la Universidad decide, se reúne el Consejo Superior y resuelve que ese es el sello. Lo cual nos viene bastante bien para esta charla. Incluso esta convocatoria sobre el tema de identidades, también está hablando de ciertas inquietudes respecto a una institución compleja, contradictoria, en donde abrevan muchas y diversas tradiciones y, sobre esa base de heterogeneidad, una dinámica de reformulaciones de valores y aspiraciones que por su puesto excede “lo universitario” pero que lo refleja. A mí me gustaría plantear esto para retomarlo después: la falta de tradiciones y de autoreconocimiento y autorreflexión de la historia de los ciudadanos de la Universidad de Buenos Aires.

Alberto Komblitt: Voy a empezar comentando esta Resolución. Para mí lo notable, que revela la identidad de la UBA, es que haga falta una Resolución del Consejo Superior para uniformar el sello. Porque el objetivo de uniformar el sello puede ser atendible, pero es llamativo que las más mínimas decisiones de orden administrativo, que no tendrían que ser ni siquiera discutidas por un Consejo, tengan que ser tomadas por este. Esto refleja uno de los aspectos de la identidad de la UBA, que tiene que ver con

su carácter heredero de las tradiciones de la Reforma del 18, donde por reacción al autoritarismo se cae en la falta de ejecutividad.

Yo creo que la Universidad de Buenos Aires tiene varias identidades, las cuales tienen que ver con los modelos de Universidad. Cada una de esas identidades coexiste y es vista por los distintos actores como si fuera la única o la preponderante. El modelo profesionalista, el modelo de Universidad meramente transmisora de conocimiento o enseñadero, y el modelo generador de conocimiento, que tiene que ver con la investigación científica y tecnológica original. Y coexisten las tres identidades, los tres modelos. Y yo no sé siquiera si pujan. Porque sería a mi entender ridículo que la Universidad no tuviera un sector para la formación profesional. Pero por otra parte tampoco puede ser que la Universidad tenga una infraestructura tan precaria para sostener la generación de conocimiento. Por lo tanto, esas tres identidades coexisten, pujan, se pelean, a veces se transforman. Tal vez haya más, yo no soy experto en las ciencias sociales, ni humanidades. Probablemente la meramente transmisora del conocimiento sea la peor de todas, porque la Universidad no puede erigirse como entidad para transmitir un conocimiento que no sea alimentado por la generación del conocimiento en sus propios claustros. Por lo tanto, si nosotros relegáramos, si la sociedad viera a la Universidad de Buenos Aires como una escuela terciaria donde se transmiten conocimientos establecidos en los libros, y no como un lugar donde se generan conocimientos que posibilitan a los actores la transmisión del trabajo de la generación, entonces estaríamos equivocándonos. El modelo profesionalista en alguna medida debe existir. El modelo generador de conocimiento debe, a mi entender, abundar, pero el que no debe permitirse como única identidad es el enseñadero, el modelo que consiste solamente en transmitir conocimiento acuñado por otros generadores de conocimiento.

Dentro de la UBA hay dos elementos que también marcan su identidad. Una es que es una universidad masiva, y esto se ha mantenido en el tiempo. Nunca fue una Universidad estrictamente elitista, pese a que acceden los hijos de la clase media o sectores relativamente acomodados. Pero en su concepción, es una universidad masiva. Y también constituye la identidad el que esa masividad es compatible con calidad. No es una cosa apologética sobre la Facultad de Ciencias Exactas. Creo que esto se ve

fundamentalmente a través del imaginario de los sectores que pueden mandar a sus hijos a la Universidad. Tal vez critican la masividad y la politización, pero no dudan de la calidad superior ante otras opciones. Entonces hacen una opción guiada por el criterio de costo-beneficio. “No te voy a mandar a la UBA porque ahí vas a hacer política y hay huelgas. No pongo en duda que la educación que recibirías en la UBA es de una calidad superior a la que vas a tener en el circuito privado”. La masividad es impresionante. Voy a citar al Rector, Jaim Etcheverry. Esto no lo inventó él, pero hace una especie de silogismo diciendo que se crearon las universidades del conurbano en los gobiernos peronistas para tratar de quitar el poder a la UBA, y el resultado es que la UBA sigue siendo la Universidad más masiva del conurbano. Porque es la Universidad a la cual viene más gente del conurbano que la que va a las universidades del conurbano.

Pienso que el problema está en cómo reconocer esas identidades múltiples, cómo ser respetuoso de las tradiciones de masividad y calidad, y esto me lleva indefectiblemente al tema del presupuesto. Porque la propia comunidad universitaria vive la masividad con culpa. Acepta la lógica impuesta por los gobiernos sucesivos de que no se puede acceder a un presupuesto acorde para, por ejemplo, garantizar la estructura edilicia. A eso nadie podría poner objeciones. Los edificios envejecen y se caen. Entonces es como un doble discurso, donde algunos aceptan la masividad, otros quieren la masividad, pero ninguno se responsabiliza de que para que la masividad exista es necesario un presupuesto acorde para mantener la infraestructura, al menos. Y por supuesto para crecer.

Y ese es un tema que para mí no está resuelto. No se resolvió en el gobierno de Menem, y no está resuelto tampoco en este gobierno. Y creo que no es así en otras universidades masivas, como la UNAM. Me parece que ahí se acepta la masividad, pero en cierta medida parece ser que están los recursos para mantenerla. Para sostener esa masividad y esa gratuidad, entre comillas.

Ariel Gordon: Voy a hablar desde mi lugar de becario. He estudiado las décadas de los '60 y los '90 en relación a la temática del desarrollo. Pensando en las identidades quisiera retomar algo que conversábamos

recién antes de dar inicio a la discusión formal, y es el tema de cómo esas identidades y mitos fundantes se contradicen entre sí, el mito de la Universidad científicista de los 60, que niega un pasado y se construye en oposición al mismo, la construcción del movimiento reformista frente al exterior constitutivo del peronismo. Y así sucesivamente. Estas distintas identidades, ligadas a la incapacidad de construir una identidad propia, que reconozca la diversidad, como decía recién Alberto. Pero creo que, en este sentido, algo que caracteriza a la identidad de la UBA es la falta de identidad como Universidad, en el sentido de constituirse más como federación de facultades que como Universidad. Esto ha sido señalado reiteradas veces, incluso al punto que creo que el problema es un rasgo identitario de la UBA, el tema estaba ya instalado en los '60 en el proyecto institucional de Risieri Frondizi, superar el modelo de federación de facultades para construir una *vida* universitaria. Superar, también, esa visión reglamentarista, de que todo pasa por reformas institucionales reglamentarias, para ir hacia cuestiones básicas que hacen a la labor diaria de los claustros, como construir la ciudad universitaria, por ejemplo.

Alberto mencionaba la década del 90. Creo que esto tiene mucho que ver con el hecho de que la Universidad vivió abroquelada en defensa de una concepción cuestionable de la autonomía, frente a un Estado que, por una parte, le quitaba presupuesto de las partidas ordinarias, y asignaba presupuesto concursable por proyectos, como en el caso del FOMECA, y donde se crearon universidades que plantean, desde su proyecto institucional, una identidad en oposición a la de la UBA. Esto resulta muy patente cuando se analizan los estatutos y el proyecto institucional de las principales universidades del conurbano, en ellos se destaca el énfasis en el vínculo con el medio, como un valor sustantivo, en oposición a esa idea de elefante autónomo desvinculado de la sociedad que ellos consideraban que es la UBA: hay identidades y no las hay. En la UBA hay negación de diversas identidades pero a la vez hay como una identidad tácita, replegada, en oposición a un Estado interventor y regulador del sistema, y en oposición a un proyecto institucional que se vive como enemigo, el que conformó la Universidad de los 90, que responde a otro modelo institucional.

Respecto al tema de la masividad recordaba un artículo que se escribió en el 99, de Philippe Altbach, sobre la UBA. Se refiere al darwinismo

social, e ironiza afirmando que sería el modelo ideal para los organismos multilaterales de crédito, porque es políticamente correcto, ya que tiene acceso irrestricto -no como la universidad brasilera, que está bien financiada, pero es una universidad de elite, porque van aquellos que pueden ingresar y superar un examen de ingreso muy exigente-, pero que es perversa, porque las tasas de graduación muestran que el sistema termina decantando adentro. El CBC no cumple esta misión de equiparar para poder permitir un ingreso parejo a la Universidad, y la restricción se va dando durante la cursada de la curricula.

Francisco Naishtat: Retomando sus respuestas se me ocurre que hay varias cuestiones: por una parte, las diferentes funciones que cumple la Universidad, y, por otra, su difícil y crítica articulación. Constituye una de las dimensiones a debatir. Alberto señalaba la enseñanza por una parte, la investigación, la profesión. Podríamos señalar algunas otras, como la extensión, que son funciones que ha atendido la Universidad de Buenos Aires, y en general, las universidades nacionales, y donde, como dice Habermas, la Universidad en vez de especializarse en una función, al estilo de los sistemas definidos unifuncionalmente, ha ido acumulando funciones, incluso de manera contradictoria. Porque no todas estas funciones son fácilmente armonizables. La enseñanza y la investigación eran muy armonizables a finales del siglo XVIII, porque la investigación no era ni requería lo que requiere actualmente, por una parte La enseñanza no era tampoco la enseñanza masiva de las complejas instituciones universitarias actuales. Pero hoy en día cuando la investigación se ha ido especializando cada vez más, y donde la enseñanza a su vez acusa distintos ciclos, como un grado masivo, un postgrado que empieza a volverse cada vez más masivo, y ahora un post postgrado, que se apuntala también como un ciclo dentro de la curricula universitaria, uno puede preguntarse sobre la armonización de esas dos funciones típicamente universitarias, la enseñanza y la investigación. Aparecen entonces distintas posiciones. Algunos dicen en definitiva la Universidad no puede ya identificar enseñanza e investigación, porque cuando se enseña, se enseña en cátedras de 200 estudiantes, en ese encuadre hacer investigación es difícil. Uno enseña.

La universidad puede atender ambas funciones en lugares diferentes. Así los Institutos, los postgrados, ciertas elites intrauniversitarias, se dedicarían a la investigación verdadera, de punta, con sus propios circuitos de competencia, y por otro lado, la universidad también atiende la enseñanza. Entonces, a diferencia de lo que se planteaba en el siglo XIX, donde se dice "la enseñanza universitaria es la investigación universitaria, y viceversa", existiría ahora la idea de albergar ambas funciones pero separándolas, a través de la producción de una diferenciación interna. Quería lanzarles esta tesis, provocativamente, a ver qué piensan. Si piensan que vamos inexorablemente hacia una diferenciación interna cada vez mayor entre las diferentes funciones, de manera que la universidad va a ir especializando sus subsistemas, un sistema de investigación, un sistema de enseñanza con sus propios circuitos de control, tal como por ejemplo, viene dándose a través del sistema de incentivos, el cual constituye una pauta de diferenciación al interior de la universidad. O bien se intenta recuperar de alguna manera el ideal ilustrado, en el cual la enseñanza universitaria es por antonomasia la investigación universitaria. La compleja identidad de la Universidad contemporánea consiste en que además de estas dos funciones, hay otras funciones que cumple la Universidad. Por ejemplo, el hecho de que cada vez más la Universidad atienda una población que no es simplemente joven, sino de la segunda y tercera edad, que se reciclan en estudios universitarios. Este constituye un fenómeno bastante novedoso que se está generalizando en nuestras universidades y, en general, en las universidades del mundo. En la medida en que las sociedades se vuelven sociedades del conocimiento la gente quiere seguir aprendiendo, y en la medida en que puede hacerlo, se vuelve a inscribir en la Universidad. Y ahí también se vuelve a separar otra función. Esta idea de que la Universidad crecería acumulando funciones pero diferenciándolas. O bien la idea de que la universidad tiene que poder integrar funciones. Quería saber cuál es la posición de ustedes en relación a esto.

Patricia Funes: Yo, por "deformación profesional", no hago prospectivas. Me parece que mi aporte tiene que ver con las reconstrucciones y análisis de los itinerarios de la UBA. Y me gustaría retomar una idea que dijo Ariel,

que tiene que ver con las identidades geológicamente yuxtapuestas que tienen la UBA. Una de ellas que fue en momentos muy emblemática se relacionada con la famosa vinculación o desvinculación de la UBA con el medio. Creo que precisamente las fronteras institucionales de la Universidad de Buenos Aires son tan lábiles porque estuvo demasiado vinculada a ese medio, o sea, diría exactamente lo contrario de Ariel. Es imposible historizar la Universidad de Buenos Aires sin caer inexorablemente en una cronología político institucional que tiene que ver con la historia político institucional del país. Salvo pequeñas correcciones es imposible pensar esta Universidad si no ligada íntegramente a los orígenes del Estado Nación en Argentina, por ejemplo. Además es parte del pacto fundador del estado nacional argentino. Se podría recorrer esta idea a partir de algo apasionante: una suerte de “cronología de los edificios”. Recién mencionabas eso, Alberto. Más allá de eso, ahora tenemos la obligatoriedad de usar el sello acuñado por De La Cárcova, este sello fue acuñado en el año 21, por el centenario de la Universidad de Buenos Aires. Y dice que lo más interesante que tiene la Universidad de Buenos Aires es que conjuga trabajo y estudio. Trabajo y Estudio eran dos valores muy fuertes en los años 20'. los valores de la Argentina moderna, el progreso, etc. Habría que ver si esos valores son los mismos, si cambiaron.

Alberto Kornblihtt: No es trabajo en el sentido de trabajo asalariado, es empeño.

Patricia Funes: Claro, empeño, esfuerzo. Es más, la palabra es *robur*, esfuerzo, tesón. La manzana de las Luces, ahí empezamos. La universidad iluminista. Después uno puede pensar en los palacios universitarios de los hombres del ochenta. El más ostensible, el la “catedral” de la calle Las Heras, que era el palacio para la Facultad de Ingeniería. Está ligado al tipo de Universidad y de elites en la que se pensaba en el momento. Otro tanto el peronismo y el edificio, también de Derecho (pariente de la Fundación Eva Perón) que justamente la Libertadora recicla para hacerlo la sede de la Facultad de Ingeniería. Se puede pensar en el ideario desarrollista y vincularlo con la idea de “campus” que anima la Ciudad Universitaria. Y se puede pensar en los 90 y los edificios reciclados de los 80 del siglo pasado.

Pensar una ex fábrica de cigarrillos, como la Facultad de Filosofía y Letras, que además por primera vez tiene un edificio propio a casi cien años de su fundación (nomadismo que también explica las "jerarquías" y hegemonías en el interior de la Universidad. Y se podría hacer una ligazón entre los edificios dispersos de la UBA, en toda la ciudad, la historia política del país, y la falta de fronteras de la UBA. Creo que ese es un gran problema. Pero además la indeterminación de lo que es la Universidad espacialmente y simbólicamente considerada. En otros lugares, en el interior del país o en otros lugares de América Latina, uno dice "Yo voy a la Universidad". Nosotros no decimos eso, decimos "Yo voy a la Facultad".

Segundo punto: esta idea de que el Rectorado de la Universidad de Buenos Aires no tenga un espacio propio. Si se tiene que representar a la Universidad de Buenos Aires se tiene un problema (de hecho lo tuvimos hace años cuando teníamos que penar la tapa del libro "Fragmentos de una Memoria", y fue justamente el escudo de la UBA de 1921 lo que elegimos). En La Plata es muy fácil: Joaquín V. González sentado, enfrente del edificio del Rectorado, en Córdoba, el barrio histórico, la casa de Trejo es inconfundible, no se tiene dudas de que es la Universidad de Córdoba. Pero la Universidad de Buenos Aires no tiene un lugar de representación. Se podría hacer un símil, en esa relación UBA-ciudad, con una frase de Borges: "la UBA es una esfera cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna." Tiene que ver con la propia situación edilicia por ese enhebrarse con la misma ciudad, que además es la ciudad lugar del poder, que además es el centro político, tiene mucho que ver, si uno recorre el tema Universidad a lo largo de la historia, es evidente. Más allá de la humorada de Nicolás Avellaneda, cuando dijo "Después de ser Presidente de la República, a los 37 años, me ascendieron", cuando lo nombraron Rector de la Universidad de Buenos Aires, más allá de esa humorada hay una estrecha relación entre la clase política, la clase profesional, los científicos, el poder, concentrados en la Ciudad de Buenos Aires. Y esa indeterminación, esa falta de bordes, tiene que ver justamente con lo contrario de lo que decías, Ariel: con la imbricación con el medio, no con la separación del mismo.

En realidad no estoy respondiendo directamente a tu pregunta, Francisco, pero sí marcando algunos contextos, porque de algún modo sí te

estoy contestando, en este sentido: hay una vieja pelea, que tiene que ver con el saber utilitario y el saber por el saber mismo, que en la Universidad de Buenos Aires ya viene desde el final del siglo XIX. No casualmente en el momento en que se crea la Facultad de Filosofía y Letras, 1896, esa Facultad es considerada “la quinta rueda”, es decir: no sirve para nada. Pero sus creadores consideraban imprescindible que en la Universidad de Buenos Aires hubiera un lugar que reflexión y de pensamiento para que el progreso materialista no sea lo único que mueva los fines del estado Nacional. Conocimiento pragmático, conocimiento espiritual, ciencia versus profesión, en mayor o en menor medida hay momentos en los que se expresa.

Alberto Kornblihtt: Mientras Patricia hablaba yo quería interrumpir, porque quería responder que no, que la pregunta era provocativa, pero que yo no concebiría una Universidad donde no estén –no sé si esa es una herencia del siglo XVIII o más reciente- totalmente entrelazadas la investigación y la enseñanza. Y no solamente me parecería abominable separar institutos de investigación y librar a esos individuos de la famosa carga docente, entre comillas, y dejar a otros individuos, que no les da la capacidad, no tienen los recursos, o no tienen la vocación de hacer investigación, a formar a las jóvenes generaciones. Si ese fuera el modelo de Universidad al cual tiende la Universidad de Buenos Aires, yo me iría de la Universidad de Buenos Aires. La Universidad de Buenos Aires justamente me ha dado desde chico otra imagen, otra identidad. Uno puede preguntarse por qué un chico que entra en la Universidad, el año anterior estaba en un colegio secundario en el cual la indisciplina lo llevaba a tener conductas tales que podían poner en riesgo la vida del profesor, mientras que un año después, sin haber cambiado nada en su vida, con 18 años en vez de 17, está frente a una clase donde hay silencio, hay orden, y se discuten temas profundos. Aún con la disrupción política que puede haber, o con el paro, o con las interrupciones de los militantes que vienen a proponer la huelga, se discuten temas que tienen que ver con opiniones sobre cosas, distintas vertientes. ¿Por qué pasa eso? Porque se establece un pacto de otro tipo, un pacto donde claramente no hay solamente transmisión, no son profesores secundarios los que transmiten ese conocimiento. Son individuos que de alguna manera, poco, mucho o

intermedio, están en contacto con su generación. Si la tendencia actual es o no la que mencionás, Francisco, no tengo elementos para decir que así sea. En la Facultad de Ciencias Exactas sucede todo lo contrario, hay un trabajo muy activo, constante, para obligar a los investigadores a dar más clases que las que dan, para que los investigadores de mayor nivel estén a cargo de las materias, y estas no queden en manos de los docentes auxiliares, por más que los docentes auxiliares sean más didácticos, o incluso sean mejores. Pero se intenta obligar a que los profesores se comprometan con la tarea docente, sin descuidar ni tener pretexto para no hacer investigación. Ese es el *desideratum* para mí, esa es la identidad que deberíamos proteger. La UBA la tiene, y sería catastrófico que la perdiera. Tiene algo que ver con lo que planteaba Patricia sobre conocimiento puro y conocimiento aplicable a resolver los problemas concretos de los países. Pero esa no es una discusión exclusiva de la Universidad de Buenos Aires, es una discusión que trasciende todos los ámbitos internacionales. Todos los institutos de investigación, universidades, agencias de financiamiento se está discutiendo constantemente si la ciencia tiene que ser o no conducida por la curiosidad, y si el azar nos va a llevar a encontrar aquello que pueda salvar millones de vidas, o si la ciencia tiene que plantearse solamente como la capacidad del individuo con toda su formación para resolver problemas concretos íntimamente relacionados con necesidades sociales inmediatas. Discusión que no tiene una única respuesta, y que excede los objetivos de esta mesa, pero sí tiene que ver con el hecho de que si nosotros tendiéramos a una Universidad donde un grupo de elite investiga y otro grupo de obreros de la docencia enseñan, estaríamos alimentando mucho más el concepto de que la única razón para la investigación sería la resolución de problemas concretos. Porque donde la investigación conducida o estimulada por la curiosidad, o por lo más básico de lo básico, cobra valor, sentido, es en la dinámica de la transmisión del conocimiento y la formación de las nuevas generaciones. Porque cómo un país como la Argentina podrá preguntarse si hace biología molecular o no, en función de si hace biotecnología para el agro, para producir plantas transgénicas resistentes a insectos o a herbicidas. Pero la Argentina también podría preguntarse si tiene que estudiar historia medieval, o historia del medio oriente, o paleontología de dinosaurios de la Patagonia. Y eso no tiene

ninguna aplicación para resolver los problemas concretos de la sociedad actual. Entonces, evidentemente no es esa la función, sino que es necesario desarrollar investigación en lo básico, por supuesto con preguntas racionales, con calidad, con originalidad, no haciendo ciencia repetitiva que produzca reiteraciones de cosas que ya se hicieron en otra parte.

Ariel Gordon: Se habló sobre varios temas. En relación a lo del medio, estoy absolutamente de acuerdo con lo que comentaba Patricia, creo que esa acusación, de desvinculación con el medio, es desde la que se construye una parte de discurso institucional de las universidades del conurbano. Uno no puede estudiar la historia de la Universidad sin referirse al contexto nacional. Es muy interesante observar la década de los 60, cuando Frondizi viaja a Estados Unidos en 1959, por los subsidios norteamericanos para la investigación. Inmediatamente se superponen la discusión por los subsidios para la investigación y los empréstitos nacionales, el tema del petróleo. Constantemente el debate de lo que sucedía en la UBA reproducía lo que ocurría afuera. Pero creo que en la última década fue diferente. La UBA se ha partidizado, siempre ha sido politizada, pero ahora estamos hablando de partidización, que responde a criterios heterónomos, a partidos con intereses nacionales, no académicos, no a discusiones de política académica. La UBA ha vivido bastante replegada sobre sí, y eso permitió que durante tanto tiempo subsistan sin realizarse reformas que deberían haberse concretado. Actualmente esas cosas están saliendo más a la luz. Los conflictos que hubo en la Carrera de Sociología, la toma del Rectorado, la manifestación de ese malestar institucional, son representaciones que de alguna manera también rememoran lo que ocurrió en el 19 y 20 de diciembre de 2001. Estamos constantemente atravesados por lo que pasa afuera, pero algunas veces la institución ha podido mantener o construir un proyecto institucional propio, pocas veces respetando las diferencias, siempre en conflicto. Pero me parece que el problema ha sido estar tan abroquelado hacia adentro.

Y en relación a la pregunta de Francisco acerca de la investigación, y la distinción cada vez más hacia un esquema de bachelorización, parecería que las tendencias internacionales y los nuevos modelos de universidad, como el de Burton Clark, es hacia una distinción funcional, hacia adentro,

hacia una institución más heterogénea, donde hay un sistema de licenciatura corta, de enseñadero, e institutos de elite, con postgrados e investigación. Pienso que lamentablemente esa es la tendencia, pero creo, al igual que Alberto, que la identidad del conocimiento público y de vincular docencia e investigación tiene un valor importante. Es necesario defender ese vínculo. Eso sí constituye una identidad de la UBA, una identidad destacable.

Alberto Kornblihtt: Y es una identidad que puede mostrar éxitos en todos los ámbitos. Esto nos lleva al tema que hablábamos antes de comenzar la mesa, de por qué existe el imaginario de que la UBA sólo fue brillante de 1955 a 1966. Todos estamos de acuerdo en que el 66 fue un quiebre absoluto. Porque fue una dictadura con represión, intervención, denuncias, noche de los bastones largos. No hay duda de que eso fue un quiebre. Pero, en general, tanto la UBA como la sociedad que sale de la UBA, tienen poca capacidad para ver objetivamente cuánto hay de verdad y cuánto hay de ficción en ese imaginario.

Existe la posibilidad de estandarizar parámetros cuantificables para comparar ese período con la actualidad. Incluso restando la influencia de variables como la globalización o el uso de internet, hay indicadores que muestran que actualmente hay una gran producción académica. Yo creo que la Universidad ha dado y está dando asombrosamente buenos productos humanos, en sus camadas de graduados, en las cosas que hacen y son capaces de hacer.

Otras de las grandes críticas está dirigida al CBC y las cuestiones relativas al ingreso. Porque en realidad el CBC, a pesar de lo controvertido de su instauración, igualmente cumple un cierto rol de filtro. Y junto con los primeros años de las Facultades cumple un cierto rol de estandarización del nivel. O sea, en última instancia, a pesar de que en la UBA hay ingreso irrestricto, yo diría que se trata de un ingreso semi restricto, pero las diferencias se diluyen después del primer año. Esto es lo que nos muestran las cifras del 40% de deserción en primer año. Como si el gobierno dijera "para no crear un conflicto social vamos a tener una Universidad donde quienes realmente van a seguir en carrera van a ser aquellos que aprueben el CBC y el primer año". Es la realidad. Probablemente los resultados de

disminución de la masa se produzcan al final del primer año, no al final del CBC.

Me parece importante revisar, aunque no sé cómo (quizás hagan falta actores nuevos, jóvenes), los parámetros objetivos de la actividad científica, y productiva, y generadora de conocimiento de la Universidad 1955-1966. Eso es comparable con la realidad de hoy, quizás caótica, fluctuante con los distintos gobiernos, espejo de la realidad nacional. Pero en la que la Universidad construye conocimiento, investigación crítica, desarrollos tecnológicos, y transmisión de saberes, de tanta calidad como en ese período. Y no me refiero a Exactas, o a Bioquímica, o a Ingeniería. Me refiero a Filosofía y Letras, a Sociología, a Ciencia Política, a toda la provisión de la UBA.

Jorge Cernadas: Alberto, ¿podrías precisar cuáles son los parámetros a los que te referías para comparar los diferentes períodos?

Alberto Kornblihtt: No me gusta caer en el conteo de *papers*, pero hay formas de medir producción: cantidad de tesis doctorales, innovaciones, libros, patentes, repercusión internacional, organización de congresos. Yo soy muy respetuoso de esa tradición del 66, lo que no quiero es que ese respeto se convierta en castración. Y a veces me da la impresión de que esa tradición sigue en pie. Lamentablemente me parece que van a hacer falta dos generaciones para que esto se considere. De hecho, cuando Raúl Alfonsín asumió la presidencia del país, pasó algo así: en el 83 se convocó a lo que fue la vieja guardia del 66. Y la guardia del 66 era gente absolutamente respetable, pero que por razones que todos conocemos, entre 1966 y 1983 no pudieron continuar con su actividad y quizás se pasó por alto a otra generación más joven.

Pedro Krotsch: Creo que en el 84 se construyó una relación traumática con el pasado, en el sentido de la necesidad de convertir al pasado del 55-66 en un mito fundante, cuando en realidad fue un momento de una historia más larga de la que no se puede dar cuenta institucionalmente, por lo menos en los ritos institucionales. En el 84 se pretendía reinventar los sesenta, apelando a la legitimidad de una biografía institucional pasada en

un momento en el que el sistema universitario se había complejizado cuantitativamente en términos de distinción público-privado, las políticas internacionales se habían modificado y adquirido otro sentido así como rediscutido el papel de la ciencia y el conocimiento. Y sobre todo los actores no eran los mismos y la centralidad de la UBA respecto de la cultura, la política y la sociedad se había modificado de manera importante. Toda esta incompreensión histórica tiene mucho que ver con la profunda ruptura-fisura que en la memoria de la institución y los actores tiene el largo período 66-83. Hay una fisura ahí, una falta, una ausencia de historicidad y de narrativa que tiene que ver con la construcción del sentido común institucional que está ausente y esta ausencia se intentó suplirla por una apelación a una mitología fundante y legitimizadora radicada en los sesenta.

Se apeló a los 60 con una intención legitimizadora, sin que se pudieran revivir las discusiones, controversias y tensiones acerca de la ciencia y el profesionalismo o los estilos de ciencia a desarrollar. En resumen, un *revival* frustrado. Estas discusiones que en aquella época eran motorizadas por distintos actores de la universidad prácticamente están hoy ausentes como es evidente para todos. Es poco o nada lo que se discute en términos de cual es la misión de la UBA en el contexto institucional complejo en el que convive o las tensiones entre ciencia y el profesionalismo rampante de nuestras universidades. Todo esto tiene que ver con la dificultad, creo en construir una identidad en la cual las historias, las narrativas, las marcas y las sagas construidas en la continuidad del tiempo tienen un papel fundamental y obviamente con los aspectos estructurales ligados a la fragmentación de la misma universidad como se ha señalado.

Me pareció muy interesante lo que decía Alberto, sin embargo en otras universidades uno encuentra mitos fundantes, sagas, historias a las que todo el mundo apela. En el caso de La Plata es clarísimo no sólo por el hecho de que su fundación constituyó un gesto napoleónico pleno de contenido sino que además las rupturas políticas, como lo evidencia la literatura, fueron menos fuertes que en la UBA. No hay nadie en la Universidad de La Plata, de la izquierda o de la derecha, que no hable de Joaquín V. González y su proyecto aunque éste se haya bastardeado en el

tiempo. Se citan palabras, con eso se abren los actos, se cierran los actos, se abren las huelgas, se cierran las huelgas. Hay un referente histórico fundante del que la UBA parece carecer. Y una de mis preocupaciones es como podemos construir una historia creíble aunque más no sea la suma de pequeñas historias que hoy no existen. Alberto, dijiste que la identidad está construida por el imaginario de los actores. No hablaste de la historia y esto me parece muy interesante. Señalaste que la identidad de la UBA está en el imaginario de la ciudad de Buenos Aires o de los actores sociales de la Universidad de Buenos Aires. Sí esta confusión entre la UBA y la Nación-Ciudad es toda una cuestión no menor y a lo mejor la esencial para comprender como se comprende a sí misma y sobre lo cual valdría la pena insistir en el sentido de la imposibilidad de una historia institucional no política. En la Ciudad se vive una situación semejante, o confusión parecida entre nación y ciudad que debe ser resuelto de alguna manera dado que la situación estructural de la ciudad y la universidad se han modificado de manera importante. Creo que hay que tomar en cuenta que la UBA en los cincuenta-sesenta tenía vínculos casi hegemónicos con el Estado en materia de suministro de recursos humanos, también con las instituciones y organismos vinculados al Estado, y también las élites políticas y sociales así como lo que se denomina la alta cultura. Aún era una universidad de élites si tomamos los criterios actuales con los que se utiliza este término. Hoy en día tenemos que hablar de universidad de masas, posiblemente más ligada también a la cultura popular de masas, a las nuevas culturas de la juventud, y por cierto mucho menos ligados ya al *establishment* en general. Estos vínculos me parece que los están estableciendo más bien, por lo menos tendencialmente, las universidades privadas. En este sentido creo que estamos pasando de ser una Institución-Nación algo así como un Ministerio en sí mismo a una organización entre otras organizaciones en competencia por estudiantes, docentes y prestigio institucional. Esta situación ahora supone pasar de una identidad difusa y totalizante a una identidad particularizada que se construye en relación con otros. Esto tiene que ver con cuestiones de hegemonía, legitimidad y crisis de la institución simultáneamente. En este ejercicio de construcción de identidad me parece fundamental, eso sí, apelar a la memoria y al rol futuro (como por ejemplo un plan estratégico) de la universidad en el marco del conjunto de las

universidades. Rescato aquí también lo dicho respecto de la noción de *primus inter pares* que es necesario promover como relación con el conjunto de universidades públicas por el peso político y académico que tiene la UBA en gran medida ligado a la centralidad territorial.

Alberto Kornblihtt: Agrego algo más: yo creo que el imaginario del país sobre la UBA es el imaginario de unitarios y federales. Creo que a la UBA se la ve como la Universidad de la cabeza, y entonces cualquier éxito va a ser visto como razonable, porque son los que están en la cabeza, y cualquier fracaso va a ser visto como lógico también, está inscripto en la lógica de unitarios. El resto del país, pasando la General Paz, institucionalmente, ve con envidia y odio a la Universidad de Buenos Aires. Por eso, más castrante todavía es que la Universidad siga mirándose en el 55-66, porque eso impide darse cuenta de cuán buena es ahora. Y se sigue rememorando, "ah, porque en la época de Romero, y de Fernández Long, y de Risieri Frondizi"... Bueno, basta con eso. Basta. ¿Por qué no pueden hablar del día en que Pedro Krotsch se reunió, en el Germani, con Patricia Funes, y Naishtat, y Gordon, y hablaron de..?

Pedro Krotsch: Decir que la identidad está en el imaginario es muy distinto a lo que de alguna manera estaba buscando Patricia. Acerca de los imaginarios, Alberto, decías que el padre que decide que sus hijos vayan a la UBA está haciendo una opción que por un lado busca la calidad y por otro acepta el conflicto. Sobre todo acepta la conflictividad de la UBA pensando que la conflictividad puede ser un signo de madurez. Puede ser madurez institucional y madurez para sus hijos, el hecho de poder convivir con esta conflictividad. Pero no hablaste de las historias institucionales, dijiste en realidad "la UBA es el imaginario de la Ciudad". Eso lo dice Halperín, la UBA no es una institución. No tiene bordes. Es como una confederación de Facultades, y por eso resultó tan apremiante la necesidad de que hubiera alguna marca física en la historia. Pero en estas dos puntas entre lo material y el imaginario de la ciudad, primero, me pregunto si es una institución. ¿Cuáles son los requerimientos para que sea una institución? ¿Puede una institución diluirse en el imaginario de la ciudad? Y esto tiene que ver con que la historia política de la UBA no es la historia política de la

institución, es la historia política del país y esto tiene que ver con el tema de los autoritarismos, la partidización y la falta de autonomía relativa de las instituciones en nuestro país. Los cortes que se hacen en la historia de la Universidad son cortes que tienen que ver con el campo político nacional: las historias institucionales están subordinadas al campo político. Quiere decir que aquí hay intervención de un campo en el otro. ¿Y será por eso que no se pueden construir narraciones, relatos, escritos, que ya no sean producto de la imaginación o de los relatos sociales mayores? ¿Será ese el motivo por el cual hay tanta precariedad en términos de construcción de una historiografía? Falta incluso me parece la voluntad o la intención de construir una autorreflexividad: ¿cómo se sale de todo esto, cuáles son los actores interesados en todas estas cuestiones?

Jorge Cernadas: Quería destacar dos cuestiones que me interesaron particularmente, que remiten a tus preguntas iniciales, Francisco. La cuestión de la relación de la UBA con el medio y de las nuevas universidades de los 90, y las declaraciones de voluntad de éstas de construir una identidad de institución diferente por la vía de una mayor relación con el medio. A la UBA yo tiendo a pensarla en los términos que la planteó Patricia: que la relación con el medio, para bien o para mal es mucho mayor que el imaginario que existió en los 90 de esa falta de relación con el medio, lo cual no quita cierto repliegue, que incluye la dimensión de partidización que mencionaba Ariel, y otras cosas. Eso respecto de la UBA. Pero como además trabajo en una de las nuevas universidades de los 90, creo que si se hiciera un análisis institucional y se observara más lo que efectivamente sucede que lo que sus documentos fundacionales declaran, se encontraría con una realidad no muy diferente a la de la UBA. Y en muchos casos con un aislamiento mucho mayor, comparativamente. Habría que hacer un esfuerzo por no dar por bueno el mito fundacional, especialmente documental, es decir, la declaración de objetivos formal de esas instituciones. Porque después muchas veces si se lo contrasta con lo que sucede en la práctica, descubre que en algunos casos más o menos funciona, en otros no funciona en absoluto, en otros casos son relaciones clientelares, que como modelo de vinculación al medio, no son las más deseables. Sin entrar en el tema, que implicaría una

discusión más larga, de qué significa relación con el medio. Creo que el contraste entre declaraciones y prácticas concretas constituye un tema complejo, y que sería interesante seguir analizándolo.

Respondiendo a tu segunda pregunta, Francisco, creo que la UBA sí viene tendiendo a una diferenciación, más allá de que ojalá que esa tendencia sea revertida. Mencionabas el Programa de Incentivos, como un ejemplo de políticas, pero da una pauta de hasta qué punto tiende a disociarse o no el aspecto de producción de nuevo conocimiento de la docencia. Yo participo del Programa de Incentivos, no estoy mirando de afuera, y siempre recuerdo - volviendo a los padres fundadores del 55 al 66, que cuando yo trabajaba en la Facultad de Ciencias Económicas se generó el debate que creo que se generó en todos lados, acerca de si con el Programa se fracturaba la escala salarial, si era una intromisión del Poder Ejecutivo, entre otras cosas. Y Julio Olivera difundió una nota en la que decía: "Renuncio al Programa de Incentivos, porque en mi condición de docente de la Universidad de Buenos Aires, naturalmente hago investigación". Creo que la naturalidad con que Olivera pudo decir eso, hoy es más complicada de sostener.

Alberto Kornblihtt: Es muy interesante lo que decís, Jorge, porque permite ver cómo un mismo instrumento del Estado, del Gobierno, que es el Programa de Incentivos, puede ser vivido de distinta manera y causar efectos distintos en cada una de las unidades académicas de la Universidad. Eso es notable. Quizás lo que está claro es que se trata de un instrumento de intervención que desvirtúa lo que ya existe,. Tiene un efecto a futuro. Ya lo tiene, pero se podría afirmar que en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales es al revés. El Programa de Incentivos, que es un salario en negro, lo que hace es poner en claro que para poder cobrarlo un investigador tiene que cumplir con ciertas horas de docencia, y no puede recluirse en su laboratorio. No es mi caso, yo hago mucha docencia e investigación, pero muchos ven al Programa de Incentivos como el instrumento que los obliga a cumplir con cierto número de horas de docencia que antes no tenían obligación de cumplir. Lo que sucede en otras Facultades, por lo que vos decís Jorge, es al revés. El efecto es que en ciertas unidades académicas se cristalice la división entre los que hacen

sólo investigación y un poco de docencia y el resto. Los resultados de la aplicación del Programa de Incentivos en las distintas unidades académicas son distintos. En cualquiera de los casos, yo habría firmado esa carta de Olivera, a pesar de que estoy en el Programa de Incentivos. Porque yo creo que el problema del Programa de Incentivos es que no es un incentivo, esto lo decía Enrico Stefani: un incentivo a la producción no puede ser más del 5% de tu sueldo. Quien realmente produce mucho, gana 5% más. Esto no es un incentivo, es un salario en negro, porque es el 40% del sueldo. No nos engañemos, todo el mundo va a tratar de tergiversar las declaraciones juradas con tal de cobrarlo, porque acá el que lo cobra sobrevive y el que no lo cobra, no. Eso es lo perverso. En cuanto a los efectos que puede tener en cada unidad académica, es cierto que tiene sutilezas. Tiene relación con la pregunta de Pedro: ¿la UBA es una institución autónoma, independiente de la historia política del país o es un tejido metastásico en la Ciudad de Buenos Aires? Un tejido que hace metástasis desde Agronomía hasta San Telmo, desde Barrio Norte hasta el Aeroparque. Cuando viajo en taxi, y voy a Ciudad Universitaria a veces los taxistas me dicen “Ah, sí, yo estudié acá”. Haber estudiado acá significa que él cursó un año en Arquitectura y abandonó. La UBA se convierte así en una línea de trenes. Cada uno, alguna vez tomó el tren Sarmiento, no lo toma todos los días, no lo toma más, pero alguna vez lo tomó.

Ahora bien, la UBA podrá no ser una institución, pero el Consejo Superior sí que lo es. Ahí sí hay un problema. El Consejo Superior es una institución, con todos sus vicios, sus problemas...

Patricia Funes: Su linaje... Yo creo que la historicidad de todas las instituciones tiene una contraparte de imaginarios, otra de narraciones, y una base de facticidad. En el caso de la Universidad de Buenos Aires, está ligado a las luces, pero este origen está inscripto, demasiado ligado o entrelazado a los orígenes del Estado Nacional argentino o, mejor, a sus proyectos. Es ilustrativo que 10 años después de creada esta Universidad, Alberdi sostenía que había que hablar en francés. No porque le gustara mucho el francés, sino porque era el lenguaje de la revolución. El español era, según el edicto de la UBA, el idioma de los bárbaros, el edicto dice textualmente “para que no sigamos en el estado de barbarie en que

estamos". Esto refleja esta idea de la luz, del faro de alta cultura, de la formación de dirigentes. Hay poca saga universitaria. La idea de laica y libre aparece invariablemente. No era una posición universitaria solamente. Las banderas de la educación laica y libre constituían un punto de vista nacional, pero involucraban a universitarios. La Noche de los Bastones Largos es otra saga. Invariablemente la Noche de los Bastones Largos. Es cierto que hubo una ruptura muy fuerte, terrible, en 1966, pero además es la única saga que divide la historia en un antes y un después. A mí me interesa retomar el tema del ideario pre 66 en 1983. En las entrevistas de historia oral un psicoanalista decía "Eso fue un rayo en el cielo despejado". ¡Un rayo en el cielo despejado! ¡Nadie se lo imaginaba! Leyendo los boletines de mayo, junio del 66, se sabía lo que sucedería. Los bastones recién estrenados de Onganía obturan techo de la universidad desarrollista, en la memoria y las biografías de los protagonistas. Es interesante retomar la idea de que estos 22 años ininterrumpidos de democracia constituyen, desde 1821, el período más prolongado de democracia de la historia del país. Es interesante retomar la idea del imaginario de pre 66. La Universidad vive de las rupturas. Se reproduce a través de las rupturas. ¿Qué pasa con 20 años de democracia? ¿Qué pasa con el Estatuto del 58? Finalmente ¿qué estatuto nos rige? Cada Rector que asume dice "Vamos a reformar el Estatuto"...

Alberto Kornblihtt: Ahora cada Rector. Durante 16 años no teníamos la palabra "cada".

Patricia Funes: Claro, por eso. Eso sería algo muy interesante para esta reforma universitaria, por ejemplo. Es una institución muy pesada, desde el punto de vista del ejercicio de la ciudadanía. Porque como recién decía Alberto, hay un Consejo Superior. Eso sí es una institución. Con sus códigos, con sus linajes, es una institución pro statu quo. Algo que se podría decir a la próxima Asamblea Universitaria, la Asamblea Universitaria, máximo organismo de la UBA, hace 4 años dijo que iba a juntarse para reformar el Estatuto Universitario. Nunca lo hicieron. ¿Por qué no hacemos un control ciudadano sobre eso? Porque la ciudadanía, la pertenencia, las identidades también suponen derechos que en muchos casos son conculcados por

acción u omisión. Eso también desarraiga. La no práctica de esos derechos y la no imaginación de otros nuevos creo que tiene que ver con las pertenencias, y me parece que refuerza las mitologías.

Francisco Naishtat: Tomando ese punto, la pesadez institucional de la UBA, mi pregunta sería, dada la historia de la Universidad y lo que es una reforma de la Universidad, ¿imaginan una reforma posible desde adentro de la Universidad, o piensan que cualquier cambio va a venir por una presión externa? Uno constata, viendo la historia de los últimos 20 años de democracia, que en realidad la UBA a tendido a ser conservadora, a aferrarse a una historia, un mito, la historia dorada del 55, sus viejos estatutos, como una época incuestionable de la Universidad, pero es poco lo que ha intentado moverse. Y allí donde se la ha removido un poco, su reacción más intuitiva ha sido de defensa del cuerpo de la Universidad ¿Cómo se imaginan que esta institución podría darse nuevas identidades, reformarse a sí misma? ¿O eso suena como una utopía fuera de lugar para esta Universidad?

Alberto Kornblihtt: Si esas son las opciones, yo prefiero que no se reforme a que se reforme desde afuera. , Hubo presiones desde afuera para que se reforme, de las peores, durante el gobierno de Menem. Si esas presiones no lograron hacer salir a la UBA de su tradición reformista va a ser difícil que otras presiones lo logren. Pero no me cabe la menor duda de que necesita reformarse. Lo que sucede es que para reformarse hay que pensar también algunas cosas con las cuales no se maneja bien la comunidad universitaria. Tendría que haber algún tipo de pacto, no digo de gobernabilidad, pero sí de nivel epistémico en el cual se discuten los problemas. Porque si los problemas se siguen discutiendo como se discuten, defendiendo intereses sectoriales en el Consejo Directivo o la Asamblea Universitaria, mezquinos intereses encubiertos, es muy difícil que se pueda reformar.

Voy a hablar de algo que me parece muy importante: ¿Cuál es la posición de las autoridades, de los profesores, los sectores más maduros en edad, respecto del claustro estudiantil? Es innegable que si tenemos una Universidad masiva, no elitista, con discusión abierta de todos los temas

habidos y por haber, con libertad absoluta, esa Universidad va a ser el lugar donde los sectores de izquierda, ligados a los partidos políticos tradicionales de izquierda, tengan un lugar privilegiado. Es lógico que así sea. En todo el mundo ha sido así. Mao salió de la Universidad de Pekín, y Fidel salió de la Universidad de La Habana. Es lógico que la izquierda institucional tenga un caldo de cultivo partidista, no simplemente político apartidista, en una Universidad pública como la UBA. Sin embargo, en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, y lo veo también lo veo en otras Facultades, se intenta negar esta realidad. Hacerlo es meter la cabeza debajo de la tierra, como el avestruz. Yo no me preocuparía por aquellos sectores que no ganan las elecciones del Centro de Estudiantes o las elecciones del Consejo Directivo. Pero si esos sectores ganan las elecciones de Consejo Directivo en representación del claustro estudiantil o del Centro de Estudiantes, las autoridades de la Universidad, los sectores de los profesores y graduados, tienen que tener una política hacia esos sectores, y no pensar que es un inconveniente que esos sectores existan, y quieran sacárselos de encima, y les molesten, y hagan como que no existen y miren para otro lado.

Para mí ese es un tema central, porque de eso depende qué se discute en una Asamblea Universitaria. Racionalmente, admitiendo que existan sectores que quieren otro modelo de Universidad, pero con los cuales hay que dialogar, discutir, llegar a acuerdos programáticos. Y que esa Asamblea, esa reunión de Consejo Directivo o de Consejo Superior no se convierta en una batalla campal de consignas tipo cancha de fútbol, y cantitos de barra. Ese es un tema que no está resuelto. Pero no está resuelto, no por culpa de los estudiantes que votan al PCR, al MST, al PO, no está resuelto porque los estamentos de profesores y de graduados y autoridades se han ido encerrando cada vez más en su propia autocomplacencia y obviando la existencia de otros grupos. En algunos casos ha habido alianzas tácticas, pero por conveniencia de poder y no por real interés en marchar juntos. Repito, si no ganan las elecciones, bien. Pero no se puede pretender un gobierno tripartito, y preferir que no ganen ellos el claustro de estudiantes, y que lo ganen otros, más científicos, políticos pero apartidistas, no gobernados por las lógicas de los programas de los partidos revolucionarios. Eso no existe. La existencia de estos sectores es parte de la UBA. No admitirlo es no ver parte de la propia

identidad de la Universidad. Me parece que tiene que haber una política. No digo que sea fácil construir esa política, pero debería haber una política institucional donde se dialoga con el individuo que ganó las elecciones de claustro, y no se lo descalifica, por más de que plantee que quiere la revolución a la vuelta de la esquina. Donde se llega a algún tipo de acuerdo. Quizás es imposible, y estoy pidiendo peras al olmo.

Patricia Funes: Las reformas de afuera me parecen inviables. Como decía Alberto, en la década de 1990 Menem lo intentó, y lo que hizo fue lograr que la Universidad respondiera con uno de sus movimientos más reactivos y quizás más exitosos: oponerse a la Ley de Educación Superior. Y esto normalmente no forma parte de las sagas universitarias. Pero fue un momento muy importante: en rigor de verdad fue uno de los pocos actores que le pudo parar un proyecto a Menem. La universidad, y básicamente la Universidad de Buenos Aires. Pero no forma parte de ese relato, no forma parte de la épica.

Y la reforma desde adentro, la veo difícil. Muy difícil. Primero por el carácter corporativo de las Facultades, de las Universidades, de las estructuras de las cátedras, que suponen espacios de poder. Y además porque como hay cierta idea de que siempre se puede cambiar para peor, eso refuerza el statu-quo, o la inercia.

Alberto Kornblihtt: Cuando vos preguntaste cómo no se respetó que se llamara a la Asamblea Universitaria para reformar los estatutos, el sector más científicista de la Facultad de Ciencias Exactas - al cual pertenezco, pero con el que tengo mis diferencias - hizo todo lo posible para impedir que se reunieran. Porque el temor es que cualquier reforma, cualquier apertura sea un boomerang para eliminar del mapa aquellas conquistas que se consideran ciertas, de concursos abiertos y una serie de cosas que son realmente muy importantes. El temor está también en pensar que si se abre la discusión sea una caja de Pandora y se vaya a una situación académicamente peor.

Francisco Naishtat: ¿No considerarían ustedes que “reforma” es un nombre demasiado pomposo? Porque en realidad la UBA se ha ido

reformando, no ha continuado idéntica durante los 20 últimos años. Hay varios ejemplos: el postgrado con su propio sistema arancelado no es una institución que existiese antes, y hoy es una realidad dentro de la Universidad. Tiene sus anomalías, por ejemplo, en esta Universidad el postgrado no tiene representación en el gobierno universitario. Yo a veces les pregunto a los estudiantes, "Ustedes luchan por la democracia universitaria a rajatabla, ¿nunca se les ocurrió preguntarse si los alumnos de los postgrados podrían tener representantes en los Consejos?". En verdad son los estudiantes más avanzados del sistema, tendrían que ser aquellos cuya voz sea atendida y escuchada por el resto. Sin embargo tenemos un postgrado que no participa en el gobierno de la Universidad. Entonces, se ha ido generando una serie de reformas, pero no blanqueadas en la letra, ni en las instituciones. Hay un desfasaje cada vez mayor entre esa letra y su pretendida saga, y las formas de vida universitaria. Otro ejemplo es el Ciclo Básico Común, que tampoco tiene representación en el gobierno. Se habla de multipartito, pero ¿dónde gobiernan los estudiantes del CBC? No tienen representantes en el gobierno de la Universidad. Entonces se podría concebir una modalidad de reforma que fuese de abajo hacia arriba y por partes. Porque, políticamente, si se presenta la reforma como una reforma estructural, total, holista, nunca va a pasar. Ya se vio con la departamentalización de esta Facultad: provocó una reacción tremenda, por conservadurismo, por temor a perder conquistas. Pero quizás haya maneras más fáciles: introducir reformas autónomas, desde dentro, que quizás pasarían más desapercibidas en el todo político, y hacer progresar, producir un progreso real. Por ejemplo, darle al postgrado una representación en el gobierno de la Universidad no suena a algo tan trágicamente renovador. Y son cosas que uno puede, sin embargo, introducir. Y la suma de esas reformas en el tiempo puede generar algo.

Alberto Kornblihtt: Eso tendría el problema de que la proporción de los estudiantes, entonces, sería menor.

Francisco Naishtat: Claro, habría una proporción menor de los estudiantes del llano. Pero en realidad uno se tiene que preguntar, el

estudiante del postgrado, ¿qué es? ¿Es un estudiante? ¿es un docente? ¿a qué claustro pertenece? No siempre es un docente.

Pedro Krotsch: Tanto Patricia como Alberto enfatizaron mucho esta oposición a las reformas de los 90, y en realidad la UBA adhirió a esas reformas. Porque en el fondo hay un gesto ambiguo frente al poder. El FOMECE se aceptó.

Alberto Kornblihtt: La Facultad de Ciencias Exactas es la comunidad académica que tuvo más financiamiento que la mayoría de las universidades.

Pedro Krotsch: Y si uno mira el crecimiento de los postgrados, en el país - la creación de postgrados está implícita en el mandato de la Ley - la UBA fue la que respondió de manera más dinámica a ese mandato.

Alberto Kornblihtt: Igualmente hay diferencias, porque ustedes hablan de postgrados arancelados, y en mi Facultad eso no es admisible. Las Maestrías sí, porque generalmente son profesionalistas, son para profesionales de otras Facultades, pero los Doctorados no. Un graduado de la Facultad, un becario que trabaja en la Facultad, no paga nada por el Doctorado. Solamente pagaría un curso de postgrado alguien que venga de afuera.

Pedro Krotsch: Estas reformas incrementales de la base del sistema de las que hablaba Francisco pasan desapercibidas, nosotros tenemos una mirada muy napoleónica. No sabemos en el fondo mirar cuánto de cambio hubo, hay una falta de percepción de esos cambios incrementales, pequeños.

Alberto Kornblihtt: Tenerlos en cuenta ayudaría a no castrarse con el 66. La pregunta de Francisco fue ¿Ustedes no piensan que podría haber una reforma?, pero él la hizo como de todo o nada. No aclaró que podía ya haber habido reformas.

Pedro Krotsch: Claro. Entonces hay que respetar la forma silenciosa que tiene la Universidad de procesar tanto la innovación como el conflicto. Pero la otra cuestión que me parece importante, que no hay que olvidar, es que hay dos grandes núcleos que dificultan la posibilidad de reforma. La primera pregunta que les haría es cuáles son los actores de la reforma. No hay reforma sin actores. Se trata de ver quién va a poder construir una voz. No sé quién, en la Universidad. ¿Es la Facultad? ¿Es el claustro?

Y el otro tema que me preocupa es la partidización. Es complicado. Ahora lo vemos en la Universidad de Rosario, en otras instituciones es todavía más limitado, pero hay un gran dominio del campo político, o de los partidos, sobre la vida universitaria, en términos de discusión de valores, rutinas, etc.

Y otra cosa que falta, siempre falta, como análisis, es el papel de las corporaciones profesionales. Que son un elemento conservador brutal. En la Ciudad de Buenos Aires, como decía Patricia, donde se juega la dicotomía unitarios - federales, sucede que las corporaciones tienen un enorme poder sobre las restricciones del cambio, una gran capacidad de frenar el cambio. Si uno piensa en reformas tiene que pensar adónde están las restricciones, y adónde están los elementos dinamizadores del cambio.

Ariel Gordon: Yo estaba absolutamente de acuerdo con Pedro cuando señalaba que ha habido reformas. Las reformas de los 90 se hicieron sentir mucho en la Universidad de Buenos Aires, aunque de manera heterogénea. El FOMECE es un ejemplo de esto, tengo entendido que en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales reconstruyeron los laboratorios, que desde los 60 que no se invertía como se invirtió en ese momento, y fue la unidad académica que tuvo más financiamiento del país, aún comparándola con Universidades enteras. Lo mismo sucede con la CONEAU, la UBA presentó a nivel universidad un recurso de amparo, entonces la Ley de Educación Superior no se aplica en el marco de la UBA. Pero luego hubo una resolución del Consejo Superior que dejó a criterio de cada Facultad la presentación de sus postgrados a CONEAU. Entonces fueron acreditándolos luego en distintas etapas, de acuerdo a las circunstancias políticas, etc.

Alberto Kornblihtt: Los instrumentos de la “reforma menemista”, que eran CONEAU, FOMEC, Incentivos, todos modificaron a la Universidad de Buenos Aires. Como lo hicieron en todo el país. Alguien podría protestar que los incentivos son salario en negro, pero nadie iba a ser un héroe y prescindir de ellos.

Ariel Gordon: Estoy de acuerdo, pero la falta de posición institucional nos lleva nuevamente al tema de la identidad. Faltó una posición integral de la Universidad en sí misma. El Consejo Superior no la planteó. Cuando hablabas, Alberto, del Consejo Superior como institución, me acordaba de un trabajo de observación etnográfica que hizo Victoria Kandel, que es una compañera que trabaja con nosotros en el equipo de Francisco, y estuvo observando y registrando durante varios meses las sesiones del Consejo Superior. Hizo un trabajo interesantísimo que señala justamente esto que vos decías, Alberto, la teatralización del debate: tenemos democracia universitaria por claustro, pero los profesores se levantan cuando toman la palabra los representantes universitarios de los partidos de izquierda, los estudiantes se levantan cuando hablan los profesores, los estudiantes hablan apelando a un demos, un público que no se sabe bien quién es, ausente, reivindicando su participación, y se hace acto cuando no son escuchados, y todo se resuelve por fuera de la institucionalidad del gobierno colegiado. Entonces me parece que lo de la reforma también tiene que ver con esto, con la ausencia de instituciones de gobierno. Las reformas que ha habido se han filtrado desde abajo, de manera fragmentaria y de acuerdo a la realidad de cada Facultad.

Francisco Naishtat: Esto hace precisamente a la peculiar relación que hay entre las Facultades y ese monstruo que es la UBA. Porque la representación se va distanciando más de los actores a medida que se va acercando al Consejo Superior, al Rectorado. En realidad las Facultades, el actor cotidiano, universitario, es bastante prescindente de lo que pasa en el Rectorado. Esto genera una cierta rareza. Pero una rareza que sin embargo también es constatada en universidades de otros lugares, donde cada vez más hay una suerte de separación entre los órganos de gestión, gerenciales, por una parte, y la vida académica por la otra. Tradicionalmente en la

historia de la Universidad se concibió la representación externa, el cuerpo externo de la Universidad y su base académica como una unidad articulada, integrada, en nuestra tradición reformista. Es decir, la representación de la Universidad extramuros debía ser a su vez la representación de los actores académicos intramuros, esa es la idea del gobierno tripartito. Esto no se verifica en otras universidades, porque uno tiene una especie de dualidad esquizofrénica en una representación de gestión, y por otra parte un gobierno académico, que es el gobierno de los departamentos, el gobierno de los institutos de investigación. La pregunta es si la UBA está marchando cada vez más hacia esa suerte de gobierno bicéfalo, en el cual va a haber por un lado un órgano que nos va a representar, en el Rectorado, en Viamonte, como el órgano que nos representaría extramuros, y bastante distanciado de la vida académica propiamente dicha, y por otro lado la vida de los Institutos, los laboratorios, las Facultades, como un andarivel académico diferente. Esa también sería una pregunta para hacernos, ¿qué pasa con la articulación a nivel de la democracia académica entre esa representación solemne de la Universidad con la "U" mayúscula, y por otro lado la vida de las Facultades y de los Institutos y de las cátedras, a distancia que muchas veces parece sideral. Preguntarnos si hay una tendencia a este bicefalismo entre la gestión universitaria y el actor académico, por otra parte. Por ejemplo, UBATEC, es una institución que se creó desde Rectorado. ¿Cuánta gente conoce realmente cómo funciona? Y sin embargo maneja muchos fondos, incluso maneja fondos del CONICET. Si hacemos una encuesta a los miembros de la Universidad, incluso a nuestros representantes estudiantiles en las Facultades, seguramente no tienen idea de cómo funciona.

Alberto Kornblihtt: A los investigadores que tenemos subsidios gestionados por ellos no nos importa mucho cuál es su organización, mientras funcionen bien con su cometido, que es administrar subsidios. Me parece que UBATEC es un ejemplo de institución creada con la pretensión de favorecer la interacción de la Universidad con las empresas y con el medio económico, pero en la práctica quedó reducida a un ente administrador de subsidios, tarea muy útil pero menos pretenciosa. O sea que no sé si tiene esa envergadura de su creación.

Ariel Gordon: Mi pregunta es si tenemos un gobierno bicéfalo. Yo diferencio los consejos directivos de las Facultades y los gobiernos de las Facultades respecto de lo que las cabezas académicas de los departamentos de investigación. Creo que los Consejos Directivos de las Facultades están bastante condicionados por el ping pong de ida y vuelta de las cosas que mandan al Consejo Superior. Hay como un juego de espejos ahí. Para mí eso tendría el efecto opuesto, garantizaría que no se caiga en el abismo bicéfalo. Ahora, si en ese juego de espejos, los Consejos Directivos de las Facultades y el Consejo Superior de la UBA van en conjunto a formar una de las cabezas, y la otra cabeza va a estar constituida por la vida cotidiana académica de los institutos y los departamentos, entonces puede ser. No estoy seguro, pero puede ser.

Patricia Funes: Lo que yo veo, en períodos democráticos, es que lo único activo o fluido en la Universidad es el movimiento estudiantil. La representación simbólica de Universidad que tiene la gente es heredera del movimiento estudiantil. Si uno se pregunta, “¿dónde conocí a la gente de otras Facultades? Y, “a través del movimiento estudiantil”. No sé si ahora esto ocurre o no, si es más importante la pertenencia al partido político - sea este de izquierda o no - que la pertenencia al colectivo “movimiento estudiantil.” Pero sí sé que se verifica históricamente que el movimiento estudiantil era la red a partir de la cual se interconectaban distintas Facultades. Y si hay alguna representación de la Universidad de Buenos Aires en el imaginario social, me parece que en general ha estado vinculada a ese movimiento. Y eso es factible debido a determinado sistema de gobierno en el cual los estudiantes tienen sus centros de estudiantes y además tienen representantes en el gobierno de la Universidad. Esto no es un producto de la Naturaleza, es un modelo de gestión bastante original que se fue construyendo históricamente y tiene su matriz en la Reforma del 18. En otras universidades de América Latina la organización es diferente. El hecho de que ahora en la Argentina pese más en el movimiento estudiantil la pertenencia a un partido político que la pertenencia al movimiento mismo, debilita esta idea de Universidad. Pensado en contrafáctico: si hubiese sido por los profesores y los investigadores esta

idea de Universidad sería más débil. Sin esta presencia muy protagónica en la historia de la Universidad del movimiento estudiantil la idea de representación de Universidad sería más débil. Es para discutir.

Alberto Kornblihtt: Patricia, estás diciendo que el hiperpartidismo es un hecho negativo. Si no existiera representación estudiantil, en castigo al hiperpartidismo, la directiva habría sido peor.

Patricia Funes: Y la idea de Universidad, de conjunto, de colectivo, aún débil, recortada, etc., sería más débil, sin ese actor que es el movimiento estudiantil. No lo digo de demagoga, son evidencias.

También pienso que es muy pobre el ejercicio de los derechos de la ciudadanía universitaria. Y esto también tiene que ver con esa brecha en la representación entre el Consejo Superior, el Consejo Directivo. El claustro de graduados, ¿qué es el claustro de graduados? Quisiera que alguien me explique, exactamente, en el tercer milenio, qué significa. Si la idea de "claustro" es lo suficientemente corporativa, pues la del colectivo "graduados" la refuerza. Nosotros tenemos eso, y funciona y se reproduce. Y no nos parece un disparate.

Alberto Kornblihtt: Y determinan los destinos de la institución.

Patricia Funes: Exactamente.

Alberto Kornblihtt: ¿Tendría más sentido que además del actual claustro de graduados, que son los ex alumnos, existiera un claustro, por ejemplo, de docentes auxiliares, que tienen un papel activísimo en la vida cotidiana de la Universidad, pero que no son profesores?

Patricia Funes: Acercaría más la realidad a la ficción. Ahí hay un vacío de representación.

Alberto Kornblihtt: Porque los docentes auxiliares votan en el claustro de graduados, pero ellos son los que viven la cotidianidad de la Universidad durante todo el año, y cuando llega el octubre del cuarto año, los que

deciden la elección son aquellos graduados viejos, que ya no están en la Facultad.

Patricia Funes: La química de la gobernabilidad es algo que a mí se me escapa, pero creo que el reemplazo del claustro de graduados por el de auxiliares, o el agregado de un claustro de auxiliares, acercaría más la representación, le daría un contenido, un significado más real. De lo que estoy segura es de que en los problemas que hay de representación, uno de ellos es la existencia de este claustro de graduados y el vacío de representación de los auxiliares docentes como auxiliares docentes, que es lo que Alberto acaba de señalar. Yo trabajé alrededor de 10 o 12 años en la Facultad de Ciencias Sociales sin tener representación, porque soy graduada de otra Facultad. De la Facultad de Filosofía y Letras. Y en la Facultad de Ciencias Sociales hay muchos auxiliares docentes que son graduados de otras Facultades. Y que no tienen representación en algunas instancias de su gobierno.

Jorge Cernadas: El tema de la representación del claustro de auxiliares es un asunto muy interesante para discutir. Sobre lo que no estoy tan de acuerdo, y retomo la idea de Federación de Facultades, es en que el claustro de graduados sea una ficción en todas las Facultades. Como ejemplo tenemos la Facultad de Ciencias Económicas.

Patricia Funes: No, claro, el Colegio Profesional es el poder de las corporaciones.

Jorge Cernadas: De las corporaciones, de los grandes estudios, etc., o sea que no hay un vacío de representación, hay una representación bastante ligada al poder real que tienen esos graduados. Quizás si pensamos en la carrera de Historia la cosa sea algo más complicada, porque ahí sí funciona más como Alberto señalaba. O en la carrera de Ciencia Política anterior a la fundación de la Facultad de Ciencias Sociales. Se veían remises y taxis trayendo a votar a los graduados el día de las elecciones de autoridades de la Facultad.

Alberto Kornblihtt: En términos históricos podríamos decir que la subsistencia no del co-gobierno, del claustro de graduados específicamente, es algo que, por temor, o por las razones que fueran, nunca ha sido revisada seriamente en la institución.

Ariel Gordon: Una figura que funciona en una Universidad profesionalista, de modelo decimonónico, que funciona para las carreras profesionalistas, para Derecho, Economía, Medicina incluso, pero no tiene sentido en las científicas.

Jorge Cernadas: Quizás si no se discutió es porque la discusión en torno a la representación ha estado atravesada por una lógica de expansión de la representación, más que de recorte de ella. Me refiero a la discusión sobre los auxiliares o los no docentes. Esta idea por ahí se discutió en los pasillos, pero no recuerdo un solo proyecto para ver qué se hace con la representación.

Patricia Funes: Claro, siempre se pensó en sumar, y no cuestionar el gobierno tripartito tal como está.

Alberto Kornblihtt: En un momento se pensó en la representación de claustro único, donde profesores y docentes auxiliares votaran en el mismo claustro, como solución a la falta de representación específica de los auxiliares. Yo no estoy de acuerdo, prefiero un claustro de docentes auxiliares y no un claustro único.

Patricia Funes: De hecho, la Ley de Educación Superior habla de un claustro único.

Pedro Krostch: Quería retomar algo que mencionó Patricia, relacionado con los jóvenes y la representación estudiantil, en el sentido del carácter instituyente que ella le da a este claustro. Retomando el tema de la historia y la historicidad de la UBA, me parece que hay un cambio en la relación entre ser joven y ser estudiante. Yo creo que en los años 50 la pregnancia que tenía la institución en la condición de joven era muy fuerte. El paso del

ser joven a ser un joven estudiante existía como un rito, marcado por la institución. Creo que en las décadas de los 80-90, las culturas juveniles, la emergencia de una cultura fuertemente enraizada en la juventud y el debilitamiento de las instituciones se conjugan dándole un lugar distinto al papel de la identidad. Me preguntaría ¿Hoy existe este estudiante, como existía el estudiante en el 60? ¿O es más un joven que un estudiante? Un joven que incorpora valores, normas, estilos de convivencia a la Universidad, en lugar de incorporarse a los valores de esta institución. La condición de joven estudiante tiene que ver con el paso del tiempo, con la cultura en general, pero también tiene que ver con la masificación de la universidad.

Alberto Kornblihtt: ¿Si en la década del 60 el joven estudiante tenía una sensación de pertenencia que ahora no tiene?

Pedro Krotsch: Pienso que la institución prevalecía sobre la condición de joven. Hoy, creo que la institución es más débil, y la cultura juvenil es más fuerte que la institución. Yo creo haber sospechado esto, en el caso de las universidades masivas, en el caso de México, donde la cultura urbana irrumpe en la Universidad con mucha fuerza, y se encuentra con valores institucionales debilitados, por la masividad, por la historia, por una serie de cosas.

Y otra cosa que se conjuga con esto es que además hay un cambio importante en la relación de los estudiantes con los partidos políticos. En aquel entonces la idea de reforma incluía la participación en un movimiento que desintegraba la identidad partidaria, o la disolvía. Para este movimiento la legitimidad de los valores universitarios y académicos era muy fuerte. De hecho, los representantes tenían que tener algunas condiciones que hoy no se piden. Predominaban también los valores de la institución frente a los valores de los partidos. Yo creo que hoy esto también se modificó. Los partidos se expresan en la Universidad como tales, francamente. Sin crear mediaciones institucionales.

Alberto Kornblihtt: En el 73 pasaba lo mismo. Cada partido político tenía un movimiento con el cual se cooptaba algunos militantes universitarios que

no estaban afiliados al partido. Hoy también existe eso, hay alianzas. Lo que no se puede, a mi juicio, es decir ingenuamente: "Son estudiantes puros aquellos que no tienen ideas relacionadas de alguna manera relacionadas con algún partido político. Esos son los que me gustaría que ganen, que estén en el gobierno de la Universidad o la Facultad. A los que están relacionados con los partidos políticos los descalifico de entrada, por más de que tengan el voto de los estudiantes". Porque también uno puede preguntarse por qué la gente los vota, y la verdad es que tienen muchos votos. Cuando tengo que explicar a un colega extranjero que en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales desde hace 20 años gana el PCR, que es maoísta, me preguntan "¿Eso existe?". No solamente existe, yo tengo buena relación con ellos, en algunas cosas son delirantes, en otras no, yo los respeto mucho, y en el país es uno de los partidos de la izquierda tradicional que tiene más influencia en ciertos lugares. Tiene la Corriente Clásica y Combativa. Están, no podemos decir que el maoísmo no tiene presencia en la Universidad de Buenos Aires. Eso sería no ver la realidad. Tienen sus canales y estructuras con las cuales planifican políticas que a veces les son exitosas en términos de adhesión de la masa estudiantil.

Francisco Naishtat: Quizás el maoísmo sea uno de los únicos grupos coherentes, por esa forma de identidad de los grupos de la izquierda argentina o latinoamericana, que mantienen a rajatabla un núcleo identitario fuerte. Sin embargo, creo que es diferente a nivel de partidos como la Franja Morada, el ARI, u otros partidos en los que existe una lógica partidaria que atraviesa las fronteras de las Facultades. Esa partidización de la Universidad de hoy también acusa grietas muy fuertes, es sensible y porosa a la división en la misma Universidad entre las Facultades, o entre los departamentos. El ARI de Ciencia Política no es el mismo ARI de Filosofía y Letras. Inclusive van a tener lógicas diferentes. Se produce un fenómeno nuevo. Pasó a la historia la Franja Morada que conocimos en el 83, aglutinante, que tenía una política universitaria para el conjunto de las Facultades, que se identificaba con el proyecto político alfonsinista. Entonces empieza a darse una fragmentación inclusive de la lógica partidista de la Universidad, donde en realidad hay una lógica de intereses sectoriales, de pequeños nichos de poder. Asumen etiquetas políticas,

porque hay que asumir algo, pero prevalecen pequeñas lógicas, difíciles de capturar. Quizás con la excepción de algunos partidos que están más estructurados, que tienen cierta coherencia transversal, como el PCR o el PO. Pero serían excepciones. Pero otros grupos o partidos, como la Agrupación Felipe Vallese, tienen lógicas donde la agrupación va cambiando en función de las tribus locales. Eso hace muy difícil pensar en una política universitaria coherente, o hacer alianzas con los sectores políticos a través de las distintas Facultades. Hay un fenómeno centrífugo muy fuerte, en ese sentido, en la Universidad. ¿Cómo lo ven ustedes?

Patricia Funes: De esa manera.

Alberto Kornblihtt: Tal como lo decís vos, Francisco. Lo cual no es bueno. Por eso el problema no es que estén los partidos representados, sino que la política se manifieste por esta atomización que se desarrolla también en la izquierda en general, en el país. Esta atomización perversa, que responde al sálvese quien pueda, porque en realidad cada grupúsculo define sus límites en función de las diferencias del otro, y eso impide generar políticas de consenso a todo nivel. Tu caracterización, Francisco, es perfecta.

Ariel Gordon: Mi opinión, como alguien que fue hasta hace poco estudiante de grado, es que es absolutamente así. Me parece que los episodios de 2001 fueron muy importantes en la configuración actual. Franja Morada era absolutamente hegemónica, y sufrió una fractura muy grande en todas las Facultades en las elecciones de 2002. Yo estaba participando políticamente más que ahora en ese momento, hubo un auge de la participación, con todo este espíritu del asambleísmo, de la democracia directa, la crítica a la mediación, a la representación, y toda un fenómeno de involucramiento, pero lamentablemente no tuvo efectos duraderos. En el 2002, en las elecciones de la FUBA, ganaron los partidos de izquierda tradicionales en una coalición con partidos independientes, con un discurso más centrado en lo académico, menos partidario, de pequeñas agrupaciones. Pero luego no pasó nada, no se pudo sustentar en el tiempo. Fue un fenómeno episódico del 2002, y los que terminaron subsistiendo son los partidos tradicionales de izquierda.

Pedro Krotsch: ¿Los grupos independientes se debilitaron?

Ariel Gordon: Yo creo que sí.

Alberto Kornblihtt: Se debilitaron porque al no tener una estructura partidaria, ni prácticas de organización, basaron todo en un espontaneísmo donde con el tiempo la voluntad se pierde, las ganas se van, la gente se cansa. No tienen la práctica de transmitir de generación en generación una estructura que autocontiene y tiene objetivos, tiene una misión. Los partidos políticos de izquierda, o los grupos políticos que los representan, tienen misiones.

Ariel Gordon: Me quedé pensando en esto que decía Francisco de la incapacidad de superar el ámbito de intereses más cercanos a la Carrera. Podemos discutir acerca de materias obligatorias, optativas, pero organizarse superando el ámbito ya no de la carrera, de la Facultad, era imposible, por esto que recalca Alberto, la ausencia de estructura. Es un punto importante cuando hablamos de la crisis de representación.

Otro punto es la idea del Consejo Superior de la UBA como algo alejadísimo, allá en Viamonte, discutiendo cuestiones ajenas... Yo lo conocía porque trabajo el tema de Universidad, pero hablando con mis amigos, el Consejo Superior es algo casi totalmente desconocido. No tiene que ver con lo diario. Los estudiantes conocen la Junta porque trata las materias optativas, que es lo que interesa a la vida cotidiana de la Facultad, pero el Consejo Superior es algo totalmente extraño.

Francisco Naishtat: Hago una última pregunta provocativa, sé que a Patricia no le gusta la prospección, pero hagamos un ejercicio ficcional. Desde 1983 pasaron 22 años de democracia, si nos situamos dentro de 22 años, en 2027, ¿cómo se imaginan que se podría ver la Universidad de Buenos Aires? ¿Dividida en 8 universidades, como le pasó a la Sorbona después del 68? ¿Qué sería esta Universidad?

Pedro Krotsch: No podemos dejar de pensarlo en términos de la nueva configuración de universidades en la que se inserta, y la competencia que hay respecto de la UBA entre todas ellas. A veces en la UBA nos olvidamos de esto, justamente por nuestra dimensión. Yo pienso que hay un debilitamiento, por lo menos académico, y pérdida de centralidad en muchos campo del conocimiento, al menos en las ciencias llamadas blandas. La tensión entre las universidades públicas y las privadas no surgió en la discusión, pero es otro de los factores a tener en cuenta.

Alberto Kornblihtt: Yo estoy de acuerdo en que podría ocurrir en las humanidades y las ciencias sociales, no creo que sea la tendencia en las ciencias exactas y naturales.

Francisco Naishtat: Sin embargo ha habido cierta migración de algunos departamentos de Exactas hacia otras universidades, como el caso de la USAM, que en su carrera de Matemática cuenta con científicos que han emigrado de la UBA.

Alberto Kornblihtt: Las universidades del conurbano no están dentro del ámbito de lo privado. En todo caso me parece que esa migración es saludable, porque en todas las universidades es el deseo de todo graduado, o docente auxiliar, devenir profesor de la propia casa de estudios, y eso es imposible. Entonces está bien que haya mayor movilidad en ese sentido, sin que eso signifique un debilitamiento de la propia institución de la que salen. Yo no sé cómo hacer proyecciones, sí sé qué es lo que quisiera que cambiara para 2027. Yo soy defensor de la universidad masiva, pública, de calidad, con el gobierno con representación de los claustros, pero lo que me duele que no ocurra, y debería ocurrir, es, por un lado, una mayor independencia de los claustros en cuanto a sus pretensiones y objetivos, y que esa independencia sea conjugada con sensación de pertenencia a la institución. Pertenecer a la institución otorga una serie de ventajas, como claustro, como individuo, como profesional, como docente, que deberían ser valoradas. Otra cosa que creo que debería suceder, para poder establecer reformas o cambios, evolución, es una recuperación del respeto. Una palabra que tal vez es conservadora, y que tiene que ver con un pasado.

Pienso que el "todo vale", el relativismo cognitivo, el postmodernismo, la *new age*, el hecho de que cualquier cosa que se diga tiene el mismo valor axiológico, lleva en definitiva a la atomización y a la falta de respeto. Pedro vos preguntabas quiénes son los actores que pueden llevar a cabo la reforma. Los propios actores de la Universidad, pero ¿quiénes? Los más respetados, los mejores, aquellos de quienes se sepa que cuando proponen algo no están buscando su interés personal detrás, sino que están tratando de hacer algo en pos del proyecto de la institución. Y eso es poco frecuente. En cuanto aparece algún individuo así, la apuesta del resto es cuándo va a traicionar esa imagen, cuándo va a demostrar que es un corrupto, cuándo va a no justificar los fondos que no sabe cómo justificar, cuándo va a caerse del pedestal en que lo pusimos. Y esto es un problema subjetivo, de subjetividad, institucional también. Quizás lo sepan, mi hijo es militante en la carrera de Historia, cuando le pregunto, por qué la izquierda está tan dividida, me dice "ah, pero no importa porque después estamos todos unidos en la acción" - ¿Por qué? - Porque vamos todos a la misma manifestación. ¡Pero eso no es unidad! Eso es porque si va cada partido o grupo por separado, la manifestación se convierte en una de diez personas. Nos juntamos en la manifestación para que seamos 5.000. Pero en la realidad lo que predomina es la falta de respeto a las ideas, la falta de respeto a las personas, y la falta de cohesión. Está todo atomizado. Yo no sé si va a ser así dentro de 22 años, esperaré que eso se revierta.

Ariel Gordon: Tomando la idea de Patricia de pensar la evolución de la UBA vinculada a la escena nacional, es tan contingente este país y lo que puede pasar, que me parece difícil pensar en la UBA desligada de nuestros avatares como país. Retomando tu pregunta inicial acerca de las tendencias hacia un cambio de modelo institucional dividido, con la bachelorización, los centros de investigación y los postgrados por un lado y la docencia de grado por otro, me parece que eso, lamentablemente, es una tendencia que va adelante. Estaba en la Ley de Educación Superior y está en las discusiones que hay ahora, no pensando tan lejos a 22 años, está incluso ahora, en algunas de las reformas que este gobierno intenta impulsar, no se está cuestionando ese modelo. Alberto, vos decías que defendías que la UBA mantenga esta identidad vinculada a la docencia y la investigación, me

parece que eso es algo sumamente importante, y que hay que resignificarlo frente a esta avanzada, que a mi juicio representa un riesgo muy fuerte.

Alberto Kornblihtt: Hay cosas que pueden hacerse para evitar esa tendencia que mencionás. Yo no estoy en la Facultad de Filosofía y Letras, pero ahí Luis Alberto Romero da Historia Social General, es una persona que tiene una cierta visibilidad como investigador y que se pone al frente de una materia masiva. Eso, para los que estamos en la Facultad de Ciencias Exactas, independientemente de que coincidamos con su ideología, es simbólico. Indica que no debe disociarse el investigador de CONICET, el profesor titular, que ya tuvo los laureles y es reconocido, de la práctica cotidiana de la enseñanza masiva de grado. Para nosotros no es una norma pero es bastante común. Y tenemos referentes internacionales. En el *Massachusetts Institute of Technology* los grandes biólogos moleculares tienen su curso de genética de grado. Los que publican los mejores *papers*, Enrico Fermi, sin ir más lejos, tenía su curso de grado. Entonces somos nosotros mismos los que tenemos que protegernos de esa tendencia. Más allá de que esté o no en la Ley de Educación Superior. Somos nosotros los que tenemos, con nuestra propia convicción y actividad, que revertir toda tendencia hacia eso, hacia el elitismo donde el profesor visita la cátedra el primer día, deja que los alumnos huelan su perfume, y después no aparece más. Eso está mal.

Ariel Gordon: Y la amenaza no es sólo desde afuera, porque volviendo al ejemplo que vos, Alberto, traías, recuerdo los conflictos que se suscitaron en torno a la cátedra de Romero. Y retomando tu idea del respeto, con la que estoy profundamente de acuerdo, parecía que, quien debería estar más considerado, por ser investigador de CONICET, etc., estaba deslegitimado. Desde sectores estudiantiles se impulsó la cátedra paralela, que más allá de que es legítimo y esté en el reglamento, me parece que tiene que ver con cuestiones de otra índole,

Alberto Kornblihtt: Pero ahí lo que están criticando es ideología, no están criticando que es un profesor de CONICET o de CLACSO.

Ariel Gordon: De acuerdo, pero me parece que hace a esto del respeto y de juzgar a la gente no sólo por su ideología sino por sus méritos académicos.

Alberto Kornblihtt: Vos hablás de la cátedra paralela, el desafío de la cátedra paralela es que tenga a alguien de igual calidad científica o académica del mismo nivel, y no alguien que por hacer la cátedra paralela sea demagogo... No es el problema de la cátedra paralela.

Ariel Gordon: Por supuesto, la libertad de cátedra es un principio de la Reforma.

Alberto Kornblihtt: Yo mencioné a Romero, que es un tema que desconozco, pero lo que quería resaltar es que si nos dejáramos llevar por el sálvese quien pueda, la tendencia natural sería que la UBA se bachelorice: centros de investigación de excelencia, desvinculados de la enseñanza. Por motivos totalmente distintos, el centro de investigación más conocido en biología molecular y bioquímica del país, la Fundación Campomar, que ahora se llama Instituto Leloir, hace pocas semanas decidió dejar de ser Departamento de la Facultad. La razón real es porque se trata de una Fundación privada, sin fines de lucro, y quiere garantizarse el derecho a la admisión. Y si la Fundación es un departamento de la Facultad, tiene que aceptar a cualquier profesor que - con cargo y dedicación exclusiva - pida lugar de trabajo ahí. Como consecuencia de eso, los profesores y docentes de ese ex-Departamento van a seguir haciendo investigación en ese lugar, que queda en Parque Centenario, pero para su docencia van a tener que adscribirse a algún Departamento de la Facultad. Fueron ellos los que lo pidieron, pero esto tiende a que la docencia de gente que está en el mejor nivel pueda ser distribuida en cursos de grado o postgrado. O sea que al revés, hay una tendencia en contra de la bachelorización. Es por un motivo distinto, pero la realidad es esa. Muchos de esos investigadores ya hacen docencia en las carreras de grado, pero se va a incrementar un poco más.

Patricia Funes: Yo suscribiría lo de Alberto, y no puedo imaginarme la Universidad dentro de 20 años desgajada de ese contexto al que vos, Ariel, hacías referencia. Pero también me parece que los actores de la Universidad tienen mucha más energía que lo que la institución permite desplegar. En este momento, esta institución así como está, en lugar de favorecer la producción y la creación, de algún modo la *rallenta*. Eso tiene que ver con ciertas miradas arcaicas, con ciertos miedos de todo puede cambiar para peor, y por una enorme inercia que la UBA tiene que solucionar en algún momento. En términos de sí misma y también en la relación con lo social, con el medio científico, el medio político, el medio social.

Desafíos y retos de la Universidad Pública

Mesa de discusión

18 de noviembre de 2005

**Victoria Kandel, Francisco Naishtat, Augusto Pérez Lindo,
Emilio Tenti, Ernesto Villanueva**

Coordinadores: Pedro Krotsch y Sandra Carli

Pedro Krotsch: Esta reunión apunta a analizar el sistema universitario desde una perspectiva de la coyuntura y del futuro. Les proponemos dar cuenta de la problemática del presente de la UBA y del sistema público – teniendo como centro la UBA- y la posibilidad de construir una perspectiva, un modelo de universidad a futuro. Un modelo de Universidad de Buenos Aires pensando a diez años, construyendo una perspectiva, apelando a la utopía y la capacidad de imaginar escenarios. Esperamos que sea una discusión vital, concreta, porque en alguna medida también estamos esperando que esta reunión tenga efectos secundarios. Estamos en un proceso electoral. No queremos intervenir en él, pero sí nos parece interesante poder plantear algunas ideas para el conjunto de la Universidad, que puedan ser usadas por quien quiera usarlas. Este es un momento interesante, una coyuntura interesante políticamente en la UBA, como para lanzar algunas ideas fuertes, no sesgadas por miradas directamente involucradas en el proceso .

El primer punto, el principal, es "Problemas de la Universidad Pública". Hicimos un punteo puramente tentativo. Cada uno podrá resaltar alguna de las facetas que le parezca fundamental, de manera de poner en juego una serie de diagnósticos desde las distintas perspectivas. El segundo punto es "El acrecentamiento de la oferta en la universidad pública y privada en el AMBA", el Área Metropolitana del Gran Buenos Aires. Como todos saben hay un acrecentamiento de la oferta muy grande, que por lo menos en términos generales puede contribuir a cuestionar o preguntarse acerca del rol de la UBA, preguntarse por ejemplo si la UBA sigue teniendo la centralidad que tenía en los '50 en los distintos espacios y vínculos de la Universidad con el entorno. Y el tercer punto sería una reflexión de cómo,

en ese contexto de un mercado, especialmente regional acrecentado, podría configurar su perfil y misión la UBA.

Francisco Naishtat: El tema de esta convocatoria es la Universidad como espacio público y sus desafíos frente a la diversificación del sistema y el sector privado. En esta primera ronda voy a centrarme en el análisis del primer miembro de la oración: la Universidad como espacio público. Respecto a este tema considero la siguiente cuestión: ¿de qué tipo de existencia público-política es posible la universidad pública?, ¿qué forma de existencia política puede o debe mantener la universidad en el espacio público democrático? Voy a partir de un argumento de Jeffrey Alexander, el bien conocido sociólogo norteamericano, acerca de su concepto de posición consagrada derivada del modelo que él denomina liberal de la Universidad, inspirado en Weber-Parsons, predominante en el mundo anglosajón. En ese modelo la universidad tendría dos cuerpos o dos representaciones, por llamarlo de algún modo: por un lado un cuerpo académico regido por una racionalidad cognitiva, neutra con respecto a valores y que ejerce una crítica en el ámbito de la ciencia y de la producción de conocimiento. Por otra parte, una representación externa: la cara público-política de la universidad regida por un cuerpo administrativo que representa a la universidad frente a las autoridades políticas, frente a la sociedad, y que, eventualmente, toma posiciones de valor frente a determinados temas. Este carácter bicéfalo de la Universidad ya era reconocido en otros modelos. Por ejemplo en el modelo de Burton Clark se enfatizaban los diferentes niveles de autoridad en la Universidad: la autoridad colegial asimilable a lo que Alexander llama el colegio académico de racionalidad cognitiva y que en el modelo de Burton Clark se llama modelo de autoridad disciplinar, el nivel de autoridad política y/o político administrativa. Esto se reduce en la propuesta de Alexander básicamente a dos cuerpos de representación, es decir el cuerpo cognitivo académico de neutralidad valorativa y el cuerpo político. La reconstrucción de Alexander es muy interesante, porque señala la conexión que existe entre el carácter bicéfalo de la Universidad y la idea filosófica y sociológica de la racionalidad weberiana, la neutralidad en relación al valor que Weber propugna en relación a la ciencia y que es tomada por Parsons en su propio modelo de la universidad norteamericana.

Lo interesante del planteo de Alexander es que es un modelo que a pesar de haber funcionado relativamente bien en la universidad norteamericana y ser el más deseable en cuanto al *desideratum* sobre el desarrollo de la ciencia y de la técnica para la universidad moderno tardía, sin embargo – señala Alexander- deja muchas cosas que desear en otros aspectos fundamentales de nuestras sociedades modernas. Por ejemplo, con el advenimiento del nazismo, este modelo no supo dar una respuesta académico- universitaria a la cuestión de la transformación nazi fascista de la sociedad alemana y de la propia universidad en un período histórico específico, ya que en realidad la universidad no desempeñó ningún papel prominente como freno espiritual o dique de contención intelectual en ese respecto. Y este modelo se desempeñó de la misma forma respecto a evoluciones críticas de la sociedad, y de cuestiones de la política y del Estado. Al dividir el mundo académico administrativo-político, el modelo liberal condena en realidad al mundo académico a una suerte de asepsia y de silencio en cuestiones de las que en realidad tendría que afirmar y pronunciarse públicamente. Es más, Alexander dice que la pretendida neutralidad valorativa weberiana ni siquiera es tal, porque cuando un cientista político por ejemplo enfrenta cuestiones relativas al sistema democrático no puede ser neutro en relación a la democracia o al autoritarismo sino que en realidad tiene ciertas inherencias de valor que atraviesan su propia percepción y organización del campo cognitivo. Para paliar este déficit Alexander termina propugnando para las universidades una racionalidad que llama racionalidad valorativa y que estaría basada en dos parámetros fundamentales: el pluralismo por una parte y el control académico de los resultados por otra parte, y estaría regido por algo que se podría semejar a la racionalidad comunicativa de Habermas. Esto implica intervención en los asuntos públicos regido por un debate de parámetros comunicativos y argumentales pero con tomas de posiciones afirmativas por parte de la Universidad sin esta división de la representación universitaria entre un poder administrativo y de gestión y un poder académico aséptico y neutro cognitivamente. En relación con esto nosotros podemos preguntarnos, ya que de lo que se trata aquí fundamentalmente es de la universidad argentina, ¿cuál es la relación que tiene la universidad argentina con esta cuestión? Porque si uno mira la tradición de la

universidad argentina en el siglo XX, sobre todo a partir de la reforma del 18, uno descubre que en realidad el bicefalismo que hay en las universidades anglosajonas no es propio de nuestras representaciones universitarias, al menos en principio. Es decir, la representación que nosotros tenemos tal como la concebían los reformistas, era pensada desde una misma estructura común de gobierno o formato tripartito de representación en todas las instancias, de manera tal que el tripartito se reproduce en los niveles del departamento, del instituto, de la facultad, de la universidad. Es decir que al menos en el modelo original, los reformistas no pensaban que debía haber por una parte un cuerpo de gestión burocrático político y, por otra, un cuerpo académico científico atendiendo solamente los asuntos de la racionalidad cognitiva, sino que pensaban que en realidad la universidad como un cuerpo colectivo, un intelectual colectivo, debía poder atender en todos los asuntos al mismo tiempo de manera que todos debían poder hacer y decidir de todo. Esa es al menos la idea que rige en el demos universitario. Una primera pregunta que podemos hacernos es si la crítica que Alexander hace al modelo bicefalista de las dos representaciones es justa o no es justa. En este punto, que en todo caso puedo poner aquí en la mesa de discusión, encuentro que hay un aspecto que es justo. Hay una serie de aspectos de la sociedad y de la política de las evoluciones culturales frente a las cuales las universidades deberían poder tomar posición, y que la universidad no sólo debe medirse de acuerdo a parámetros de producción de conocimiento sino que debe medirse también en relación precisamente al papel público que representan en el cuerpo democrático. La idea está en las reflexiones del historiador reformista Gabriel Dal Mazo de la universidad como una democracia chica en una democracia grande, como un ejemplo de democracia, como una escuela de democracia para la sociedad (idea cara asimismo a otro pedagogo como el cordobés Saúl Taborda). Entonces en ese sentido la crítica de Jeffrey Alexander al modelo de neutralidad valorativa y al bicefalismo es admisible...

Luego viene la segunda pregunta. Podemos preguntarnos si la idea reformista de un cuerpo simple, homogéneo de gobierno universitario en todas sus instancias basado en el esquema del tripartito está adaptada al tipo de universidad ultramoderna o posmoderna -como quiera que se la

llame- que nosotros tenemos actualmente con las características y complejidades que le son propias de la misma: la masividad, la complejidad que requiere su aparato administrativo, el carácter complejo que tiene la propia administración de la ciencia. Uno puede preguntarse si el hecho de que todos deban entender de todo en las instancias de gobierno no genera una suerte de elefantiasis o de parálisis en la propia marcha de los asuntos universitarios, y esa es una pregunta que nos podemos hacer. La tercera pregunta que nos podemos hacer es si hoy, prácticamente a cien años de la reforma universitaria, la unidad colegiada, el carácter del tripartito actual sigue funcionando tal como los reformistas lo entendían, o si es más bien hoy en día una máscara ideológica que cubre o encubre las mismas divisiones que la propia universidad liberal también traduce entre lo administrativo y lo colegiado y entre múltiples otros planos. Es decir, si en definitiva nuestra universidad no acarrea igualmente los vicios denunciados por Alexander en el modelo liberal, sumado a todos los males que ya tiene por sí misma, y sin añadirle ninguna ventaja manifiesta, a pesar de su pretendido modelo de responsabilidad público-política que involucra también al cuerpo científico y académico. Si el modelo realmente funciona como tal o si es más bien una forma de narración que cumple su papel como ideología y que encubre otros tipos de funcionamiento semejante al de cualquier universidad compleja. Esa es otra de las preguntas que uno puede hacerse. Y en relación a esta última pregunta acerca de la erosión o del desfasaje entre funcionamiento real y funcionamiento pretendido uno puede interrogarse sobre los niveles de avance que el sistema universitario nacional tiene sobre las propias universidades. Estoy pensando en las instancias de gobiernos sistémicos como la CONEAU, o la Secretaría de Asuntos Universitarios, que tienen una incidencia cada vez mayor dentro de la propia marcha de las universidades a través de múltiples instancias. Esas instancias también acusan un nivel de gobierno de las universidades que no estaba presente en el momento en que los reformistas pensaban su propia universidad. Entonces, ¿hasta qué punto podemos hoy decir que tenemos en la tradición reformista argentina esa universidad que acusa unidad de cuerpo como en el modelo de racionalidad valorativa de Alexander?

Dicho esto quedan dos caminos: por un lado se podría echar por la borda los aspectos de nuestra propia tradición argentina y sostener que en

el fondo la idea de un cuerpo homogéneo de gobierno universitario en todas sus instancias no es más que un relato pretendido. Otra posibilidad sería tomarnos en serio la historia, no desde un punto de vista dogmático en el sentido de que nosotros debamos simplemente reconducir todas esas formas institucionales, sino como un fondo disponible de sentido. Está en esta línea la idea del biólogo chileno Humberto Maturana, que habla de la tradición latinoamericana como un ejemplo de auto inspiración. Me parece muy acertado, porque no se trata de pretender que la Reforma del 18 deba ser una suerte de molde ya incuestionable y rígido que deba atar a la universidad como en un corsé, sino pensarla como una inspiración que tiene algunas ideas interesantes, y entre otras, una de esas ideas interesantes es la idea de que el cuerpo académico científico deba poder involucrarse también en la representación externa de la universidad y no delegar esa función a un poder político descentrado de la propia vida científica colegiada. En ese sentido, si tomamos las ideas de la Reforma, particularmente la idea de demos universitario y de la universidad como una escuela de la democracia y como un agente de sentido, podamos quizás avanzar en las vías de una reforma de la propia Reforma, es decir encontrar algunos principios que nos permitan reformar la Reforma pero dentro de una idea de inspiración y de fuente de sentido de la propia Reforma. Creo que eso permitiría dotar al demos universitario de una revitalización democrática, dotar a la universidad a su vez de una nueva fuerza espiritual muy necesaria, en resistencia crítica respecto de una vida universitaria asumida desde patrones de conducta burocrático administrativo y adaptativos. También facilitaría encontrar principios que aseguren por dónde debe encarrilarse una reforma de la universidad. Yo encuentro que cuando encaramos la reforma de la universidad generalmente tratamos problemas empíricos que son muy necesarios como la crisis de deserción, los problemas de presupuesto y masividad. Pero hay un gran déficit del pensamiento de los principios que deben regir la reforma, es decir que deban articular las ideas sobre las cuales debemos encarar una reforma de la Universidad. En ese sentido, me parece central tomarse en serio la de la Reforma del 18 dentro de la historia de la universidad argentina, porque es una de las pocas cosas realmente originales que nosotros tenemos.

En ese sentido quiero concluir con la idea de historia de Nietzsche. Nietzsche, en "Las Intempestivas" hablaba de tres historias: la historia monumental, la historia anticuaria y la historia crítica. La historia monumental es la historia de los grandes monumentos y de los grandes héroes, que si bien es necesaria, llevada a un punto excesivo puede trabar cualquier avance hacia el futuro y caer en la idolatría. La historia anticuaria es, por el contrario, la historia del pequeño museísta que simplemente quiere conservar pequeños detalles de la historia de vida, pero que también puede terminar encerrando a la vida académica en un corsé si se toma demasiado en serio la idea de la conservación. En muchos aspectos la universidad despliega esta historia anticuaria, conservando sus diferentes aspectos como reliquia. Por último, la historia crítica implica una actitud completamente irreverente hacia el pasado, pensar que podemos renovar todo de manera draconiana, basándonos simplemente en criterios racionales de diseño de futuro. Esto también puede ser muy desacertado, en cuanto a que nunca nosotros venimos de la nada sino que acarreamos una tradición que nos da identidad. Entonces Nietzsche recomendaba una especie de fuerza plástica entre estas tres historias, la monumental, la crítica y la anticuaria, que es la única manera de encarar con creatividad el futuro. Yo creo que las reformas de los 90, en el mejor de los casos, tuvieron un caudal de racionalismo crítico en relación a lo que había, y en el peor de los casos, fueron un modelo de nuevo servilismo respecto de los poderes heterónomos del mercado, el estado y las agencias burocráticas internacionales. Pero en ninguno de los casos se supo valorar precisamente los aspectos de sentido y de originalidad de la tradición latinoamericana, en cuanto a lo que esto pueda tener como fuente de inspiración intelectual. Por otra parte, la universidad del 83, la del retorno de la democracia en Argentina, se había reconstruido sobre la base del modelo reformista, pero como una suerte de historia anticuaria que no hace nada decisivo para renovar a la universidad sino que en última instancia se encierra en las glorias del pasado. Yo creo que esta idea de fuerza plástica puede ser una idea interesante para encarar una reforma de la Universidad, a condición de que nos propongamos realmente pensar esos principios que puedan conducir una reforma de la Reforma.

Emilio Tenti: Yo también reivindicaría la búsqueda de sentido en la historia, como decía Francisco. Pero también en ciertos valores y en el sistema de relaciones que mantiene la universidad con otras instancias sociales en el tiempo actual. Yo no tengo una visión científica de la universidad como “objeto de conocimiento”. Sólo dispongo de una visión práctica de esa realidad, porque soy profesor universitario. Desde hace algún tiempo me ocupo más de la evolución y el estado actual del sistema de educación básica. Creo que hay, algunas tensiones que atraviesan a todo el sistema educativo. Por ejemplo, la tensión entre masividad y excelencia, en todos los niveles del sistema. La universidad es la cúspide del sistema de educación formal, y esa tensión también se hace sentir en la educación superior. La evolución de las matrículas y las coberturas muestra que todos los sistemas educativos latinoamericanos han sido eficaces para escolarizar, para incorporar chicos a la primaria, a la secundaria e incluso a la universidad. El problema se plantea cuando nos preguntamos si efectivamente las instituciones son capaces de desarrollar conocimientos poderosos en las personas. Esta es la duda que se nos presenta. Cuando hablo de tensión masividad-excelencia, me refiero a la tensión que existe entre escolarización, distribución de títulos y certificados escolares y desarrollo del conocimiento en las personas. Lo que es válido en una perspectiva democrática y progresista es exigir la igualdad de oportunidades de acceso al conocimiento y no la igualdad de oportunidades de ingreso a una institución. Sin embargo es mucho más complejo desarrollar conocimiento en las personas que escolarizarlas, incluso en la educación superior. Podríamos decir que la educación superior también es un nivel educativo masificado. De hechos tenemos algunas instituciones llenas de gente – 20.000 alumnos en nuestra Facultad de Ciencias Sociales- pero dudo yo de que esos 20.000 alumnos se apropien todos ellos de una base de conocimientos poderosos de las tradiciones más ricas de las ciencias sociales fundamentales. Aquí nos enfrentamos al problema del o de los sentidos que tiene la gasificación de la educación escolar en todos los niveles del sistema.

La cuestión de la relación público-privado en la universidad no es independiente de lo que ha pasado con el espacio público en la Argentina y en otros países. La crisis de lo público es también la crisis de la universidad

pública. Y en términos de la Universidad de Buenos Aires y de las universidades públicas veo que hay una especie de tensión fuerte en la década del 90 entre las políticas defensivas y las políticas de reforma. Y creo que han triunfado las políticas defensivas. La universidad pública aparece como una institución sitiada y amenazada. Las iniciativas de reforma vienen de afuera, vienen de arriba, a veces del poder político o del poder económico. Por lo tanto la universidad se ha visto obligada a desplegar estrategias de defensa. Entonces nos cuesta pensar en las necesarias reformas. La mayor parte de las energías y de los consensos políticos en el interior de la universidad se producen alrededor de una estrategia defensiva: lo que nos une es "un enemigo externo" y las propuestas "innovadoras" vienen de afuera. Y al mismo tiempo existe una especie de insatisfacción generalizada. Se produce una situación bastante paradójica, porque a nivel individual cada uno de nosotros, que formamos parte de esta Universidad, no puede estar muy satisfecho por su estado, pero al mismo tiempo hay una especie de reproducción automática del *statu quo*. Esta es una cuestión que merece reflexión.

Desde el punto de vista más específico de lo que es la UBA, creo que es algo así como un desafío para los sociólogos de la organización. Como institución, me parece una institución muy original, muy difícil de aprehender. En algún momento hice el intento de pensar que es una institución caracterizada por la solidaridad mecánica (Durkheim), una institución muy elemental donde lo que hace este compañero se suma a lo que hago yo, y de eso resulta una serie de productos que se llaman graduados, profesionales o "conocimiento científico", "ciencia y tecnología", "servicios", etc. Se produce según una lógica sumativa o de "agregación". No veo una división del trabajo más compleja, algo así como una "solidaridad orgánica". Como institución masiva me parece un objeto bastante extraño y hasta cierto punto indescifrable. Repito, creo que es un lindo tema para sociólogos, antropólogos, etc.

En términos de reforma yo veo algunos grandes frentes de discusión e intervención. El primero tiene que ver con el tema del gobierno de la universidad. Creo que en la UBA hay un problema fuerte de gobierno o de simple conducción/coordiación de los procesos de producción. Hay un problema de perfil del recurso humano. Otra dimensión fundamentalmente

problemática es la destrucción del profesor *full time*, del profesional de la universidad. La mayoría de los miembros de la institución no son protagonistas. En el caso de las ciencias sociales la situación se sintetiza en la siguiente sentencia: Todos estamos en la Universidad, nadie está todo en la Universidad". Creo que hay que reconstruir esta masa crítica. Pero esta característica del tipo de recurso humano, del perfil del recurso humano, del modelo de vinculación que tenemos con esta institución, explica muchas otras características y comportamientos, como por ejemplo los comportamientos gremiales, el tipo de organización, la conflictividad, incluso explica mucho también del manejo del poder, las estrategias, las alianzas, la situación política.

Otro problema grave es el problema de la organización académica. Es una organización académica tradicional, obsoleta, donde todavía existe el sistema de cátedras piramidales contra el que se sublevó la juventud del '68 en París. Todavía vivimos en este modelo de organización, y de gestión pedagógica. No hay conducción ni responsabilidad en la gestión académica, no hay una racionalidad mínima en el proceso de producción tanto del conocimiento como de los profesionales. ¿Quién se hace responsable de garantizar si hay unidad, coherencia, sentido, en la producción de un sociólogo, en la producción de un licenciado en ciencia política? No sé hasta qué punto hay un control sobre ese proceso o si es un proceso que transcurre de forma más bien de facto. No hay una racionalidad *ex ante*. Francisco también planteaba este tema de la necesidad de distinguir lo que es la autoridad científica en el campo intelectual de la autoridad como autoridad institucional. Estas dos formas que aparecen mezcladas en esta Universidad, no sé hasta qué punto no habría que poner en cuestionamiento esto. Esta confusión se relaciona la tensión que existe entre democracia y eficiencia. Veo una democracia formal. En las formas no creo que haya una institución más democrática que la de la universidad pública argentina. Democracia en el sentido de participación de todos los miembros en el dispositivo electoral. Pero creo que son pocos (y al parecer tienden a ser siempre los mismos) quienes realmente "saben de que se trata" y tienen intereses definidos en las luchas que se libran en su interior. Pero veo una tensión, una contradicción entre esta democracia electoral y la eficacia productiva, e incluso con eficiencia en el uso de recursos. No sé

si no habrá llegado el momento de plantearnos hasta qué punto es posible distinguir dos autoridades: el espacio de lo que es la autoridad académico científica y el espacio, la finalidad y la racionalidad propia de la autoridad de gestión institucional. En todos los países se requieren estas dos figuras, yo creo que son dos figuras distintas: una cosa es ser Decano de una Facultad y otra cosa es ser la autoridad científica de un campo intelectual. No tienen por qué coincidir. Son dos tareas totalmente distintas las de gestión del conocimiento, gestión de los procesos de producción, de investigación, de desarrollos tecnológicos o de producción de profesionales, y los procesos de producción de conocimientos. Son dos espacios, dos arenas donde están en juego dos tipos de objetivos, de finalidades, de racionalidades, y por lo tanto también dos tipos de autoridad. En cuanto al gobierno de la Universidad, yo tiendo a pensar que "la Universidad tiene que ser de quienes la trabajan" y de quienes la producen, o sea de los que son *full time*, los que se consagran a ella y viven de ella. Yo tiendo a pensar, un tanto provocativamente, que la masa de los que tenemos esas vinculaciones locales y parciales, que trabajamos con dedicación simple, incluso no deberíamos tener derecho a votar en la elección de los cargos electivos. Esta podría ser una propuesta pertinente y realista el día en que exista una masa crítica cuantitativamente relevante de profesores e investigadores de tiempo completo. Ellos deberían ser los protagonistas de la vida universitaria. Ellos y los estudiantes deberían tener un peso decisivo en la conducción del gobierno de la universidad.

Quiero mencionar otra tensión que tiene que ver con la cuestión de los fines de la universidad: la formación de recursos humanos, el avance del conocimiento y el desarrollo de tecnologías que ayuden a mejorar la calidad de vida de la población. Estas tres finalidades determinan distintas demandas de autonomía e interdependencia con otras dimensiones de la vida social. Aquí se me aparecen otras contradicciones o tensiones anilladas, el viejo tema de autonomía-heteronomía, autonomía-subordinación política.

En relación con estos complejos problemas podríamos introducir una distinción muy general: la autonomía es un requisito ineludible de producción de conocimiento y cultura (en el sentido tradicional de la expresión, es decir, la ciencia, las artes, etc.). Pero no me puedo imaginar

la autonomía en el campo del desarrollo de los profesionales o de las innovaciones tecnológicas. Los profesionales y las tecnologías no tienen un valor en sí mismas. Tienen sentido en la medida en que sirven para resolver problemas (sociales, económicos, productivos, etc.). ¿Cómo producir tecnologías o tecnólogos sin tomar en cuenta, sin una coordinación con los agentes de los campos específicos de producción (de salud, de educación, de bienes y servicios, etc.)? En este caso la respuesta no es ni la autonomía ni la subordinación, sino la articulación, la interdependencia entre las instancias académicas y las instancias productivas públicas y privadas. Y aquí habrá que construir nuevas y variadas formas de vinculación. Estoy convencido que la universidad deberá encontrar una forma de compromiso entre lo que es la necesaria autonomía científica y cultural (campos que son productivos, creativos y críticos en la medida en que no están determinados por demandas externas) con planificación, organización y socialización de los procesos de desarrollo científico tecnológico y de producción de profesionales.

En todo caso veo la autonomía como una condición ineludible para hacer ciencia crítica y ciencia poderosa; pero en lo que es desarrollo científico de tecnologías, la experiencia internacional indica que el desarrollo científico tecnológico resulta de una alianza entre intelectuales, profesionales de la universidad –investigadores universitarios, institutos universitarios- profesionales que están en la producción en la empresa, e incluso usuarios de las tecnologías desarrolladas.

Respecto a la división del trabajo entre el estado, el mercado y la sociedad en la oferta de educación superior, en todo el mundo aparece una especie de *leit motiv*: la tensión que existe entre la demanda creciente y la incapacidad del Estado de dar respuesta proporcional y de cierta calidad a esta demanda. Esto es lo que explica y justifica- para unos explica y para otros está legitimando- el surgimiento de las iniciativas privadas en el desarrollo de la educación superior. El argumento es que la demanda es tan grande que el Estado solo no puede hacer frente a la misma. Se dice que hay que buscar nuevas fuentes de financiamiento, esta parece ser la fórmula de moda. Recientemente leí un artículo de la UNESCO que decía que esto es inevitable, que en el mundo el Estado es incapaz de responder a una demanda de tal característica, que las familias, las empresas, las

industrias, los bancos, los organismos internacionales, deben contribuir al financiamiento para dar respuesta a esta demanda. Pero al mismo tiempo se reconoce que sólo el Estado puede garantizar el desarrollo de la ciencia básica, el desarrollo de aquellos conocimientos que no tienen demanda externa. En los campos científicos son los propios productores quienes generan la demanda. Incluso no es lícito que se atiendan demandas externas cuando se trata de desarrollar la sociología pura o "crítica". Este no es el caso de la sociología aplicada, que es tecnología. Y ya dijimos que en el campo de desarrollo tecnológico no se puede pretender autonomía. Pero cuando se trata de desarrollar sociología como ciencia crítica, la única demanda legítima es la demanda del campo intelectual. Porque la autonomía es tal no sólo en relación con las pretensiones del poder económico sino también del poder político, religioso, etc. todos poderes ajenos al campo intelectual.

Retomo el tema de la tensión entre demandas crecientes y recursos limitados y esta "inevitabilidad" del financiamiento compartido. Creo que existe un problema grave. La propuesta reduce al Estado a brindar apoyo solamente a los pobres meritorios. Es el modelo hegemónico que se quiere imponer en todo el mundo. Se alega que incluso la Universidad de Pekín recibe del Estado sólo el 40% de su presupuesto, el resto lo genera la propia universidad. La Universidad Estatal de Colorado es estatal, y el 70% de sus recursos no es de origen estatal: provienen de la venta de recursos o matrículas. Incluso en Rusia parece ser que ese es el modelo. A mí no me convence este modelo del apoyo del Estado sólo para los pobres con mérito. Es el mismo modelo que se plantea para otras políticas sociales. La idea de que el Estado sólo se ocupe de los más pobres, y del resto que se ocupe el mercado, no me parece adecuada para Argentina.

En lo que hace al financiamiento de la universidad pública los datos indican que Argentina es el país en América Latina que ofrece las más altas oportunidades de acceso a los sectores sociales subordinados. El modelo chileno, que es el modelo donde el financiamiento compartido ha tenido más espacio, es el que menos oportunidad ofrece a la clase obrera o a los sectores sociales bajos de acceder a títulos universitarios. Pero yo veo que en esto hay una presión fuerte, una tensión entre masificación y capacidad de respuesta por parte del Estado, y por otro lado algo más profundo, que

es la tentación de responder a la demanda simplemente con la escolarización, que es lo que hacen muchas instituciones privadas. Los títulos se reparten más fácil que el conocimiento. El conocimiento requiere condiciones mucho más complejas y mucho más difíciles de reunir para ser incorporado por las personas. Entonces la tentación es responder a la demanda de conocimiento con la distribución de títulos y certificados, y éste es el peligro para mí de la iniciativa privada en este terreno.

Augusto Pérez Lindo: Yo selecciono, entre tantos temas posibles, tres cuestiones: el problema de la gestión, la profesionalización docente y los rendimientos académicos. Respecto al tema del gobierno lo que observo es que bajo distintas formas, la universidad pública argentina está privatizada. Privatizada en varios sentidos. Por ejemplo, como reproducción: en la Facultad de Odontología de la UBA, el 70 % de los egresados son hijos de odontólogos, que gobiernan la Universidad ya por varias generaciones, son los dueños de la Facultad.

Ernesto Villanueva: Te interrumpo: si uno quiere, puede contratar el Aula Magna de la Facultad de Odontología ante una entidad privada que se llama Fundación Facultad de Odontología.

Augusto Pérez Lindo: Hablo de privatización pensando en Rectores que se apropian de las Universidades, de iglesias que se adueñan de Facultades, de grupos políticos o sindicales, de izquierda o de derecha, que se apropian espacios universitarios, que los reivindican como propios y que se los reparten en términos partidarios, gremiales o familiares. Nuestra universidad está privatizada. Por eso quiero proponer algo ingenuo y redundante: renacionalizar la universidad nacional. Esto me lleva a algo que planteó aquí Francisco Naishtat, respecto a pensar en el fundamento de la Universidad. Esto es algo que me parece desenfocado en el caso argentino. La de los argentinos es una Universidad sin fundamento. A mí, que soy Doctor de Filosofía, que he tratado también de reflexionar sobre el sentido de la Universidad creo que una sola vez me tocó discutir con un rector un problema filosófico sobre el sentido de la universidad. En general, ni a los rectores, ni a los decanos, ni a los operadores políticos de la universidad

pública les interesa mucho el fundamento filosófico. Y la cultura del conocimiento también les interesa poco. Uno podría decir con Burton Clark que la Universidad no tiene fundamento, y no tiene por qué tener fines, porque el conocimiento es muy diverso y en las actividades de base cada uno da respuestas distintas desde sus perspectivas. El problema es que no hay una cultura del conocimiento ni una política del conocimiento. Coincido en que el modelo de gobierno, de gestión política, clientelista, corporativa, burocrática, es una traba fundamental para la universidad pública.

El otro problema que quería mencionar es la baja profesionalización de los docentes. Todos sabemos que un profesor de la UBA gana menos que un basurero. Y esto, dicho así, da la escala del lugar del proletariado intelectual de la universidad pública en la fuerza de trabajo. El sector que está menos gratificado es el profesor universitario. Pero además hay una cosa que muy poca gente sabe: el proletariado universitario argentino es el más eficiente del mundo: su capacidad para generar plusvalía, conocimiento, servicios para terceros, es superior a la del profesor alemán, a la del profesor japonés o a la del profesor norteamericano. ¿Por qué digo esto? Si se analizan los números, el presupuesto de las universidades nacionales en este momento es aproximadamente de ochocientos millones de dólares. Las universidades nacionales están produciendo recursos propios por valor de doscientos millones. En la Universidad pública el 70% del personal tiene dedicaciones simples, ganando menos de cien dólares mensuales. Entonces la productividad, el rendimiento del proletariado universitario es extraordinario. Es el único empleado público que produce plusvalía, y tal vez por eso es el que menos gana. Este es un problema crucial desde todo punto de vista. Se habla mucho, de una manera superficial, de la sociedad del conocimiento. Pero todo eso es mentira: la sociedad del conocimiento no existe desde el momento en que el proletariado, el cognitariado no está reconocido como un actor importante. El cognitariado, para decirlo como Peter Drucker, es el proletariado intelectual. En la Argentina no está reconocido como tal. En la universidad habría que reformular la planta docente, que para mí debería tener por lo menos un 70% de profesores con dedicación exclusiva para incentivar la profesionalización y para dar lugar a una verdadera ciudadanía universitaria en el sentido en que hablaba Emilio Tenti. Actualmente la mayoría tiene

dedicación simple, con lo que tienen poca injerencia, poca participación, poco compromiso con la universidad. Creo que la ciudadanía universitaria, la democratización real, la cogestión se cumpliría si la mayoría de los profesores tuvieran dedicación exclusiva para trabajar plenamente como profesores e investigadores.

El tercer problema que quería plantear es el de los bajos rendimientos académicos. La universidad argentina tiene un promedio de alrededor de 20% de estudiantes que se gradúan, en algunas Facultades este porcentaje baja muchísimo, por ejemplo en la Facultad de Ingeniería es del 10%. Esto hace que en algunas Universidades la carrera de Ingeniería cueste tres veces más que en Alemania.

Pero esto es más complejo de lo que parece a simple vista. En otros tiempos me alarmaban los bajos rendimientos y el alargamiento de las carreras, y después he constatado que países tan serios como Alemania no sólo permiten que los estudiantes se queden en la Universidad durante diez años, sino que aceptan darles becas para seguir hasta tres carreras distintas con tal de que no entren antes de los treinta años en el mercado de trabajo. Hay países que destinan un porcentaje importante a este tipo de políticas. En Estados Unidos, contra lo que todo el mundo cree, más de la mitad del gasto universitario está destinado a becas para estudiantes, y sólo el 20 % del gasto universitario es para investigación. En Estados Unidos se gastan anualmente sesenta mil millones de dólares en becas para estudiantes. ¿Por qué? Porque están convencidos que la universidad es un agente de socialización, de integración social. En la Argentina, sobre un millón de estudiantes, expulsamos a ochocientos mil. Esto me parece gravísimo, sobre todo en una sociedad desintegrada como la argentina. Creo que la Universidad no sólo no está cumpliendo el rol de integrador social sino que más bien acentúa la desintegración. Entonces me parece que la cuestión de los bajos rendimientos, ligada a la expulsión de los estudiantes, es un problema gravísimo.

Respecto del segundo tema que anunció Pedro Krotsch quiero señalar que lo que suele aparecer como un problema no lo es: la Argentina no tiene ningún déficit de recursos humanos profesionales. En cambio, tiene un serio déficit en la aplicación del conocimiento. A la Argentina no le faltan profesionales sino que le sobran: la exportación de profesionales argentinos

en el exterior es varias veces superior a la exportación de futbolistas. Tenemos cerca de cien mil graduados argentinos en el exterior. O sea que el problema argentino no es de déficit, tenemos una oferta vastísima- más que en toda la Comunidad Económica Europea en conjunto, medido con diversos parámetros, tal como la oferta de diplomas. En este momento, faltan egresados en algunas aplicaciones como minería, geología, petróleo, pero en general nuestro problema consiste en que siempre trabajamos con la hipótesis de que el sistema universitario argentino está trabajando para satisfacer las demandas del mercado: en términos absolutos no hay demanda en el mercado profesional, aunque sí en algunas especialidades.

Ernesto Villanueva: Tengo la sensación que los sucesos de diciembre del 2001 han inaugurado la posibilidad de un país distinto en un contexto mundial complejo, que se caracteriza en particular por la intención de un debilitamiento de los estados nacionales excepto uno, que es Estados Unidos. Y me parece que las preguntas que nos deberíamos hacer en las universidades públicas devienen de esta situación nacional e internacional. Enunciaré cuatro preguntas y alrededor de ellas sugeriré algunas respuestas.

Una primera pregunta está referida a qué carreras necesitamos, una segunda pregunta referida a qué estudiantes necesitamos, una tercera sobre qué docentes necesitamos, y una cuarta, teniendo en cuenta respuestas a las tres primeras preguntas, sobre qué estructuras de poder necesitamos para llevar adelante esos cambios.

Comparto muchas de las cosas que se han dicho en esta mesa; incluso pienso que profundizan bastante algunas de las cuestiones que yo planteo quizás bastante más esquemáticamente. Por ello, no quiero detenerme tanto en los diagnósticos sino en propuestas muy sencillas.

La primera, que deberíamos encarar como objetivo estratégico, es el de corregir el perfil excesivamente profesionalista de las universidades, que a mi juicio deforman absolutamente todo el esquema universitario. Eso no fue corregido, por el contrario, fue incrementado desde 1918 en la Argentina, y también ha formado parte de una tradición que debemos corregir. ¿Qué significa esto? Tenemos que hacer un fuerte hincapié en una formación generalista o general para el conjunto de las carreras.

Se planteaba que es mucho más fácil escolarizar que dar conocimientos poderosos; lo cierto es que con la situación educativa que vive la Argentina es importante que demos una fuerte formación general para el conjunto de las carreras, independientemente de que algunas de ellas después van a ser generalistas. Esa formación general tiene que llevar un año o incluso dos. La implementación se debería pensar para cada caso, distinta por región, por tradición universitaria. Pero hay muchos temas imprescindibles: el idioma, la matemática, la capacidad crítica, la informática, la historia, el pensamiento científico. Todos estos son temas claves, de los cuales encontramos que nuestros estudiantes vienen muy desprovistos.

Una tercera cuestión es que debemos encontrar la legitimación de nuestros egresados por caminos distintos. Con esto quiero decir que nuestros egresados transitan objetivos distintos y me parece que cualquier reduccionismo desde la lógica económica o de mercado hacia los filósofos es tan mala como la lógica de los filósofos hacia el mercado. Un especialista en derecho tributario tiene que tener muy en cuenta las características de mercado, un especialista en Kant debe tener en cuenta otros aspectos, y me parece que todos son útiles. La universidad tiene profesionales, generalistas, tecnólogos o ingenieros, y académicos. El mundo de los doctores en la Argentina es de los más débiles que hay. Deberíamos respetar estos cuatro perfiles, y no dar soluciones simplificadas para cada uno de ellos. Llamo "simplificadas" a las soluciones reduccionistas, tratando de invadir desde una esfera hacia la otra. En este sentido me parece muy importante que seamos conscientes y tratemos de corregir la situación de las Ingenierías: los egresados son apenas el 4,8% de los ingresantes. Esta cifra es increíble. Pero lo peor de eso es que cuando uno habla con los docentes de la Facultad de Ingeniería no creen que haya un problema: creen que es el mecanismo natural que regula el mercado. Me parece que el tema de las Ingenierías es clave. Me parece que también es clave que tengamos políticas activas para no incentivar las carreras de Medicina y de Derecho. Resulta muy triste analizar la distribución de los médicos en la Argentina, de qué trabajan, los sueldos que tienen. En ese sentido creo que se requieren políticas focalizadas en el área de los profesionales, en el área de los tecnólogos, en el área de los generalistas y en el área de los

académicos. En Argentina en este momento egresan alrededor de 400, 450 doctores por año, mientras que en Brasil hay 5000. Es posible que nuestros médicos sean muy superiores. Pero yo cito esa frase de "perro que ladra no muerde: lo importante es que lo sepa el perro, no uno". Lo importante es que los demás crean que nuestros doctores son buenos, pero que lo digamos nosotros no tiene tanta importancia.

Una cuarta cuestión es el tipo de carreras que necesitamos. Sobre esto me gusta decir que hay vida fuera de los papers. (risas). Comparto gran parte de los objetivos del Programa de Incentivos, pero ha tenido un efecto perverso en varios planos. Deberíamos complementar ese Programa de Incentivos con otros instrumentos que reorienten la dirección de las investigaciones. El Programa es bueno en el sentido de que promueve cierta modificación en la cabeza de muchos docentes que estaba muy anquilosada. Es mala en el sentido que se simula una investigación puramente de papeles, entonces se desvirtúa su sentido. Lo interesante es que esa remoción cerebral, esa revolución, se exprese en una cultura docente de investigación. Eso no se ha logrado, es un desafío grande para todos nosotros.

Una quinta cuestión es qué alumnos queremos. Me parece lamentable el hecho de que haya un 18% ó 19% de egresados en la Argentina. Debe ser un problema a atender, preferentemente en nuestras universidades públicas. Debería haber una preocupación sincera, real, por la deserción universitaria en la Argentina, porque en rigor lo que ha ocurrido en los últimos años es que esa deserción es la respuesta perversa al ingreso irrestricto. A los estudiantes les dicen que sí al principio y después de una u otra manera los expulsan. La existencia de materias filtro es conocida de todos. La verdadera preocupación para que haya más egresados de calidad- más egresados y de calidad- es fundamental. No imagino una universidad pública si no logra atender e implementar soluciones a este problema.

Una sexta cuestión en el tema de los estudiantes: la baja cantidad de estudiantes de postgrado por carrera en la Argentina. Yo creo que son menos de 40.000. Por ahí son 50.000 pero en la CONEAU hicimos un cálculo y resultaron 34.000. No sé la cantidad exacta, pero es tristísimo: 1.200.000 alumnos de grado y 30.000, ó 40.000, ó incluso 50.000, como

exageración, de postgrado es tristísimo. También, insisto, en que por más que haya carreras de grado de catorce años y los demás países tengan carreras de cinco años, la gente cree que los grados son los mismos. Es así. Si no tenemos un nivel de postgrado poderoso en la Argentina es difícil que sigamos avanzando como avanzamos a principios de siglo. Me parece que tenemos que tener una gestión bastante más activa respecto de los estudiantes.

Respecto a la pregunta acerca de qué tipo docentes necesitamos quisiera resaltar un par de cosas. En esta mesa se mencionaron problemas bastante más importantes, sin embargo quiero recuperar algunas cuestiones relacionadas con la docencia: terminar con el sistema feudal de cátedras. No es necesario buscar muy lejos: la Facultad de Ciencias Económicas. Esa Facultad ha terminado con el sistema de cátedras, solución esta que tiene la ventaja de desgajar conocimientos del poder político. Existen cátedras con decenas de auxiliares que pervierten la dinámica académica en verdaderos grupos de presión dirigidos por los titulares, convertidos en caciques de tribus sanguinarias. ¿No sería más sano para nuestras universidades un esquema de multiplicidad de cátedras, que convierta la cátedra paralela en un elemento del pasado?

También se ha hablado mucho de modificar sustantivamente el sistema de dedicaciones. Este sistema tiene un origen histórico. Son tan bajos los sueldos en las dedicaciones simples, entre otras cosas, por la hegemonía de abogados, de profesionales de las ciencias económicas y médicos. Si tuviera una tarjetita que dijera "Fulanito Titular de Derecho Rural", no necesito cobrar un sueldo de la universidad, casi estaría dispuesto a pagarle por ese cargo. No en vano el titular de esa cátedra por muchos años fue el doctor Martínez de Hoz. Eso me permite obtener ingresos por fuera de la Facultad. Y en las ciencias sociales y en las ciencias duras somos víctimas de ese profesionalismo excesivo en las universidades. Y a esto se añade otro problema: en la Facultad de Ciencias Económicas es difícil lograr que mucha gente -aunque se le pague sueldos muy altos- tenga dedicación full time. Más aún, es difícil lograr buenos profesores en distintas áreas, por más sueldo que se les pague. Incluso en algunas Universidades Nacionales, como la de Quilmes, originalmente se les pagaba sueldos más altos a los economistas que al resto, porque si no, no

aceptaban el cargo Y toda la estructura de salarios en la Universidad está marcada por el profesionalismo.

También deberíamos cambiar el sistema salarial. Este año hemos tenido conflictos muy grandes en esa materia, y por lo que yo sé - puede ser que me equivoque- no hay ninguna propuesta de transformación del sistema salarial. Ha habido reivindicaciones fundamentales y básicas sobre el concepto del salario en blanco, pero me gustaría que el esquema salarial sea distinto para los docentes. Por ejemplo, un esquema que reivindique específicamente el presentismo, esto es, la dedicación real.

El último tema que quiero plantear es la necesidad de implementar algunas modificaciones en la estructura del poder de las universidades para solucionar estas cuestiones. Soy partidario de una reforma política profunda en la Universidad, así como una reforma profunda en el sistema político de la Argentina. Existe una estructura de poder que paraliza el cambio en las universidades. La idea del demos universitario, donde todos se ocupan de todo no es cierta. No hay democracia directa en las universidades. Hay una democracia indirecta, en la cual los representantes tienen una forma de gobierno parlamentario. Y los gobiernos parlamentarios son muy conservadores, todos los que estudian Ciencia Política lo saben, Si a este tipo de gobierno se le agrega una cierta tradición de reivindicar muchísimo a las minorías, que es una deformación propia del sistema, en los hechos muchas veces los cambios no se pueden hacer si no se logra el 90% del acuerdo. Con que haya un 15 ó 20% en contra ya no se avanza. Los que han sido integrantes del Consejo saben, que se es muy hipercrítico con las propuestas de cambio y muy conservador con la realidad. Ante esto yo planteo una solución muy sencilla: voto directo ponderado. No es voto directo, porque si no desaparecen los docentes, pero sí ponderado. Es importante que no haya una mediación entre el votante y la designación de un Rector, o de los Decanos.

Otra de las cosas que planteo siempre es la diferencia entre los derechos políticos y la carrera académica: me parece nefasto atar el concurso a los derechos políticos, atar los derechos políticos a cierto tipo de educación. Prohibir las reelecciones indefinidas en los cargos es otra reforma necesaria: en la UBA hemos tenido un Rector durante 16 años. Declarar incompatible la presencia en los órganos colegiados por parte de

estudiantes y graduados con la pertenencia asalariada a la universidad. Creo que este problema la UBA lo ha resuelto hace poco, y se está cumpliendo. Es un rasgo ético mínimo.

Soy partidario de que se analice seriamente la posibilidad de poner cupos para las mujeres- evidentemente la clase política universitaria es mucho más machista que la clase política argentina: cuando se analiza el género del conjunto de los Rectores, de los Decanos, se encuentra una proporción que no es la de la Argentina. Soy partidario de diferenciar más claramente las funciones de los organismos colegiados de los organismos unipersonales: la ejecución no puede estar a cargo de tres personas. En una cátedra, tres personas no pueden hablar a la vez: habla uno, es así. Si se trata de hacer alguna actividad, la parte ejecutiva es muy difícil cuando hay dos o más personas. Entonces nos encontramos con esa deformación (que no estaba en la Reforma universitaria).

Me gustaría que revisáramos la historia de la Reforma: la Reforma universitaria no impuso la incorporación de los graduados al gobierno, que se hizo desde 1957. La reforma universitaria conservó los aranceles hasta 1949 o 1951, no recuerdo. A veces se genera una especie de mito, según el cual las cosas que nos gustan las relacionamos con la Reforma universitaria. Y recordemos la característica más básica de la Reforma: que es que vino después de Hipólito Yrigoyen. No antes, después. La Reforma acompañó los cambios que habían ocurrido en el país. Eso es la historia argentina, eso es la tradición argentina. En otros países sí ha estado delante, como en Guatemala, o en el Perú.

Por último, dos pequeños comentarios. Creo que las universidades deberían inhibirse de crear carreras profesionales si no es con un acuerdo con un ente superior, del CIN o del Ministerio. Los Rectores - no tanto acá, en la Capital, pero sí en las Universidades del interior - son muy débiles frente a las presiones del intendente, o del gobernador. Está el ejemplo nefasto de Derecho en la Universidad de la Patagonia. Comenzó la Universidad de La Plata prometiendo una carrera de derecha arancelada en Comodoro, pero después la víctima fue La Patagonia. Si hubiera una incapacidad legal de la universidad para hacerlo sería mejor. Se trata de temas en los cuales ni un Rector ni una comunidad universitaria pueden lidiar, frente a la presión de la comunidad. Y por último, también deberían

inhibirse de establecer actividades académicas fuera de la zona de influencia de la entidad. Hay universidades privadas, pero también nacionales, que hacen cosas por fuera de su región. En la Capital Federal sin ir más lejos trabajan universidades cuyas sedes están a más de 50 kilómetros.

Emilio Tenti: La delimitación de las regiones se complica con la educación a distancia y las nuevas tecnologías

Ernesto Villanueva: Sí, en la educación virtual, pero no en las actividades presenciales.

Victoria Kandel: Voy a hacer un comentario corto. Primero retomo lo que dice Ernesto acerca del cupo femenino, porque en un trabajo de tesis que acabo de terminar hice un estudio sobre Consejeros Superiores y directivos en la UBA, y entrevisté a quince varones y dos mujeres, y en el Consejo Superior no hay mujeres estudiantes, por ejemplo. Es algo como para pensar.

Sandra Carli: ¿Y a nivel de Decanos y Secretarios?

Victoria Kandel: Hay una Decana.

Además de las cosas que dijeron acá, que concuerdo con el diagnóstico y con algunas propuestas, se me ocurría que algo en lo que también tendríamos que pensar es en la reflexión que hasta ahora se produjo acerca de la universidad. No sé si animarme a llamar a esto un campo de estudio sobre la universidad. Pedro, vos hablás de campo de estudio en un libro tuyo. Pensaba en un esquema que hizo Bruner hace ya bastantes años. Él decía que hay dos grandes tendencias o dos grandes corrientes de estudios sobre la universidad. Una es la organizacional y otra es la histórica, se la podría llamar también social, o filosófica.

Me parece que uno de los problemas que se presentan si uno hace una revisión de estado del arte de la investigación sobre la universidad, la investigación organizacional o socioorganizacional o la organización estadística, todas estas cosas ligadas, conforman una suerte de campo

hegemónico. Esto que traía Francisco, estas preguntas acerca del sentido que también mencionabas vos, Augusto, todas estas cosas que nos estamos preguntando acerca de cuál es el sentido de la Universidad o cómo se hace para recuperar el espacio público y el uso público de ese espacio universitario, son cosas que desde la perspectiva organizacional no tienen muchas respuestas, pero desde la reflexión filosófica o desde el recupero de la historia universitaria uno podría encontrar claves. Me parece que ahí hay un déficit o un avance más lento respecto a este campo o este subcampo más reflexivo.

Augusto Pérez Lindo: Quería señalar un ejemplo de la predominancia de los estudios sobre pedagogía: en el Encuentro Nacional sobre la Universidad como objeto de investigación que se realizó en Tucumán, el 70% de las mesas y de las participaciones estaban ligadas a pedagogía universitaria. Además, sobre los 24 postgrados de educación superior hay 17 de pedagogía universitaria. Ese es otro aspecto que no hay que olvidar.

Victoria Kandel: También hay mucho de gestión. Creo que deberíamos pensar en el lugar que tenemos quienes investigamos o quienes de alguna manera pretendemos hacer algo a nivel de producción conceptual sobre el tema de la universidad respecto al lugar que tenemos adentro de la universidad. Porque me parece que un segundo tema para pensar y para agregar al diagnóstico sobre la Universidad de Buenos Aires es que una de las cosas que le están faltando a nuestra Universidad es un espacio para reflexionar acerca de sí misma. Ernesto señalaba que hay temas pendientes, me parece que este es uno de ellos: generar espacios adentro de la universidad donde, a través de la modalidad que sea- seminarios, cursos, bibliografía- tanto los estudiantes como los docentes podamos discutir, leer y ponernos a pensar acerca de cómo es esta Universidad, cuál es su historia, cuáles son sus principales protagonistas, cuál es su forma de gobierno o cuál es su forma de organización política, académica. En ese sentido, sería bueno que la Universidad de Buenos Aires creara algún espacio en todas las Facultades, en el Ciclo Básico Común sobre todo, para instaurar el tema de una reflexión sistemática sobre el tema de la universidad. Me parece que la falta de reflexión que tiene la universidad

sobre sí misma produce como consecuencia este vínculo pragmático, utilitario, con la universidad. Sumado a todo lo que dijeron quienes me antecedieron: la creciente profesionalización, la desciudadanización, son cosas que me parece que tienen que ver con esta ausencia de reflexión o de conocimientos acerca de nosotros, de nuestra historia.

Pensando en el título de la convocatoria, La Universidad como espacio público, se me ocurre que también ligado a esto hay que reflexionar acerca del uso de este espacio. Qué uso hacemos los docentes, qué uso hacemos los estudiantes. En este sentido hay un problema muy grave que tiene que ver con la condición edilicia de la Universidad de Buenos Aires. Nosotros tenemos muy pocas posibilidades de usar el espacio porque no tenemos lugares físicos adonde estar: una buena biblioteca, un buen comedor, que son cosas que parecen secundarias pero tienen que ver con la vida universitaria y con la experiencia universitaria, que es lo que tenemos muy poco. El Instituto Gino Germani es un ejemplo, y lo estamos discutiendo muchísimo en nuestro cuerpo colegiado: las dificultades que tenemos para habitar el espacio, para estar aquí adentro, y como no podemos habitar este espacio no nos podemos encontrar, no podemos discutir, no podemos intercambiar, no podemos conocer lo que hace el otro. Y eso se traslada a cada una de las instancias, porque la virtualidad no alcanza como para lograr un real intercambio. Entonces es un problema que no se me ocurre cómo resolver, porque justamente con estos niveles de masividad es muy difícil tener un edificio adecuado, pero se trata de un problema en el cual por lo menos habría que pensar.

Una última reflexión, respecto a los estudiantes, al movimiento estudiantil: hay enormes diferencias entre el espíritu del movimiento estudiantil de 1918 y el actual. Tienen que ver con el contexto, con las propias características de los protagonistas, y con muchas otras cosas, que hacen que realmente se diferencien ambos momentos. Una de esas diferencias tiene que ver con la proyección que tenían los estudiantes, el movimiento reformista en el '18 y la proyección en cuanto a los reclamos, en cuanto a la lectura de la situación universitaria y la que tienen los estudiantes hoy. Los estudiantes en el '18 le hablan "a los hombres libres de Sudamérica". Pensaban en un cambio universitario vinculado básicamente al tema del gobierno y la democratización. Y sostenían que ese

cambio debería generar algún tipo de impacto en el contexto nacional y en el contexto latinoamericano. Existía una conciencia de la condición argentina y la condición latinoamericana. Eso no lo veo en el movimiento estudiantil en la actualidad: los reclamos y las preocupaciones de los estudiantes militantes – que por cierto son muy pocos -, o las propuestas que acercan a los cuerpos colegiados, son propuestas vinculadas básicamente con el bienestar estudiantil y con la condición de alumno. Salvo casos aislados de agrupaciones estudiantiles que tienen algún lazo con algún partido político. Pero en general lo que se puede observar es que desde el movimiento estudiantil la mirada no está puesta en la Universidad dentro de la sociedad sino en la Universidad sobre sí misma.

Francisco Naishtat: En general tengo muchos puntos en común con las diferentes ponencias pero quería dirigir simplemente dos preguntas: una a Augusto y otra a Ernesto.

Como filósofo me interpela la idea de los fundamentos, la idea de que nuestra universidad no tiene fundamentos - en gran parte yo estoy de acuerdo, no quiero defender una idea fundamentalista de los fundamentos de la universidad. Si por fundamentos se entiende una esencia ontologizada que esté allí *sub specie aeternitatis*, no, no concuerdo para nada con ese concepto de fundamento. No obstante, en una época en que hay una gran orfandad de ideas acerca de cómo debe posicionarse y plantarse la Universidad en el mundo contemporáneo, la noción de fundamentos en el sentido de tener ideas regulativas de la Universidad me parece necesaria, importante, urgente. Podríamos suscribir a la tesis posmoderna de los '80 de que estamos en el fin de los macro relatos y en este momento hay una suerte de festejo de la ausencia de los fundamentos (nihilismo lúdico, como le gusta decir a Vattimo), de un retorno a un pluralismo de los juegos de lenguaje y a la idea fractal de las minorías de los micro relatos. Pero creo que esa situación muy característica de los '80 no se condice con los problemas que estamos atravesando hoy. Los grandes problemas de la mundialización son problemas que interpelan a la sociedad: problemas de orden ecológico, de supervivencia de la humanidad, de cuestionamientos en torno a cuestiones de la ciencia y de su uso y de la moral que hay detrás de su uso científico, problemas de bioética y de biopolítica. Un sinfín de

problemas que requieren de ideas reguladoras, no de fundamentos ontologizados. De ideas que tengan no sólo una base adaptativa, que adviertan los procesos y propongan acciones adaptativas, sino devolver a la universidad una visión crítica del presente, lo cual quiere decir también una visión transformadora y no correr detrás darwinicamente de los procesos y del adaptarse para sobrevivir. Esta idea de supervivencia es la preponderante en la mayor parte de los discursos sistémicos de la universidad: digamos cómo hacer para adaptarnos al gran tren de transformación del mundo contemporáneo. En cambio deberíamos poder puntualizar qué puede la universidad decir al mundo para que el mundo no ande como está andando. Fijar un posicionamiento crítico de la universidad. La pregunta que quería dirigir a Ernesto va en esta dirección: me pareció detectar en tu ponencia una preocupación por este último problema. Comenzaste diciendo hoy estamos en un problema de debilitamiento del Estado (exceptuando el reforzamiento de los Estados Unidos), partiste desde un diagnóstico que era político. Y luego lo diluiste enteramente en la continuación de tu desarrollo, al favorecer esa división entre el cuerpo colegiado científico según el modelo convencional consagrado y los aparatos administrativos a la manera estándar y convencional como en el modelo preponderante hoy. Me gustaría saber cómo se condicen ambas cosas. Porque si por un lado hay un diagnóstico de debilitamiento de los Estados y reforzamiento de un solo Estado, quisiera que desarrollaras la forma en que la universidad debe posicionarse en ese punto, y cuál es su papel político y cómo debe cumplirlo.

Y por otra parte, escuché muchas críticas en relación a las estructuras de poder de la universidad, a las formas de reproducción del poder. Los ejemplos de conservadurismo son muy adecuados para el caso de la UBA, pero también hay otros aspectos del poder que por lo general se escapan a los que hacen crítica del gobierno colegiado. Uno es el aspecto del gobierno sistema. El sistema tiene un gran peso en la forma de vida universitaria, habría que analizar cómo nos planteamos también formas democráticas, colegiadas y deliberativas para el gobierno del sistema universitario, un gobierno que a todas luces no es transparente, ni colegiado ni democrático, sino donde el peso de la política partidaria y partidista en un sentido decisionista es predominante. Sabemos desde la

Ley 24.521 que es fundamental el peso que tiene la política partidista en la elección de organismos como la CONEAU. Quisiera escuchar tu posición respecto a la manera en que nos podríamos proponer cambiar eso, porque forma parte del gobierno de la universidad y de la democracia del sistema universitario.

Augusto Pérez Lindo: *Ad primun dicendum quod*, como dirían en la Edad Media: respecto de la primera cuestión coincido totalmente con tu exigencia filosófica y en cierta manera habermasiana, de encontrar en la comunidad universitaria interlocutores que piensen racionalmente para justificar su acción. Soy partidario de que la Universidad genere modelos de conocimiento, modelos de pensamiento que orienten a la sociedad. No sólo es un problema de la Universidad sino que es un problema del país: éste es un país que no se rige por modelos de conocimiento ni por modelos de pensamiento. En otros momentos, los militantes universitarios se tiraban los libros de Sartre, de Marx, de Mao, de Perón, de Jauretche y de otros autores por la cabeza, había confrontaciones de modelos de pensamiento y de ideologías. Hoy eso no existe, ni en el café de la esquina ni en la Universidad. Hoy no existe una cultura del conocimiento que sea la referencia. En este retroceso que la Universidad experimenta sobre su propio espacio respecto de la cultura del conocimiento se refleja la sociedad argentina. Actualmente, el proletariado intelectual va a la saga de los operadores políticos. Lo que define a esta sociedad es la praxis política, no la ideología, no los modelos de conocimiento. No es que yo sea partidario de eso, pero constato que es así. Yo preferiría que tuviéramos por lo menos algunos valores, modelos, y perspectivas para dar respuestas a la nuestro país y a la humanidad.

Ernesto Villanueva: Voy a hacer una reflexión acerca de la relación entre la universidad y el Estado. Efectivamente, soy de los que piensan que la universidad pública argentina mira excesivamente al Estado argentino y ve poco el aspecto internacional. Y demasiadas veces, en esa táctica, termina haciendo el juego a otros Estados nacionales. Pienso que hay que reformular la relación entre la Universidad y el Estado. Más claramente: en este proceso globalizador hay un intento fuerte que un conjunto de

potestades, que tradicionalmente han estado a cargo de los Estados nacionales, pasen, para su administración, a una supraentidad: desde el tema militar hasta el tema de la educación. En ese plano, las universidades públicas argentinas tendrían que estrechar filas.

La otra pregunta que me surgía se relaciona con la adopción de otros modelos, pensando en la diferenciación de Geoffrey Alexander entre un modelo bipolar versus un modelo único. Es posible que ese modelo sea mucho más útil que el que tenemos para los objetivos que nos proponemos. Puede ser. Es simplemente una estructura de poder apta para algunos cambios. De la adopción, por ejemplo, de los derechos universales del hombre de la revolución francesa no deducimos nosotros que vamos a hacer una política como la francesa. De todos modos yo no adhiero a ese esquema de Alexander. Mi planteo se refería a diferenciar los organismos unipersonales de los colegiados. Por supuesto en los organismos unipersonales pueden incluirse académicos, y en general lo van a hacer. El sistema más norteamericano, donde la gestión está a cargo directamente de un administrador, o una figura similar, puede funcionar para el área de legales o de algunas cuestiones administrativas, pero a mi juicio se requiere un rector que tenga la doble faceta. Eso respecto de tu primer comentario.

Respecto de lo segundo, también creo que tal como están las cosas, las universidades *per se*, es muy difícil que se reformen, a partir de una iniciativa interna. Las universidades tienen una dinámica corporativa, porque los universitarios tenemos una característica: somos seres humanos como todos los demás. Y somos una corporación. Es muy difícil que si no hay señales políticas o del mercado, alguien cambie. ¿Por qué? Porque la primera actitud del poder con que uno se topa es la más inmediata. Resultan necesarias estructuras políticas que señalen estas cosas. Deliberadamente, las cosas que planteé tenían que ver con quién era el actor que llevaba adelante estos cambios: los argentinos, no sólo los titulares de tal cátedra. Me parece que en ese sentido tenemos una responsabilidad importante. Incluso planteé la propuesta de renunciar a la soberanía de crear carreras nuevas profesionales. No cualquier carrera, sino sólo las profesionales. Porque realmente me da la sensación de que las universidades somos débiles frente a esa situación.

En relación a la preocupación por la CONEAU- aprovecho a señalar que no hay varios organismos, hay uno solo, desde la Ley 24.521, que es la CONEAU- y la participación de los presuntos políticos, creo que lo que simplemente hace es establecer cierta diferenciación sobre la hegemonía de la Unión Cívica Radical en los años '80. Nada más que eso. Todos los integrantes de la CONEAU son académicos, tanto los designados por las estructuras académicas como los que no. Por ejemplo, están Pedro Krotsch y Adriana Puiggrós. Ambos han escrito algún libro juntos. Pues bien, el primero integra la CONEAU a propuesta de los rectores de universidades nacionales y la segunda a propuesta del Senado, No hay tanta diferencia entre esos académicos. La cuestión de las fuentes de poder, sí es un tema muy fuerte en la Argentina. Tradicionalmente, en la Argentina, ha habido una división entre intelectualidad y movimientos populares. No ocurre lo mismo en Brasil igual, o en Chile. En Chile son idénticos, los rectores de los partidos políticos son idénticos. En la Argentina ha sido diferente, y entonces existe una situación de tensión. Las universidades públicas a partir de 1983 estuvieron en manos de la Unión Cívica Radical, lo que no se condice con la relación de fuerzas existente a nivel nacional. No fue la intención del gobierno de Menem replicar la política nacional en un organismo como la CONEAU: recordemos que el proyecto original preveía una composición distinta pero fueron los legisladores quienes pusieron seis representantes. No fue algo muy pensado. No obstante, el resultado, hasta ahora, es que esta configuración permite que el sistema sea menos corporativo que si se hubiera dejado sólo el CIN. A mí me gustaría hacer un estudio sobre la dinámica actual del CIN, que tiene enormes debilidades que deberían superarse si pretendemos que esa instancia sea algo más que un foro de discusión financiera.

Emilio Tenti: Quería hacer una reflexión acerca del tema del sentido. Me pregunto si esta pérdida de sentido, entendido éste como sentido unificado, un sentido colectivo, nacional, estatal, no tiene que ver con la crisis del Estado nacional y de la política. No sé hasta qué punto la diversidad sola puede reconstruir ese sentido si no se reconstruyen lo público, el Estado y la política. En última instancia el sentido colectivo viene por la política. Y no puede recuperarse sin una reconstrucción del campo político, si la

democracia argentina no logra superar la crisis de legitimidad. En la actualidad se observa que el Estado va perdiendo el monopolio de la "violencia simbólica", es decir, de la capacidad de imponer ciertos significados (todo lo que tiene que ver con el poder de "oficializar"). En el momento de apogeo del Estado nacional, el aparato universitario tenía una función propia de ese Estado. Pero éste tiende a diluirse. Una prueba del debilitamiento de este monopolio es la existencia cada vez más numerosa de agencias internacionales no estatales de acreditación de carreras, de títulos, diplomas, etc. Incluso en la Argentina existen instituciones educativas acreditadas por instituciones privadas internacionales según la normativa ISO 2001. En este sentido las cuestiones de sentido no se resuelven en el campo de la política universitaria sino que remiten a la política sin adjetivos.

Otro tema interesante es el que tiene que ver con la teoría del cambio o reforma institucional. Las instituciones ¿cambian por sus contradicciones internas? ¿O por la intervención de factores exógenos? Yo estoy cada vez más convencido, coincidiendo con Ernesto, que la Universidad va a tener que cambiar por factores exógenos. No veo una dinámica interna de la Universidad que lleve a algún tipo de cambio. Al contrario, veo la parálisis, en el sentido de la contradicción que mencionaba hace un rato: existe una situación que es insatisfactoria para todos, no hay nadie que en ningún nivel esté de acuerdo con la realidad tal como es, pero al mismo tiempo hay una incapacidad absoluta de generar un proyecto superador. Así que no me queda más que confiar en la acción de variables externas.

Sandra Carli: Veo que una parte de las intervenciones plantean de distintas maneras las dificultades de cambio. Estos veinticinco años de democracia, el ciclo que va de 1983 a 2005, están caracterizados por vaivenes complejos de la democracia política, cambios profundísimos y traumáticos de la situación en la Argentina, procesos de movilidad, reducción de las clases medias, una serie de fenómenos bastante complejos que no los podemos dejar afuera en el momento de pensar las tendencias de cambio conservadoras o no de la universidad. En el caso de la universidad pública se ha dado una combinación de cosas, no una tendencia

conservadora pura sino una combinación de esfuerzos hacia la modernización, tendencias conservadoras, anacronismos, todo eso mezclado. Tanto en los espacios de la representación política, en los trabajos institucionales y en la producción de conocimiento, todo eso está mezclado con los procesos que atravesó el país, y es bastante complicado en relación a que no hemos vivido un proceso de cambio lineal, ascendente, sino la mezcla de tendencias regresivas y progresivas según el sector.

En relación a esto pensaba, primero, cómo impacta esta cuestión sobre la representación política. Una de las cuestiones que plantea Francisco es, de alguna manera en la universidad pública argentina no queda otra alternativa- no sólo por fundamentos sino también por la propia realidad histórica- a que los académicos tengan una mayor participación política sobre la vida universitaria. No es posible hacer una separación tajante. La pregunta en este sentido: si es posible deslindar esa cuestión, si es posible hacer separaciones tan tajantes teniendo en cuenta el proceso histórico, el proceso presente, y seguramente la proyección del futuro en la Argentina.

El otro tema que quería plantear se relaciona con el sentido de la formación. Hay preguntas que tienen que ver con la Universidad que se vinculan con el sentido de formar nuevas generaciones de jóvenes en un país que no demanda grandes niveles de inclusión profesional o académica en el mercado de trabajo y en el desarrollo científico tecnológico. Y donde además el Estado siempre termina teniendo dudas respecto de lo adecuado de la inversión, a si la inversión es suficiente o excesiva, a qué efectos tienen las políticas de becas para estudiantes, sea para la culturización de los jóvenes o para el uso productivo del conocimiento, en la línea que planteaba el texto de Adriana Puiggrós, "El lugar del saber". Es decir, qué sentido productivo tiene la inversión en conocimiento, o sea la inversión en la universidad, en términos de desarrollo del país.

Pedro Krotsch: Lo dejamos como pregunta abierta. Esta discusión fue riquísima, se abrieron miles de puntas. Desde mi perspectiva personal veo que hay un corte fuerte en la discusión, que tiene que ver con el aspecto de profesionalista o no profesionalista de la Universidad. Esto aporta a toda la discusión de qué es el espacio público y desde qué universalidad puede

hablar la Universidad. Estamos en presencia de una Universidad básicamente corporativa y profesionalista, entonces hablar de lo universal desde ahí es complicado.

Pasamos al segundo punto, que tiene que ver con la pregunta acerca de la centralidad de la UBA. Si se lo piensa históricamente se advierte que en cuanto a la reflexividad de la UBA, reflexividad que señalaste muy bien, Victoria, esta incapacidad de repensarse permanente, es un tema nodal. Se observa en la Universidad una cierta melancolía o mejor autocomplacencia respecto de su lugar en el sistema. Pensamos todavía en la UBA que es la única Universidad Nacional por ejemplo y que es la única que existe en el conurbano. La situación es muy distinta, ha habido una emigración, hay competencia en el mercado, hay pérdida de centralidad en el campo de las instituciones y en el campo de los profesores. Esto sucede en casi todas las disciplinas. Esto significa que el escenario en que se mueve la UBA hoy, por lo menos en el área metropolitana, es un escenario distinto al de los '60. Hemos pasado de una universidad que podemos llamar de élite a una universidad de masas, de una universidad con vínculos estrechos con el Estado y sus instituciones a una universidad cuyos vínculos con el establishment ya no son tan firmes, una universidad menos ligada a la alta cultura y más ligada a la cultura de masas. En resumen se vive una crisis de hegemonía y de legitimidad que se tiene que reflejar en una crisis de la institución. Al respecto como creo que ya señalé creo hemos pasado de ser La Institución vivida como nacional a una organización en competencia con otras y esto requiere construir una misión y una identidad lo cual a su vez tiene que ver tanto con la memoria como con la imagen de futuro. La pregunta de este segundo componente tiene que ver con esto y lo que podemos hacer es vincular esto con la tercera pregunta: el nuevo escenario competitivo de la UBA en un sistema complejo, y cuál es la previsión, qué perfil o qué modelo de universidad imaginamos, a qué modelo podemos aspirar a diez años. Algunas cosas ya se mencionaron al respecto.

Ernesto Villanueva: Hasta hace no mucho tiempo la UBA era una de las seis Universidades que existían en Argentina. Y como bien señalás, Pedro, le ha costado mucho reconocer una realidad distinta. Entonces en lugar de adoptar una posición de centralidad adoptó muchas veces una posición de

esconder la cabeza bajo la tierra, como los ñandúes. Esto por parte de sus autoridades, no por parte de sus docentes, muchos de los cuales aprovechamos esa situación, entonces trabajamos en otras Universidades a las cuales reconocemos públicamente. Pero como institución se mantiene esa especie de negación. Eso hace que se subutilice la capacidad de la UBA. ¿Qué significa subutilizar? Que se debilita su posición hegemónica.

Dos ejemplos: Federico Schuster, Decano de la Facultad de Ciencias Sociales, participa en las reuniones de Decanos de Facultades de Ciencias Sociales y Humanas de Universidades Nacionales. Su postura es la de plantear “La Facultad de Ciencias Sociales de la UBA colabora con todos ustedes, hagamos cosas juntos, somos todos lo mismo”. Esa es una actitud posible. Otra actitud, opuesta, es la del Decano de la Facultad de Medicina de la UBA: “Yo a AFACIMERA (Asociación de Facultades de Medicina) no voy, porque en AFACIMERA está Ferreyra”. Entonces AFACIMERA está hegemonizada por universidades pequeñísimas privadas. ¡Y esto en el ámbito de la Medicina! En las ciencias sociales no ocurre eso, Federico Schuster dice “somos todos iguales”-. Esa actitud de colaboración, de cooperación significa una situación de centralidad que en el caso de Medicina se va perdiendo. Hay dos alternativas: dirigimos este proceso o lo negamos. Y si se adoptara la estrategia que propongo, tampoco estaría todo resuelto, recién ahí se abren multitud de cuestiones, porque la Universidad de Buenos Aires es mucho más compleja que muchas otras universidades, en número pero no sólo en número: tiene un perfil de carreras de grado, de orientaciones, de postgrado, que requiere una solución compleja.

Pedro Krotsch: Y de articulaciones corporativas

Ernesto Villanueva: Articulaciones corporativas, claro. Yo no tengo una solución para eso, pero adoptaría el camino de Schuster. Después de eso vienen las preguntas, que tampoco son sencillas en cada disciplina, son complejas. Distinto el caso de las Ciencias Económicas, de los ingenieros, de las carreras profesionalistas. La universidad, de hecho, tiene una primacía muy fuerte en la producción de doctores en la Argentina, eso se expresa todavía tibiamente. Desde el punto institucional todos dicen “la

UBA", y desde el punto de vista personal es diferente. Todos nosotros reconocemos a las otras universidades en nuestros currículo, pero no lo hace la Universidad como política institucional. Y repito, no tengo una solución al respecto.

Emilio Tenti: Creo que habría por lo menos tres situaciones típicas: una, la hegemonía. Pero creo que pretender la hegemonía no es no es ni conveniente ni posible. La segunda sería el aislamiento: que la UBA siga su propio camino sin tener en cuenta a las otras universidades del sistema público. La UBA es tan poderosa que puedo prescindir de los demás, puede aislarse de la CONEAU, seguir su camino en soledad, etc. En el aspecto cuantitativo la UBA tiene un peso específico importante, así que la tentación del aislamiento puede ser, en muchos casos, bastante fuerte. Y la tercera sería ser un *primum inter pares*. Yo optaría por esto último. Uno se puede preguntar no solamente cuál es el papel de la UBA sino también qué esperan las otras universidades de la UBA. Es probable que el resto de las universidades públicas esperen cosas de la UBA. Hay una configuración relacional, no se trata solamente de qué queremos nosotros, sino también de tomar en cuenta las expectativas de los otros elementos del sistema. En este sentido creo que hay una expectativa de orientación, de socialización de un capital que tiene esta Universidad: capital humano, capital de tradiciones, capital de equipamiento, posición estratégica, vinculación con el mundo. Hay una expectativa de que la UBA cumpla este papel. No conozco todos los campos disciplinarios, pero creo que en el de las ciencias humanas, de las ciencias sociales, hay una expectativa no sólo en las universidades del conurbano sino incluso en las del interior del país. En México esto existe incluso legalmente: la UNAM tiene una función deliberada que le asigna una responsabilidad con respecto al sistema universitario. Creo que el propio peso específico de nuestra Universidad (que no es ninguna esencia inmutable, sino el fruto de una historia, de determinadas relaciones de fuerza, etc.) nos obliga a optar por el modelo del *primum inter pares*, que no es ni hegemonía ni aislamiento.

Victoria Kandel: A mí me parece que en realidad esta pretensión de hegemonizar es reconocida. Si uno viaja, si habla con gente que estudia en

otras universidades, es absolutamente reconocida. Me recuerda a la relación que tiene Buenos Aires con las provincias

Ernesto Villanueva: Es igual.

Victoria Kandel: Entonces me parece que no concuerdo con esta propuesta que das, Ernesto, porque creo que lo óptimo para el sistema universitario público sería que se conforme realmente una red de universidades públicas. Además me parece que es una cuestión de tiempo, dentro de unos años seguramente esto va a ocurrir, por el crecimiento que están teniendo las otras universidades, y por la forma en que están importando docentes. Ahora son docentes nuevos en las universidades del conurbano, o del AMBA, pero dentro de unos años o décadas van a ser los docentes tradicionales de esas instituciones. Entonces lo esperable es que a lo largo del tiempo- pensando en la tercer pregunta que hacía Pedro- la Universidad de Buenos Aires pueda ser realmente una universidad más, con su tradición, y siempre va a ser más vieja que las del conurbano.

Ernesto Villanueva: Perdón por la interrupción, yo no creo que haya un incremento de la proporción de las universidades del AMBA en relación a la UBA en cuando a cantidad de matrícula. Aunque no tengo cifras.

Victoria Kandel: Quizás no en cuanto a matrícula, pero es posible que sí en cuanto a la capacidad de fijar políticas, o producción de conocimiento, o en la capacidad de liderar alguna suerte de espíritu crítico, en términos de la actividad académica. Desde la matrícula desde ya que no, porque incluso en los lugares donde hay universidades en el conurbano muchos siguen haciendo viajes larguísimos y siguen viniendo hasta la Ciudad de Buenos Aires para estudiar una carrera que podrían hacer en Quilmes o en Tres de Febrero.

Sandra Carli: Habría que analizar el tema de las universidades privadas, que implican otro reclutamiento social y formación académica

Victoria Kandel: Por eso mismo a mí me parece importante la conformación de un sistema universitario público. En ese caso sí creo que este sistema tiene que ser quien lidere toda la dinámica del sistema universitario.

Augusto Pérez Lindo: Esto es importante, qué raro que no apareció este corte público-privado, cuando todos sabemos que es una de las dinámicas fundamentales del conjunto del sistema.

En cuanto a la cuestión relativa al acrecentamiento de la oferta, no veo el problema, me parece un falso dilema. No veo en qué consiste el problema de que haya mucha oferta. Finalmente esa oferta, de una manera u otra, se puede encausar. De hecho, en el ámbito del Gran Buenos Aires hay demanda insatisfecha de educación superior. Si actualmente en la región ingresan 150.000 alumnos a la educación superior, podrían ser 300.000 tranquilamente si tuviéramos una tasa de escolarización europea. Pero el problema no está allí, sino en algo que se está discutiendo en la actualidad. Se ha organizado un foro de Rectores de universidades de Buenos Aires, de la UBA y del conurbano, para concertarse respecto al ingreso universitario. Soy partidario de tener un sistema de ingreso compartido con todas las universidades públicas del gran Buenos Aires, un sistema al que todos los estudiantes puedan ingresar. Por otro lado, sería bueno que puedan tener postgrados compartidos. De hecho ya están organizándose programas de postgrado compartidos en las distintas universidades, no solamente públicas sino también privadas, lo cual me parece muy alentador. Y creo que en la misma línea van también las políticas de investigación. Esto me parece más importante aún. Yo publiqué un informe sobre las políticas de investigación de las universidades argentinas, que pueden encontrar en el sitio del IESALC – UNESCO. Lo que más me sorprendió es el gran potencial y a su vez la gran dispersión. Sería bueno que pudiéramos acercar un poco más a los actores, las universidades entre sí, los centros de investigación, las empresas, los organismos del Estado y las organizaciones sociales. Se están imponiendo a través de la SECYT condiciones para promover proyectos cooperativos, asociados, y esto está dando bastante resultado, está haciendo que grupos de distintas universidades suscriban proyectos en común. Resumiendo: postgrados

cooperativos, sistema de ingresos en común y programas de investigación. Son temas en los que se está avanzando. Apoyar y consolidar estas iniciativas me parece el escenario positivo para el futuro. Respecto al futuro de la UBA, creo que en estos próximos años no tiene capacidad estratégica para tomar decisiones cruciales, va a aparecer la posibilidad de dividirla en cinco, en seis o en siete. Esta es una eventualidad que ya se planteó varias veces. En el seno mismo de la UBA hay varios proyectos que plantearon esto, también en el Senado.

Victoria Kandel: La descentralización.

Augusto Pérez Lindo: Sí. Aunque le cambien el nombre puede ser el ejemplo de la Universidad de París u otros modelos. Creo que si la UBA no manifiesta una capacidad para tomar decisiones cruciales respecto de sus estrategias institucionales, marchamos hacia la división. Quiero mencionar dos ejemplos que me parecen definitorios: uno, el de la Ciudad Universitaria que hace 50 años está inconclusa, que sigue siendo una cosa mal hecha. Podría ser un parque hermoso, un lugar extraordinario, y hace 50 años que está ahí sin terminar. Otro, el caso del CBC, hace 20 años que se discute si existe o si no existe. Seguramente ninguno de los presentes sabría definir el estatus del CBC porque en realidad no existe bajo esa denominación, lo que se aprobó es una escuela de estudios básicos. Y la UBA tiene ahí 100.000 alumnos y 3.500 docentes. Esto muestra la incapacidad para tomar decisiones cruciales.

Francisco Naishtat: Concuero con lo que se señaló acá. El diagnóstico de Augusto me parece muy acertado, si seguimos en la situación en la que estamos la UBA marcha seguramente a una división que sería lamentable porque haría perder justamente lo que Tenti llama gran parte del capital social cultural que tiene la UBA. Este capital cultural es interesante también en la medida en que la UBA tiene una simbiosis con la ciudad, lo que le da un potencial enorme, un potencial que no está aprovechado, que está subaprovechado. Es decir que iríamos hacia una gran pérdida. Y concuerdo también con la idea del *primus inter pares*, aunque tenga un poco de porteñocentrismo - yo soy cordobés, no soy porteño. Como cordobés creo

que la tradición de la reforma universitaria, que nació en Córdoba y que la UBA retomó cien años después de su primera fundación, genera ciertas afinidades electivas. Por lo cual me reivindico en esta gran tradición de una Universidad fundada con el Estado nacional, junto con el Estado nacional-hablo de la UBA, y que cumplió un gran papel en los primeros pasos de ese Estado nacional. Creo que el debate sobre los cambios estuvo muy presente en esta discusión: si son exógenos, si son endógenos, si van a ser desde fuera o si van a ser desde dentro. Yo pienso que en gran parte es bizantino determinar si el cambio se origina en la sociedad o se origina en las aulas: en gran medida los cambios se hacen porque hay ideas y actores sociales dispuestos a llevar adelante las ideas. El cambio de la universidad de París post '68, con la división de las universidades y la reforma que por primera vez incluyó la idea del gobierno tripartito y consejos con participación estudiantil, lo hizo el Ministerio, pero las ideas vinieron del movimiento de los '60. De otra forma no se habría producido ese cambio. La reforma universitaria del '18 fue posterior al ascenso del radicalismo, pero había ideas que estaban en ese intelectual colectivo que llevó adelante esas reformas. Yo creo que poco importa que hayan partido de la sociedad o que sean de una Carrera o un Departamento. Lo importante es que los cambios se hagan, y siempre van a hacer falta hombres y mujeres con ideas dispuestos a llevarlos adelante. En cambio creo que es vital y crítico para la universidad ser protagonista de sus propias transformaciones, no solamente padecerlas como imposición burocrático-administrativa (los noventa) sino protagonizarlos espiritualmente (como en el 18 o en el período 1955-66). Hace falta generar ese movimiento espiritual, intelectual, que pueda desplegar esos cambios. A pesar de los diagnósticos pesimistas, hay un elemento que me hace ser optimista y que se puso aquí sobre la mesa cuando se señala que se están dando dinámicas cooperativas, y no sólo de competencia, entre las universidades. Porque en los '90, cuando se generó el sistema universitario, en gran medida lo que se hizo fue fragmentar y poner a las universidades en competencia entre sí: ese fue el primer mensaje, que generó el sistema. Competencia por los fondos, competencia de los recursos humanos por los incentivos, por los proyectos. Ya en los '80 estaba en boga la idea de las universidades empresariales, que tienen que preservar su propia producción para reemplazar los recursos que el Estado

ya no les va a dar, y que por consiguiente son empresas que van a competir con otras empresas. Esa idea que no se condice con instituciones del conocimiento, donde la cooperación es fundamental – si bien las instituciones del conocimiento son competitivas en otro sentido más trivial: el del prestigio académico - porque no hay conocimientos sin cooperación intelectual. El conocimiento no es un acto privado ni un acto de mercado: nace de la cooperación intelectual y yo creo que en ese sentido poder pasar de una dinámica de competencia a una dinámica de cooperación me parece un avance muy importante. Si eso empieza a darse entre la UBA y las universidades del conurbano, bienvenido sea, porque sería una manera de comenzar a hacer acción crítica, de resistir algo que sí está en el orden del día en el *establishment* internacional, que es generar universidades-empresas. Si se estudia el tema de las patentes - del cual se habla muy poco acá - y hasta qué punto en los Estados Unidos las universidades están empezando a ser medidas por la cantidad de patentes que producen, se advierte hasta qué punto el mundo privado, empresarial y mercantil está penetrando en el interior de las universidades. La patente no significa otra cosa que el guardado del conocimiento en secreto y el cobro de dinero por la publicación de ese conocimiento. Yo los invito a reflexionar sobre el tema de las patentes, mirando las estadísticas, y analizar hasta qué punto la generalización del patentamiento puede transformar la dinámica de la producción y generación del conocimiento público. Ahí también hay una lucha que llevar adelante en tanto instituciones de conocimiento cooperativas. Por consiguiente, en relación a la centralidad de la UBA, yo creo que el debate ya no es “volvamos a ser la institución hegemónica que hemos sido antes y ser la institución central”, creo que más bien se plantea el cómo ser la UBA en el sistema universitario plural y diferenciado en el que estamos insertos. Y ser la UBA significa defender determinados valores, defenderlos explícitamente, afirmándolos y haciendo política con ellos como intelectual público, y desde una idea de que la UBA tiene una historia y una tradición, poder afirmarse en esos valores críticos y construir cooperación en un movimiento intelectual colectivo.

Sandra Carli: Quiero hacer un comentario acerca de las condiciones institucionales en la Universidad, donde se lleva adelante la producción del

conocimiento. Para analizar este tema habría que tener también una mirada económico social: los temas del espacio, el equipamiento de la biblioteca, la protección del patrimonio universitario, etcétera, son cuestiones que están en el centro del debate hoy sobre lo público y privado en lo que hace a la producción del conocimiento. Las condiciones materiales, desde que un estudiante de pocos recursos pueda tener una beca para acceder a universidad pública llegar a buen término en sus estudios hasta las condiciones en que un profesor o investigador de tiempo medio, completo o parcial pueda desarrollar el trabajo universitario, no son cuestiones menores en este momento. El desfase entre las instituciones públicas y privadas, inclusive la diferenciación dentro del sistema público son muy grande: la brecha que se ha agrandado cada vez más desde el punto de vista presupuestario no es un problema gremial sino que es un problema central a las universidades públicas. Eso tiene que entrar a tono y de la mano del debate sobre las ideas, porque son las condiciones que van a hacer posible completar ciertas ideas: estar, trabajar, sostener un trabajo de investigación, publicar, tener competitividad internacional, niveles de cooperación inclusive.

Ernesto Villanueva: La impresionante existencia de activos fijos en la Universidad de Buenos Aires que no tienen el resto de las universidades es una ventaja muy fuerte, no solamente simbólica.

Pedro Krotsch: Cuando discutimos acerca de la memoria se enfatizó eso: no hay conciencia del capital simbólico y material acumulado.

Le voy a dar la palabra al Profesor Alberto Noé, Doctor en Sociología, quien que trabaja en la Universidad Federal de Bahía, Brasil, y es autor del libro **Utopía y Desencanto: creación e institucionalización de la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires (1955-1966)**, publicado por la Editorial Miño y Dávila, 2005.

Alberto Noé: Quería comenzar recordando a Darcy Riveiro cuando decía que en las Universidades de América Latina, "muchos profesores hacen de cuenta que enseñan y los alumnos hacen de cuenta que aprenden", que me parece muy pertinente para esta reunión. Quiero destacar lo interesante de

este debate, sobre todo después de haber vivido muchos años en Brasil, donde las discusiones tienen un ritmo mas tropical, mientras que los argentinos, a pesar de los cambios de los últimos años, no perdimos la agudeza de la escucha entrelineas entre nosotros mismos.

Lo que planteó Ernesto Villanueva respecto al Estado es fundamental. La pregunta es: ¿Qué Estado? Acá no hay Estado. Porque se destruyó el Estado. Porque no había conciencia sobre la relevancia del Estado. Aquí entra el tema de la Universidad pública. Es importante destacar que en la Argentina no hay historia escrita documentada sobre la Universidad. Durante mi investigación sobre la Universidad de Buenos Aires en el período 1955-1966, hice un relevamiento de fuentes bibliográficas, y lo único que encontré fue el libro clásico de Tulio Halperín Donghi, "Historia de la Universidad de Buenos Aires" (1962). Eso es muy significativo. Tuve que recurrir al Archivo de Historia Oral de la UBA. Pero la historia oral tiene sus limitaciones. Cuando estudié Brasil y México fue muy diferente. Me pregunto, ¿por qué en otros países de América Latina hay tanta producción sobre historia de la Universidad, y en la Argentina casi no existe?

En segundo lugar quería plantear algunas observaciones a los colegas presentes sobre la Reforma Universitaria de 1918. El movimiento de la Reforma no tiene absolutamente nada que ver con la Unión Cívica Radical sino con la tradición del pensamiento libertario argentino, sobre todo de dos o tres grandes ideólogos que tuvo esa corriente, profundamente latinoamericanistas. Su trascendencia es tan grande que llega incluso hasta Cuba: Fidel Castro es un emergente del Movimiento de la Reforma de Córdoba. La Revolución Cubana se nutre, entre otras cosas, del movimiento de la Reforma Universitaria de 1918. También quiero señalar que los postulados de la Reforma del 18 muy pocas veces se aplicaron en la práctica.

Por otro lado, hasta los años 70, en la Argentina, hubo una desconfianza básica del Estado respecto a los intelectuales progresistas. Es diferente en otros países, no hace falta decir que Fernando Henrique Cardoso fue presidente de Brasil. Y, aunque posteriormente haya modificado su posición ideológica, su origen está en la Universidad de San Pablo. En Argentina los intelectuales nunca tuvieron inserción en el campo del Estado, salvo en los últimos tiempos. Y aún hoy, los sociólogos, los

cientistas políticos y otros intelectuales son mirados con cierta desconfianza. El estado brasileño, en cambio, se nutre en la Universidad.

Como resultado de mi investigación: "Creación e institucionalización de Sociología en la Universidad de Buenos Aires (1955-1966)", resultó que uno de los escasos períodos en que los postulados de la Reforma del 18 realmente se llevaron a la práctica fue con el *aggiornamento* de los años 60, dentro de un escenario internacional que muchos autores denominaron la época más gloriosa del capitalismo, entre 1945 y 1973. En Argentina, los años 60 están dentro de esa época. Además, descubrí que tanto José Luis Romero como Risieri Frondizi tuvieron un proyecto de Universidad, las grandes innovaciones que hubo en la Universidad de Buenos Aires estuvieron ligadas a Risieri Frondizi, que tuvo un equipo de gente excepcional en la Argentina. Para dar un ejemplo, EUDEBA no salió de la nada: Arnaldo Orfila Reynal y Boris Spivacow democratizaron el campo de la cultura, a través de la difusión masiva de textos. Lo que falta hoy es un proyecto de Universidad y actores creativos como José Luis Romero y Risieri Frondizi.

Para finalizar, quiero referirme a lo que mencionó Ernesto Villanueva y que me parece preocupante: en Ingeniería egresan el 5% de los alumnos inscriptos, y hay 100.000 científicos argentinos en el exterior. A pesar de esto, me llena de orgullo poder afirmar que un profesional argentino es altamente cotizado en los ámbitos universitarios internacionales.